

REVALORIZACIÓN DE LA GUERRILLA URBANA

Donald C. Hodges & Abraham Guillén



Editorial Virtual 'Liberación'

Digitalización: L. Mera

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN (de Donald C. Hodges).....	3
LA GUERRA DE GUERRILLAS EN ESTADOS UNIDOS <i>por Donald C. Hodges</i>	
1. La ausencia de una teoría adecuada.....	8
2. El síndrome anarquista: confrontación con el aparato burocrático-militar del Estado.....	11
3. Confusión sobre la burocracia estatal como un mero auxiliar de la clase dominante.....	15
4. Teorías de una revolución burocrática: una nota histórica.....	17
5. Dos tácticas de la vanguardia revolucionaria en la revolución burocrática.....	21
6. Hacia una crítica del guevarismo en Norteamérica.....	24
LECCIONES DE LA GUERRILLA LATINOAMERICANA <i>por Abraham Guillén</i>	
1. El “foquismo” guerrillero.....	29
2. “Foquismo”, pueblo y guerrilla.....	31
3. Revaloración de la guerrilla “Tupamara”.....	35
4. La experiencia guerrillera en Brasil.....	42
5. Estrategia específica de la guerra revolucionaria en Brasil.....	46
6. Hacia un frente amplio pero revolucionario.....	51

Introducción

Han transcurrido diez años desde la aparición del primer tratado sistemático de los fundamentos de la guerrilla urbana: La estrategia de la guerrilla urbana de Abraham Guillén (Montevideo, 1966). ¿La policía uruguaya tanto como los tupamaros, acreditan que este trabajo proporciona el modelo para la lucha de guerrilla urbana no sólo en Uruguay, sino también en sus vecinos Brasil y Argentina. De hecho la influencia de Guillén se extendió al norte tan lejos como México y los Estados Unidos, donde los temperarios y el Ejército Simbionés de Liberación reconocieron su deuda hacia la guerrillas urbanas en Latinoamérica.

El optimismo inicial generado por las hazañas de la Acción para la Liberación Nacional (ALN) de Marighella y el propio Movimiento de Liberación Nacional (MLN) tupamaro se trocó en escepticismo y finalmente en desesperación, en vista de los atrasos cada vez mayores que se iban sucediendo en la guerrilla urbana durante los 70's. Así una década más tarde parecía que la estrategia de resistencia de Guillén para dictaduras pseudo-constitucionales y militar-fascistas era de tan difícil práctica como el modelo de Guevara de guerra de guerrillas en el campo.

La aurora en Sierra Maestra durante 1957 y el ocaso con la derrota del Ejército Nacional de Liberación (ELN) del Che en Bolivia en 1967, la primera década de la guerra de guerrillas rural en Latinoamérica, fue seguida por una segunda década de luchas de guerrilla urbana, que rápidamente se extendió a Norteamérica. Si bien el lanzamiento público de la guerra de guerrillas urbana en Uruguay en 1967, fue precedida por las guerrillas urbanas de Venezuela durante 1962-64, estas últimas se mostraron tan desastrosas como prematuras. Por tanto, la segunda década de las luchas urbanas viables pueden fecharse a partir del descubrimiento policíaco de la primera célula de los tupamaros en diciembre de 1966, después del cual las guerrillas uruguayas comenzaron a publicar sus acciones en un esfuerzo por establecer una base política entre las masas.

Con todo para muchos observadores esta segunda década terminó como la primera. Los reveses sufridos por las guerrillas uruguayas en 1973 habían proclamado públicamente el fin de una experiencia abortiva de veinte años de lucha armada por grupos vanguardistas de la Nueva Izquierda, cuya alternativa había vanamente buscado un atajo y sustituto para las probadas y más realistas prácticas de la Vieja Izquierda.

Con el surgimiento en los 70's de dictaduras militar-fascistas en Bolivia y el Cono Sur, junto con Brasil, parecía que la guerra de guerrillas urbana había de hecho sufrido la misma suerte que su predecesora rural. En Brasil los líderes principales de las guerrillas urbanas fueron sucesivamente liquidados por las fuerzas de represión (Marighella en 1969, Ferreira Cámara en 1970 y Carlos Lamarca en 1971), después de lo cual las acciones de guerrilla urbana en este país cesaron virtualmente. Este revés fue seguido en abril de 1972 por la declaración del gobierno uruguayo de un estado de guerra interna contra los tupamaros, que puso el mando de esta operación en manos de los militares. En un año miles de sospechosos tupamaros y sus simpatizadores habían sido detenidos incluyendo al líder principal y fundador de la organización, Raúl Sendic, mientras que los rastreadores del ejército tuvieron éxito desenterrando arsenales subterráneos, centros de comunicación, hospitales y cárceles del pueblo de las guerrillas. La intervención de los militares culminó con un golpe presidencial militar contra el Congreso en junio de 1973, el cual terminó efectivamente con las libertades civiles en este país, permitiendo al gobierno amenazar con pena de muerte a los líderes de la guerrilla capturados si las células tupamaras sobrevivientes seguían comprometiéndose en operaciones militares.

Sumado a estos grandes retrocesos está el golpe militar-fascista en Chile en septiembre de 1973. Si bien este revés fue seguido de un reestructuramiento del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) como el núcleo principal de resistencia armada a la dictadura, en octubre de 1974 Miguel Enríquez, un fundador del MIR y su secretario general desde 1967, fue muerto en un encuentro armado con las fuerzas de represión chilenas. En meses, el MIR también sufrió una serie de descalabros y traiciones que evidenciaron, como sucedió con los tupamaros, que su aparato armado había dejado de funcionar como un instrumento efectivo de resistencia a la dictadura militar.

En diciembre de 1974, las guerrillas mexicanas también sufrieron su peor revés. En un gran encuentro con las fuerzas

armadas mexicanas en las montañas de Guerrero, uno de los últimos sobrevivientes de las guerrillas de los 60's Lucio Cabanas, corrió la misma suerte que Enríquez. A diferencia de la liga urbana 23 de septiembre, degenerada en gangsterismo, Cabanas había combinado con éxito la guerrilla urbana y rural con el apoyo político de su Partido de los Pobres. Así para 1975 parecía que la lucha guerrillera mexicana recorría el mismo camino.

Las acciones de la guerrilla urbana en Argentina, comenzaron en enero de 1974 con el ataque a la base del ejército en Azul, provincia de Buenos Aires, por contingentes armados del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). En septiembre los montoneros peronistas, retornaron al clandestinaje, contribuyendo también a aumentar el número y la escala de operaciones militares armadas por todo el país. Aun cuando el gobierno argentino siguió el ejemplo de sus vecinos, declarando un Estado de sitio en noviembre, para junio de 1975, las guerrillas parecían ser tan fuertes como antes. Más aún, en Chile el MIR, lejos de ser destrozado como lo anunciara el gobierno, había deliberadamente reducido los encuentros armados a fin de organizar las bases de los comités de resistencia. Estos comités compuestos de cuatro a cinco miembros, se estaban concentrando en el sabotaje industrial y la guerra psicológica considerando estos medios más efectivos para movilizar a las masas y con ello resentir a la dictadura y golpear al enemigo donde era más vulnerable. Esta táctica debe ser considerada en cualquier apreciación razonable del papel de la guerra de guerrillas urbanas en general, y del modelo de Guillen en particular.

¿Era la estrategia de Guillen la más viable? ¿Representa el saldo negativo de la guerrilla urbana en la década más reciente un augurio de bancarrota para la lucha de la guerrilla urbana?

Las partes esenciales de la estrategia de Guillen, anotadas en la edición de su *Estrategia de la Guerrilla Urbana* se predicaron bajo dos premisas generales: primero, que entre un territorio favorable y una población favorable, las guerrillas debían escoger la población en vez del terreno; segundo, que un ejército de liberación nacional debe ser formado en cada país latinoamericano, pero con un mando estratégico continental. La primera premisa es básica para la guerra de guerrillas urbana, porque en América Latina el terreno, aunque favorable, es escasamente poblado. La primera premisa se sostiene o fracasa, dependiendo del éxito de las insurrecciones de las décadas pasadas y venideras. El segundo supuesto se anticipó a la estrategia boliviana o continental del Che y ha sido fielmente seguida por el renovado ELN boliviano, por el MIR chileno, por los tupamaros y el ERP argentino. Al mismo tiempo, ha sido fielmente rechazado por los montoneros y sus frentes políticos masivos en Argentina. Consecuentemente, la viabilidad de esta premisa depende de la efectividad comparativa de movimientos de resistencia internacionalmente coordinados y los nacional-patrióticos, teniendo en mente que el tema no es la viabilidad de la guerra de guerrillas por sí misma, sino más bien sus formas y manifestaciones específicas.

Sobre la base de estas dos premisas Guillen resumió las partes esenciales de la guerrilla urbana bajo los siguientes términos:

1. En una guerra de liberación la victoria final no es militar sino política; ganará el lado que rompa la moral del enemigo, soportando más tiempo en una guerra de desgaste, en la cual el más leve daño infligido persistentemente al enemigo, es más efectivo que hacerlo correr.
2. Solamente una fuerza de guerrilla con el apoyo activo de una mayoría de la población podrá triunfar contra la superioridad militar de un ejército regular; esto significa que la gente debe ser movilizada para que el núcleo guerrillero crezca y se transforme en un ejército de liberación a gran escala.
3. Estas dos estrategias deben estar tan bien combinadas que las tácticas empleadas para romper la moral enemiga contribuyan a atraer el apoyo de la mayor parte de la población y no provocar su repudio.

Aun cuando está implícito en el trabajo de Guillen de 1966 éste tercer postulado no se planteó sino hasta en su manuscrito de 1972, *El pueblo en armas: estrategia revolucionaria*. Como indica el título de este nuevo trabajo, la prioridad se ubica en levantar a la gente en armas más que desmoralizar al enemigo. Por consiguiente, los ataques a la ley y el orden y la diseminación sistemática del caos deben llevarse a cabo únicamente en aquellos casos de compatibilidad clara y evidente con las condiciones puestas en el segundo principio estratégico de Guillen.

¿Hasta dónde fueron esos tres principios aplicados por los movimientos de guerrilla urbana en las dos Américas? Con

pocas excepciones, la prioridad se asignó al primero. Los militantes de los sectores juveniles y estudiantiles, que se adhirieron a la exigente acción de las guerrillas urbanas, deseaban la acción, un deseo urgente que sólo podía satisfacerse mediante operaciones militares. Las tareas políticas más tediosas y difíciles de organizar estructuras dentro de fábricas y vecindades se dejó a los partidos comunistas. El apoyo activo de la mayor parte de la población fue considerado superfluo; una minoría altamente disciplinada y efectiva sería suficiente. En consecuencia, los principios segundo y tercero de Guillen, fueron violados con el resultado predecible de que las guerrillas urbanas quedaron envueltas en actos que desalentaban en vez de promover la participación masiva de los movimientos de resistencia. Irónicamente, el mentor de las guerrillas urbanas quería demasiado la acción directa en una escala masiva para ser aceptable por las vanguardias político-militares, quienes descansaban principalmente en sus propias fuerzas para llevar a cabo el derrocamiento de regímenes represivos. La fijación en destruir al enemigo se volvió en detrimento de crear un apoyo masivo para las guerrillas.

Desde esta perspectiva, la responsabilidad por los reveses sufridos por las guerrillas urbanas durante los 70's no debe cargarse a Guillen sino a las supervivencias del foquismo o tendencias militar-vanguardistas en Anglo y Latinoamérica. Para Debray, como para el Che, la formación de la vanguardia y de su aparato político-militar tuvieron primacía sobre todos los otros aspectos de la lucha, mientras que para Guillen las luchas político-económicas o masivas eran fundamentales. Así, los tropiezos de los movimientos de guerrilla urbana durante la pasada década deben atribuirse a la violación del segundo principio de Guillen. Las guerrillas argentinas, en particular el ERP y los montoneros, han adoptado este principio, y si no el tercero, hay al menos una fuerte evidencia circunstancial para creer que el modelo de Guillen sirvió para su éxito comparativo.

Este juicio lo confirma en parte la propia evaluación de los tupamaros en julio de 1973, en virtud del descenso de las operaciones político-militares del MIR a favor de la resistencia político-económica iniciada en diciembre de ese año, y por la auto-crítica de los sobrevivientes del Ejército Simbiótico de Liberación en marzo de 1975.

En su comunicado de julio de 1973 al pueblo uruguayo, los tupamaros subrayaron sus errores más importantes: primero, el subestimar al enemigo, que era en realidad mucho más poderoso de lo que ellos pensaban por la ayuda tecnológica y financiera provista por los Estados Unidos; segundo, el error de sobrestimar su propia capacidad como la vanguardia de la resistencia y de despreciar la capacidad de lucha de las masas en una confrontación con el enemigo. Formulado de otra manera, esta segunda auto-crítica se convirtió en la fuente de la nueva máxima de los tupamaros: Sin la participación activa y la dirección de la clase trabajadora, la revolución es imposible. Con esta perspectiva las acciones político-militares de la vanguardia debían suplementarse con el sabotaje politice-económico por parte de los trabajadores organizados. Al mismo tiempo la vanguardia necesitaba concentrarse en organizar actividades destinadas a multiplicar las fuerzas de resistencia en las fábricas, en las escuelas y universidades, en los vecindarios de la clase trabajadora, en los pueblos, villas rurales, usando todos los medios contra el enemigo y combinando todas las formas de lucha en un esfuerzo para descascararlo poco a poco.

En diciembre de 1973 la Comisión Política del MIR aprobó un documento interno que al mismo tiempo reducía el papel de las acciones político-militares, mientras aumentaba las tareas político-económicas de las guerrillas. Aunque las tácticas del MIR fueron resumidas bajo sólo dos encabezados —la línea política y militar de las masas— se dio un contenido económico por encima del político y militar. Así la línea política mandó no sólo una restauración de las libertades civiles junto con el fin del Estado de sitio, torturas, patrullas de fuego y prisión masiva, sino también la defensa del pan diario de los trabajadores contra el pillaje de la inflación y el amago del desempleo. Igualmente, la línea militar de las masas habló por una proliferación de formas de resistencia violenta e ilegal hacia la dictadura en una referencia indirecta al sabotaje económico, a las huelgas de brazos caídos, y al desarrollo de una prensa clandestina. En efecto, la línea masiva del MIR, política o militar, apeló directamente a los intereses económicos de los obreros como condición necesaria para despertar la respuesta masiva.

En marzo de 1975 los miembros sobrevivientes del Ejército Simbiótico de Liberación admitieron en una entrevista de prensa clandestina ser culpables de errores militares y vanguardistas. Entre éstos estaba la elección de Marcus Foster, un director de escuelas en Oakland, como su primera víctima de asesinato. Aunque Foster estaba implicado en una serie de actos contra la comunidad negra de Oakland, era una figura insignificante y por más esfuerzos de la imaginación, no resultaba un enemigo nacionalmente reconocido y odiado por el pueblo americano. Por consiguiente, su ejecución, sin sentido, resultó también contraproducente, puesto que provocó que un segmento considerable de la

izquierda americana repudiara al ESL. La única excepción a esta repulsa general fue la respuesta secreta de los temperarios, que también habían quedado aislados de la corriente principal de resistencia política como consecuencia de errores vanguardistas parecidos, en el pasado.

En aquellos pocos casos en que los principios estratégicos de Guillen fueron aplicados, con todo, los movimientos de guerrilla urbana continuaron prosperando y floreciendo. Aunque en 1972 le pareció a Guillen que el ERP argentino había llegado a ser la encarnación ideal de la destreza táctica-militar de los tupamaros y de la estrategia política de masas de los guerrilleros anarcosindicalistas¹ de Uruguay (OPR.-33), para 1975 los montoneros argentinos se aproximaron más a esta síntesis.

Como el ERP, los montoneros recurrieron al secuestro y al fuego del fusil para superar la resistencia de los empresarios, para ganar huelgas, para aumentar jornales y mejorar las condiciones de trabajo. Uno de los primeros casos exitosos de su aplicación en esta nueva táctica ocurrió durante la huelga de tres meses de mil quinientos obreros de Propulsora Siderúrgica, terminada en septiembre de 1974 con un triunfo decisivo de los obreros. Al mismo tiempo, los montoneros tenían ventajas de las que el ERP carecía. Ellos representaban las bases populares de un partido político mayoritario, incluyendo a la más grande e influyente organización juvenil en el país; usufructuaban también un frente político compuesto por la juventud peronista, sindicatos afiliados, comités de barrio y organizaciones estudiantiles, que gozaban de un estatus legal, permitiendo a los montoneros combinar las más diversas formas de lucha.

El único aspecto en el cual el ERP constituía una más fiel encarnación de la estrategia de Guillen era en la articulación de un mando regional y Junta de Coordinación Revolucionaria que cubría Bolivia y el Cono Sur. Establecida en febrero de 1974, la junta era capaz de trascender las fronteras nacionales y dar un contenido internacional a la lucha de guerrilla en distintos países. Vale anotar que en 1973, previa formación de la Junta de Coordinación, una parte de los recursos obtenidos por el ERP en los secuestros de ejecutivos de Firestone y Exxon en Argentina, cuyos rescates fueron de 3 y 10 millones de dólares respectivamente, se usó para asistir y reconstruir los maltrechos movimientos de guerrilla urbana en los países vecinos: Bolivia, Chile y Uruguay. Esta ayuda fue aún mayor, una vez que dichos movimientos guerrilleros establecieron un mando estratégico común. Así, en junio de 1975, la agencia "Noticias Argentinas" reportó que dos columnas de comandos del MIR habían cruzado la frontera Argentina hacia Chile después de ser preparados para combate en los propios campos de entrenamiento del ERP en las montañas de Tucumán. Un gran ejemplo de cooperación internacional en contra de la dictadura militar-fascista chilena.

La necesidad de solidaridad internacional en la lucha contra el imperialismo y la dependencia de Estados Unidos y contra el fascismo colonial latinoamericano, exige no sólo un mando estratégico continental, sino también uno hemisférico. Como anota Guillen en su prefacio a la edición norteamericana de Filosofía de la guerrilla urbana (Nueva York, 1973), es difícil para los revolucionarios tanto latinos como norteamericanos ganar solos: De la misma manera en que los trabajadores norteamericanos y los gettos ciudadanos dependen de la revolución latinoamericana para minar el imperialismo en todos los países del dólar, el subproletariado superexplotado del sur del río Grande depende de los negros, chicanos, puertorriqueños y trabajadores blancos dentro de los Estados Unidos para inmovilizar al imperialismo en su propia casa." Puesto que estos proletariados, interno y externo, son hermanos en el

sufrimiento, hay una necesidad urgente de reunir la experiencia guerrillera en los dos continentes, tanto en Norteamérica como en Sudamérica, en un esfuerzo para derrotar a su común opresor y explotador y lograr juntos su liberación.

En vista entonces de la impaciencia y proclividad vanguardista, características de la guerrilla urbana en las dos Américas, y de su indiferencia evidente al modelo del pueblo en armas, los reveses sufridos durante la pasada década no se deben atribuir a deficiencias en la estrategia de Guillen, sino a sus propios y reconocidos errores. En los raros casos cuando su estrategia fue aplicada, como por el ERP y los montoneros, ha soportado la prueba de la adversidad y no es menos practicable hoy que cuando fue formulada hace una década. De hecho, la guerra de guerrillas urbana está lejos de la bancarrota, no sólo en Latinoamérica, sino también en los Estados Unidos. No obstante sus muchos errores, los temperarios permanecen indemnes a pesar de la febril búsqueda del FBI, que todavía no logra infiltrarse en su

1 NDE: Claramente los compañeros de OPR-33, brazo armado de FAU, no eran anarcosindicalistas.

Revaloración de la Guerrilla Urbana – Donald C. Hodges & Abraham Guillén

estructura secreta, ni romper abiertamente una sola célula de su organización. Vale también recordar que la amenaza del gobierno norteamericano en abril de 1975 de intervenir una segunda vez en Camboya, fue recibida con un resurgimiento de bombas de los temperarios, que le hizo recordar los resultados de su primera invasión de 1970.

Donald C. Hodges Cuernavaca, Morelos 18 de Junio de 1975.

Guerra de Guerrillas en Estados Unidos

Por Donald C. Hodges

1. LA AUSENCIA DE UNA TEORÍA ADECUADA.

La falta de una teoría adecuada perjudicó la política y estrategia de la guerra de guerrillas urbana en los Estados Unidos, durante el fin de la década del '60 y principios de los 70's. La respuesta típica de los temperarios a la necesidad de la teoría se resumió al final de un ensayo titulado "Todos hablan de la temperatura. . .", distribuido en el Consejo Nacional de Guerra de los temperarios en Flint, Michigan, del 27 al 30 de diciembre de 1969: "La lucha armada comienza cuando alguien la empieza. La guerra revolucionaria internacional es una realidad, y debatir acerca del tiempo y condiciones apropiados para comenzar la lucha, o acerca de una fase previa necesaria a fin de preparar al pueblo para la revolución, es reaccionario."

Los temperarios basaron su estrategia de guerra principalmente en *¿Revolución en la revolución?* de Debray. Como veremos, su interpretación quedó fuera de contexto. Exageraron el significado de las acciones militares, mientras que erróneamente atribuían a Debray y a la tendencia guevarista una falta de atención en toda Latinoamérica a la teoría política. Aplicaron sus lecciones mecánicamente, ignorando las diferencias cruciales entre las luchas de liberación latinoamericanas y las de las metrópolis imperialistas. Olvidaron examinar las condiciones para lanzar un foco insurrecto, sin el cual la lucha armada tiende a ser prematura.

Toda su concepción de lo que la guerra de guerrillas implicaría en los Estados Unidos fue muy exagerada. Aunque las condiciones hayan madurado para las luchas revolucionarias en Latinoamérica, no puede desprenderse de ello el argumento de que las condiciones revolucionarias en los Estados Unidos estén maduras.

La embestida de la depresión de los años 30' s en Latinoamérica se presentó como una crisis estructural dañando las relaciones tradicionales socio-económicas y políticas. En su trabajo más importante, *Problemas de una revolución continental* (1962) Rodney Arismendi, secretario general del Partido Comunista Uruguayo, muestra cómo los deformados Estados capitalistas de Latinoamérica se han enfrentado desde 1929, con una crisis continua del sistema latifundista de la propiedad.

En esta crisis se atribuye a las substituciones de importación y a la industrialización incipiente, como respuestas a la contracción del mercado mundial y a la decadencia mundial en las exportaciones de capital que comenzaron con la gran depresión. Durante la segunda guerra mundial y la guerra de Corea subsistió la industrialización sin modificaciones substanciales del arcaico sistema de la propiedad,

dando como resultado que las nuevas fuerzas de producción se enmarañaron aún más, debido a la supervivencia de relaciones de producción casi feudales en el campo.

Lo que Arismendi llama "la base material de la revolución continental", primero aparente durante los años 30's, maduró por completo en los 50's. A esta condición objetiva de la revolución, añadió el cambio de balance de las fuerzas mundiales como resultado de las revoluciones en Europa Oriental y China, el nacimiento de la Unión Soviética como potencia nuclear, y el auge de los movimientos de liberación nacional por todo el tercer mundo. Así, en Latinoamérica estaban presentes las condiciones que hicieron posible la acción de la lucha armada si no en todas partes como movimientos armados, sí para el lanzamiento de focos insurrectos.

En agudo contraste, no se dio una crisis estructural correspondiente en los Estados Unidos. Ahí la crisis de una economía dual, en parte feudal y en parte capitalista, se limitó al Sur y se superó en su mayor parte antes de la revolución bolchevique y la gran depresión. Aunque la depresión y la guerra de Vietnam fueron las primeras grandes amenazas a la ley y el orden desde la guerra civil, ninguna llegó al grado de crisis prolongada y continua como en América Latina desde 1929. En otras palabras, ambas amenazas fueron superadas antes de que pudieran madurar las

condiciones para una lucha revolucionaria viable.

Enfocado hacia los problemas de la revolución latinoamericana, Arismendi identificó las condiciones de la lucha revolucionaria. En el modelo leninista la madurez para la revolución depende de las condiciones objetivas siguientes: primero, una división entre las clases explotadoras combinada con una crisis política nacional o gubernamental que no le permita gobernar como antes; y segundo, un agudo deterioro en la situación de la clase explotada, prorrumpiendo en protestas políticas masivas y en exigencias de un cambio estructural. Lenin creía que estas condiciones se generaban dentro de la estructura socioeconómica de una sociedad, pero que no llegaban a explotar sin una crisis mundial y así culminar en una guerra imperialista. Dada la presencia de una situación revolucionaria, la tarea de la vanguardia revolucionaria es crear las condiciones subjetivas para el lanzamiento de la lucha armada. Mediante la agencia de un partido de vanguardia, su labor es transformar a la revolución potencial en revolución real.

Antes de la publicación del influyente trabajo de Arismendi, el Che había ya comenzado a desafiar la relevancia inmediata del modelo leninista. Su punto de vista era que las condiciones para lanzar una lucha armada viable son menos severas que aquellas requeridas para crear una situación revolucionaria. En resumen, no es necesario esperar a que todas las condiciones para la revolución estén presentes antes de lanzar una lucha armada: el foco insurrecto puede crearlas.

Entonces, ¿cuáles son las condiciones para lanzar un foco rebelde? En “Cuba excepción histórica o la vanguardia de la revolución anticolonial (abril de 1961), el Che las resumió-bajo los encabezados gemelos de “subdesarrollo” y “el hambre del pueblo”. El subdesarrollo se asocia con los salarios bajos y el desempleo agudizado por variaciones cíclicas en la economía; el hambre del pueblo quiere decir que las masas están superoprimidas y superexplotadas y que temen ingresar a la enorme masa de desempleados. Juntas, estas condiciones constituyen un común denominador de todos los países del sur de río Bravo. Las condiciones objetivas para el lanzamiento de una lucha armada se crean por la respuesta del pueblo al hambre, la represión de esa respuesta popular, y el odio y resentimiento provocado por dicha represión. Todo lo que falta en Latinoamérica son las condiciones subjetivas de la lucha armada, de las cuales, la más importante para el Che, es la conciencia de la posibilidad de victoria contra los poderes imperialistas y sus aliados nativos, condiciones creadas en el proceso de la lucha armada. Así, con una estrategia militar firme enfocada hacia el campo, no tiene que esperar a que una situación revolucionaria madure para lanzar un foco rebelde.

La pregunta que debe hacerse a los temperarios es si las condiciones objetivas para la lucha armada estaban presentes en los Estados Unidos durante e inmediatamente después de la guerra de Vietnam. La respuesta es atronadora-mente negativa. Sólo la población negra o aproximadamente el 10 por ciento de la población total puede decirse que sufre típicamente de salarios bajos y desempleo. Las superganancias de las inversiones extranjeras permiten un amplio margen de ajustes y concesiones al trabajo organizado, que funciona como una válvula de seguridad y amortigua el descontento social.

La clase gobernante norteamericana ha encontrado solución a cada crisis política nacional hasta ahora, con un arreglo o reajuste del viejo balance del poder. Estas crisis han sido comparativamente pocas y alejadas entre sí. Se han superado sin una confrontación directa con el trabajo organizado. No han terminado en este dilema: la victoria total o la derrota total. En resumen, las condiciones de la explotación imperialista de los Estados Unidos no hacen factible el lanzamiento de una lucha armada, que aunque fuera viable, no ofrecería perspectivas para culminaren un futuro cercano, en una situación revolucionaria.

Fue esta condición del proletariado en un país imperialista lo que Marx tenía en mente cuando escribió en una carta a Engels fechada el 7 de octubre de 1858: “El proletariado inglés se está convirtiendo, de hecho, en más y más burgués, así que ésta, la más burguesa de todas las naciones, se está proyectando esencialmente hacia la posición de una aristocracia burguesa y un proletariado burgués dentro de la burguesía. Para una nación que explota a todo el mundo esto es, desde luego, hasta cierto punto justificable. Lo único que ayudaría aquí, serían algunos años sumamente críticos, pero desde los descubrimientos del oro esto no parece fácil de acontecer.”

Lo más que puede decirse en defensa de los temperarios, es que las condiciones para el lanzamiento de una lucha armada en una metrópoli imperialista, como los Estados Unidos, no son las mismas que se requieren en Latinoamérica. Las repercusiones de la guerra de Vietnam indican que un foco insurrecto es viable en Norteamérica bajo las siguientes condiciones: primero, el reclutamiento de estudiantes en una creciente y costosa guerra extranjera, para la cual no hay explicación en términos de defensa nacional, ni una solución militar evidente, y, segundo, la aparición de movimientos de liberación nacional entre las minorías raciales dentro del hogar del imperialismo. Tanto los temperarios como el ESL,

brotaron en movimientos clandestinos respondiendo a estas condiciones. Tales condiciones son suficientes para una lucha armada. La pregunta es si son necesarias.

En vista de la escalada de terror policiaca contra el SDS y los Panteras Negras, al comenzar la primera administración de Nixon en 1969, parecía que un movimiento guerrillero viable podría surgir en respuesta a la represión intensificada. La aparición de los temperanos como una fuerza de lucha se puede atribuir directamente a esta escalada de represión bajo la supervisión del Abogado General, John Mitchell. La aparición de la guerrilla urbana en otros países industriales avanzados ha ocurrido como respuesta a condiciones similares. En Alemania Occidental por ejemplo, la Fracción del Ejército Rojo (RAF), la casi llamada "Pandilla Beadermeinhof", apareció como respuesta directa a las leyes de emergencia y la violencia de la escalada policiaca contra los activistas dirigentes del SDS alemán. Esta represión los obligó a escoger entre la clandestinidad o abandonar la actividad revolucionaria.

En Canadá, el frente de liberación de Quebec desarrolló una lucha guerrillera viable sobre las bases de la segunda de las condiciones antes mencionadas, o sea, la aparición de un movimiento de liberación de una minoría racial. Así, la evidencia que tenemos sugiere que cualquiera de estas condiciones puede ser suficiente para lanzar un

foco satisfactorio. En efecto, la guerra de guerrillas urbana puede ser viable en los Estados Unidos, como lo fué en Alemania Occidental y Canadá, sin una guerra extranjera, lo que quiere decir que los experimentos como el del ESA no son necesariamente prematuros.

Puesto que las condiciones objetivas para la lucha armada no han aparecido en los Estados Unidos sino en período", breves e inconexas, los revolucionarios o deben retirarse de la acción directa o prepararse de antemano para estas raras oportunidades. Cuando las condiciones para el lanzamiento de una lucha armada finalmente aparezcan, puede ser demasiado tarde para prepararse. Se puede perder toda oportunidad o lanzarse tardíamente. Así pues, los temperarios entraron en acción después de los años cruciales de la guerra de Vietnam, cuando el apogeo de la lucha había pasado y el movimiento de protesta radical comenzaba a menguar. En efecto, debe haber un aparato secreto anterior al desarrollo de una crisis nacional; de otra manera, cuando los cuadros revolucionarios se hayan entrenado y experimentado en la lucha armada, la ocasión histórica puede haber pasado.

Surge preguntarse por último lo que puede significar la guerra de guerrillas en los Estados Unidos. Los temperarios sostenían que la guerra de guerrillas podría contribuir a dos cosas: primero, crear un movimiento revolucionario en las metrópolis imperialistas y, segundo, ayudar a los movimientos de liberación nacional en el tercer mundo, operando como una quinta columna, saboteando el esfuerzo de guerra y creando un caos estratégico en el país explotador.

No pretendían hacer la revolución en los Estados Unidos. Edificar un movimiento revolucionario era sólo un trabajo preparatorio. La evidencia indica que el único movimiento revolucionario permanente estuvo y sigue estando aislado de las masas de los trabajadores americanos. ¿Ayudaron los temperarios a los movimientos de liberación nacional en el tercer mundo? La respuesta es otra vez negativa, en tanto que la guerra de Vietnam ya estaba en retirada cuando los temperarios entraron en acción a mediados de 1970. Fue el SDS, más bien que los temperarios, quien contribuyó, al menos en parte, al desalojo de Vietnam. Fueron los costos de la escalada de una guerra sin solución militar lo que contribuyó al retiro de Camboya en 1970.

¿Fueron entonces los temperarios un fiasco completo? ¿Tenían razón las críticas lanzadas a ambos por la nueva izquierda al proclamar que los temperarios y el ESL sólo iban a la autodestrucción? No del todo, puesto que su contribución fue haber iniciado una nueva fase de la guerra armada en los Estados Unidos y demostrar que los guerrilleros pueden eludir efectivamente la persecución policiaca. Esto lo testifican Mark Rudd, Bernardin Dohrn, y otros dirigentes de los temperarios, que cuatro años después de lanzar su primer comunicado secreto el 21 de mayo de 1970, están todavía libres y son buscados por el FBI. El ESL demostró cómo podía tener éxito el secuestro de los miembros de la oligarquía, aun cuando sus dirigentes perecieron en el tiroteo de Los Angeles, algunos meses después. Ambos movimientos han estimulado acciones similares, como un preludio a los secuestros políticos y diplomáticos en el futuro. Aunque ninguno podía escalar una acción armada por un período largo, cada uno contribuyó a destruir una tradición de contraviolencia, fundamental para modelar los nuevos movimientos revolucionarios. A la larga, Norteamérica nunca será la misma en virtud de que los temperarios demostraron que la lucha ilegal puede tener éxito dentro de ciertos límites, y que puede prosperar y extenderse con el tiempo.

2. EL SÍNDROME ANARQUISTA: CONFRONTACIÓN CON EL APARATO BUROCRATICOMILITAR DEL ESTADO.

En el SDS la facción de los temperarios se distinguió de facciones rivales por enfatizar la confrontación; las otras facciones querían organizar al pueblo y edificar bases políticas. La fórmula clásica de la estrategia de los temperarios está contenida en la sección onceava de su primera afirmación comprensible de política y estrategia: “Usted no necesita un temperario para saber hacia dónde sopla el viento”, publicada en las Notas de la nueva izquierda (el 18 de junio de 1969). Allí el foco principal de confrontación es el poder estatal representado por las fuerzas domésticas de represión o los llamados “cerdos”. El Movimiento Juvenil Revolucionario (RYM) fue concebido como un movimiento anticerdos.

En el Manifiesto Comunista los comunistas se distinguen de los otros partidos de la clase trabajadora por sus esfuerzos para subrayar el antagonismo de intereses entre la burguesía y el proletariado, trayendo a colación el aspecto de •la propiedad, y constituyéndolo en el meollo de su acción política. En agudo contraste, el documento temperario trasladó el enfoque hacia la policía, a imitación de los Panteras Negras. La definición de todas las luchas en términos de “empujar a los cerdos” se vuelve crucial, porque identifica al Estado como al enemigo: los cerdos son el Estado capitalista, por ende, definen los límites de todas las luchas políticas. . . A la crítica de que la tesis hacia los cerdos como problema fundamental desvía las energías contra la lucha imperialista, el documento replica que los cerdos son el Estado imperialista represivo, haciendo su trabajo, por ese motivo ellos son el “enemigo real” en la confrontación con el imperialismo.

Los cerdos deben representar un papel dual bajo el capitalismo: 1°, la obstrucción y represión de las luchas políticas a la menor señal de éxito, o si demuestran estar dispuestas a ir más allá de los límites asignados por la ley, y, 2°, el refuerzo diario de las relaciones de la ley, la propiedad y la moral burguesas. En la ausencia de la lucha política organizada, los cerdos protegen las fábricas y casas comerciales, mantienen el orden y la limpieza en las colonias de los ricos, desalojan a los pobres que no pueden pagar sus rentas, cuidan los pasillos de las escuelas y sus comedores, y acosan a los estudiantes de pelo largo como principales sospechosos de usar o traficar con drogas. En efecto, los cerdos como personificación del Estado, son el enemigo inmediato y visible en una guerra de dos frentes: el capitalismo y el Estado.

Dado el énfasis primordial a los cerdos, el documento recomienda a los temperarios que cultiven todas las artes de autodefensa necesarias para sobrevivir a la represión. Se asigna especial importancia a las clases de karate, práctica de tiro al blanco, primeros auxilios, patrullas de vigilancia a los cerdos, y movilidad en la calle y en el barrio.

La autodefensa se concibe como una tarea colectiva o de grupo, requerida para defender al movimiento contra cada nueva escalada de represión de los cerdos. Cada lucha prolongada alrededor de la autodefensa, debía generar las bases de una fuerza de lucha que sirviera como segundo frente contra la guerra de Vietnam. Los grupos de autodefensa se presentan como indispensables a la estrategia de los temperarios, de solidaridad no sólo con el Viet-Cong, sino también con los movimientos pro-liberación negra en los Estados Unidos.

La premisa básica de los temperarios es que ningún movimiento revolucionario puede ponerse en marcha sin entrar en colisión directa primero, con la policía, y después con el ejército regular. Bajo este contexto la única alternativa a la escalada de represión es que la lucha se convierta en revisionista, inoperante o muerta. Para poder sobrevivir, la lucha debe, concebir sus planes por adelantado, previendo la posibilidad de toda la represión militar. Los temperarios solamente bosquejaron el problema en que más tarde enfatizó el ESL: la posibilidad, aun más, la realidad de una toma de poder militar y una dictadura político-estatal de Estado-policíaco en los Estados Unidos. Para vencer mayores niveles de represión, los temperarios pidieron una organización clandestina de revolucionarios, disciplinada bajo un estado mayor general. Tal organización, la única viable en un estado de guerra, debe combinar una dirección política y militar unificada con un movimiento basado en las masas.

Argumentaron que un partido marxista-leninista finalmente surgiría de esta vanguardia político-militar, después de que hubiesen madurado las condiciones para una actividad revolucionaria a escala masiva. Los temperarios proyectaron los “colectivos” específicamente para la creación de dicho movimiento masivo revolucionario, sin el cual un partido marxista-leninista en sentido estricto, es imposible.

Concediendo la verdad a la premisa de los temperarios, se puede preguntar, razonablemente, por qué la respuesta a la represión policiaca y militar debe adquirir la forma de una confrontación directa con el Estado. Que el nivel represivo vaya en escalada, no es argumento suficiente para hacer de las fuerzas represivas el blanco principal de la vanguardia revolucionaria. Que esta vanguardia sea declarada el enemigo número uno del Estado, no basta para identificar al Estado como al enemigo número uno del pueblo. Una estrategia de confrontación implica devolver el golpe. Sería para los revolucionarios su autoliquidación, si enfocasen sus energías en contra del Estado como representante de la clase capitalista, si haciéndolo no pueden movilizar en su apoyo a las masas trabajadoras. Para los trabajadores, el enemigo inmediato no está en la policía y el ejército regular, sino en los patrones propietarios de los medios de producción. Bajo esta perspectiva es difícil que una confrontación con los cerdos ayude a desarrollar un movimiento masivo revolucionario. La prudencia dicta que la vanguardia no sea reducida a enfrentarse a un enemigo que no sea también el enemigo número uno de la clase trabajadora.

Así, cuando la policía ataca, la vanguardia retrocede; cuando los cerdos desafían, la vanguardia juega al muerto. No basta con atacar al enemigo sólo cuando se puede estar seguro de herirlo. La tarea imperativa no es devolver un desafío en el momento en que el enemigo aparenta estar débil o no preparado, sino desafiar al verdadero enemigo.

Con más de un enemigo, es imperativo que las fuerzas revolucionarias no se dispersen en una lucha de dos frentes. Para tener éxito, la estrategia debe aislar a los enemigos y vencerlos uno por uno. Bajo condiciones en las cuales la clase trabajadora tiene más de un enemigo, de acuerdo con el Manifiesto Comunista “los proletarios no luchan con sus enemigos, sino con los enemigos de sus enemigos. . .” De nuevo en el “Discurso del Libre Comercio” (1848) Marx observa que los obreros hacen causa común con la clase de industriales contra los arrendatarios “con el propósito de destruir los últimos remanentes del feudalismo y para que sólo quede un enemigo que confrontar”. En los Estados Unidos esta estrategia equivale hoy a una alianza entre la clase obrera y la nueva clase burocrática de trabajadores profesionales y gerentes con mando directo en las grandes empresas y en el Estado. Una alianza dirigida a vencer a los últimos remanentes del capitalismo, para que sólo quede un enemigo al frente. Bajo estas perspectivas el error de los temperarios fue desafiar a su nuevo enemigo —los cuadros profesional y administrativo en el gobierno y las fuerzas armadas— antes de haber vencido el poder de los capitalistas.

La estrategia de confrontación de los temperarios demostró un menosprecio por las reglas fundamentales de la logística de Marx. Dentro de una concepción marxista, por ejemplo, una lucha revolucionaria puede tener éxito, no contra una clase nueva o naciente, sino contra una vieja o decadente. En el capítulo uno de Alemania: revolución o contrarrevolución (1851-52), Engels y Marx sostuvieron que el movimiento de la clase trabajadora no puede desempeñar un papel independiente hasta que todas las otras clases dominantes potenciales y las capas dentro de estas clases hayan tenido la oportunidad de gobernar y agotar

sus posibilidades de remodelar el Estado de acuerdo con sus intereses especiales. Esta tesis fue resumida en el capítulo último: “La historia le enseñó al Partido Comunista cómo después de la aristocracia de la Edad Media, el poder financiero de los primeros capitalistas surgió y tomó las riendas del gobierno; cómo la influencia social y dominación política de esta sección financiera fue reemplazada por 4a creciente fuerza de los capitalistas industriales; y cómo en el presente, dos clases más reclaman su turno de dominio, la pequeña clase comerciante y la clase trabajadora industrial.”

En este análisis la organización secreta de los comunistas no podía, razonablemente, tener el propósito directo de derribar el actual gobierno de Alemania, sino más bien el gobierno insurrecto de la pequeña burguesía radical que, tarde o temprano, lo seguiría. Los comunistas apoyarían un movimiento revolucionario de la pequeña burguesía, pero no se podía esperar de ellos que prepararan o dirigieran tal movimiento. En el contexto de los Estados Unidos del siglo XX, esta estrategia tiende a apoyar un movimiento revolucionario de la clase burocrática contra la clase capitalista, seguido por una alianza con pequeños burócratas contra la clase burocrática. En resumen, la única tarea factible de una vanguardia proletaria en los 60's, consistía no en pugnar por una revolución comunista, sino en catalizar y asistir primero, a la clase burocrática, y después, a la pequeña burocracia para hacer sus propias revoluciones.

Los temperarios decidieron confrontar al enemigo inmediato. Haciéndolo se violó la estrategia leninista de confrontación en el “eslabón más débil”, la estrategia de desafiar, no al enemigo fuerte, sino al vulnerable. Además del hecho de que una clase en decadencia es también vulnerable, la burguesía es el eslabón más débil, por la separación de poder y propiedad: el Estado está solamente bajo su control indirectamente. Estrictamente hablando, la burguesía en los Estados Unidos no es el gobernante absoluto, sino el beneficiario principal del sistema económico y el principal dispensador de beneficios a favor de quienes ocupan puestos públicos. Aunque los centros de tomas de decisiones

económicas son controlados todavía por los capitalistas, no lo hacen con esa libertad en los mandos políticos y militares. Todo esto provoca una especie de simbiosis entre las élites gobernantes. Lejos de formar una alianza estática con la clase capitalista, la clase burocrática constituye el compañero dinámico que corroe el poder del anterior. A pesar de su alianza, no es necesario confrontarlas juntas. La burocracia está armada y controla directamente a las fuerzas represivas, situación en la que no se encuentran los capitalistas. En tal virtud, su vulnerabilidad los convierte en una presa ideal para las fuerzas militares y paramilitares de izquierda.

Otro error de los temperarios en su estrategia de confrontación, es la indiferencia a conquistar, o al menos neutralizar, a las clases intermedias de la sociedad americana. En tiempo y política (1970) Debray hace notar que entre los campos principales —la burguesía y el proletariado—, hay también una fuerza intermedia. Puede ser ésta los campesinos, oprimidos por los resabios de obligaciones feudales; o podría ser esa fuerza intermedia la pequeña burguesía. Yendo más allá del limitado análisis de clase de Debray, puede ser también la clase burocrática o los poseedores del conocimiento especializado, los profesionales o expertos a cargo de bufetes y oficinas, cuyos ingresos la mayor parte excede a la producción medida por horas de trabajo. Esa tercera fuerza la podrían constituir los pequeños burócratas, cuya relación con la clase burocrática es análoga a la de la pequeña burguesía con la burguesía. Es decir, la mayor parte de sus entradas está representada por su propia participación en la producción de bienes y servicios, y la menor se deriva del trabajo de otros. En todo caso la única estrategia inteligente para la revolución es conquistar estas fuerzas intermedias y aislarla! enemigo fundamental. Los ultra-izquierdistas se desvían en su interpretación maniquea o dualista de la lucha de clases, y son por tanto incapaces de desarrollar una política de alianzas. Debemos debilitar al enemigo antes de una confrontación. ¿Cómo podemos hacer esto? Privándolo de aliados potenciales entre las capas intermedias. Si los moderados

no son conquistados por la revolución, ó al menos neutralizados, serán conquistados por el enemigo, y no habrá revolución.

Como crítica de la estrategia de acción directa y confrontación de los temperarios, no quisimos sugerir que la política y estrategia de la guerra de guerrillas no sean factibles en los Estados Unidos, sino sólo que su modelo particular de guerra de guerrillas, no es eficaz. En retrospectión, los errores estratégicos de los temperarios fueron los siguientes: primero, haber confrontado al enemigo particular de la vanguardia, en vez de hacerlo con el enemigo público de las masas de trabajadores, resultando de ello, una vendetta entre los temperarios y los cerdos, en lugar de un preludeo hacia una guerra civil potencial; segundo, haberse enfrentado al enemigo auxiliar e inmediato, antes de derrotar al enemigo establecido, resultando de esto una guerra estatégicamente desventajosa en dos frentes; tercero, haberse dirigido en contra de una clase naciente en vez de una decadente bajo condiciones en las que pasar por alto la dominación burocrática es evidentemente imposible; cuarto, haber confrontado a un enemigo más bien fuerte que vulnerable; y, quinto, haber repudiado aliados potenciales en una lucha revolucionaria en menosprecio de la estrategia leninista de alianzas, designada a neutralizar o conquistar a las fuerzas intermedias y aislar al enemigo fundamental.

En su mayor parte, esta crítica también se aplica a las estrategias anarquistas adoptadas por el ESL y el ejército de liberación negra (BLA). Estas organizaciones dan lugar a más críticas por su uso de tácticas terroristas contra burócratas individuales. Por ejemplo, en octubre de 1973 el ESL dio a conocer su responsabilidad por la muerte del director general de las escuelas en Oakland, Marcus Foster. Se promulgó un decreto de muerte a Foster, un pequeño burócrata negro, por haber sido el primero en autorizar dos cosas: la guerra interna a estudiantes mediante clasificación computada y la proposición inspirada en la administración de Nixon de organizar agentes policíacos armados dentro de ciertas escuelas de Oakland. Foster fue asesinado como el único camino que quedaba para oponerse al programa del Comité de Educación de Oakland: indentificación fotográfica, expedientes estudiantiles en razón a su raza y creencias políticas y patrullas de policías armados. El Che defiende este modo de terrorismo -el asesinato de individuos— sólo contra los dirigentes de un régimen opresivo. Lo que nunca debe hacerse, lo previno en el capítulo tercero de Guerra de guerrillas, es desviar la energía de una vanguardia revolucionaria hacia la eliminación de peces chicos o asesinos de segunda, cuyas muertes pueden provocar la represión y producir represalias. Tales acciones no producen el efecto deseado, y pueden volver al pueblo contra el movimiento revolucionario: un argumento que se aplica todavía con más fuerza contra la estrategia de asesinatos sin ton ni son, usado por el BLA en la ciudad de Nueva York entre 1971 y 72 y en Jacksonville, Florida, en junio de 1974.

Con estas experiencias, los movimientos guerrilleros en los Estados Unidos tienen mucho que* aprender de Guillen. El terrorismo contra individuos, sostiene, debe usarse sólo contra los enemigos obvios de la clase trabajadora, bajo circunstancias que conciten el apoyo para un movimiento revolucionario. Contrario al Libro de bolsillo de guerra de

guerrilla urbana (1969), de Marighella, Guillen desconfía de la efectividad de una estrategia cuya mayor tarea es confundir, casar o desprestigiar a las fuerzas de represión. Tal estrategia omite alistar la participación activa de las masas en acciones concretas, designadas a mejorar su situación, invitándolas a adoptar un papel de espectador y anima su pasividad, en la esperanza vana de que las acciones guerrilleras por sí mismas los llevarán hacia su liberación. De acuerdo al manual, los decretos de muerte no deben expedirse solamente contra los dirigentes de un régimen opresivo, sino también contra sus agentes: espías, torturadores, informadores de la policía. Esto da pie a asesinatos que no están evidentemente unidos a la opresión de los trabajadores,

estudiantes y mujeres. Un terrorismo que se presta a ser malentendido, como en el caso del asesinato de Foster en Oakland.

Para aclarar esta acción el ESL tuvo que expedir una “Carta al pueblo”, enviada a los periódicos de San Francisco el 17 de junio por Nancy Ling Perry, más tarde asesinada en el tiroteo de Los Angeles en mayo. Aun entonces, las razones no eran convincentes, tal vez porque el castigo era desproporcionado al “crimen”. Los asesinatos indiscriminados de los cerdos y los “demonios blancos”, cometidos por el BLA son aún menos convincentes. “En las revoluciones cualquier acción guerrillera que se tiene que explicar al pueblo -escribe Guillen en su Filosofía de la guerrilla urbana— es políticamente inoperante: debe ser significativa y convincente por sí misma”. Asesinar a un policía ordinario o a un soldado en represalia por el asesinato de un guerrillero es “descender al mismo nivel de un ejército reaccionario. . . es perder o neutralizar el apoyo popular por matanzas absurdas sin una evidente meta política.” Las consideraciones puramente militares o tácticas no tienen valor alguno si las acciones no corresponden tanto a los sentimientos como a los intereses objetivos del pueblo. No es suficiente crear la simpatía popular con acciones contra la policía y el ejército regular; las guerrillas también deben movilizar las masas para que participen en la lucha armada.

Guillen se opuso específicamente a la ejecución por los tupamaros del agente policiaco norteamericano Dan Mi-trionc. No se gana nada ejecutando a un rehén político cuando las demandas de la guerrilla son excesivas y en consecuencia, rechazadas. A cambio de Mitrión los tupamaros exigieron a cien guerrilleros detenidos, tan extrema pretensión el gobierno la rechazó. Al menos debió buscarse una negociación: “un rehén puede ser ejecutado provechosamente, — advierte Guillen—, sólo cuando un gobierno se niega a negociar después de la presión popular; entonces es evidente para todos que el gobierno es responsable del desenlace.” Al ejecutar a Mitrión, porque el gobierno no aceptó sus demandas, los tupamaros “no solamente no cumplieron su objetivo político sino que también sufrieron un revés político al reputárseles de asesinos por la imagen hostil propiciada por los medios de comunicación masiva. Hubiera

sido mucho mejor haber grabado las confesiones de Mitrión y presentado la historia al público. En todo caso su sentencia de muerte debió haber sido conmutada en consideración a sus ocho hijos y para prevenir la censura de la prensa. Una solución tal hubiera ganado la simpatía de muchos en apoyo a las guerrillas. Un ejército popular que usa la violencia innecesaria y crea un clima de terror propio guillen generaliza—, no puede lograr un apoyo popular en la lucha por una sociedad más humana.

Para tener éxito las operaciones armadas deben surgir en relación con los movimientos masivos. La ayuda directa cataliza la potencialidad revolucionaria de estos movimientos. La estrategia tiene que ser dirigida a proveer una defensa para las manifestaciones masivas de obreros, estudiantes y desempleados. En lugar de exigir grandes sumas de dinero por rehenes políticos, lo que podría dar la apariencia de ser simples traficantes, argumenta Guillen, los tupamaros hubieran hecho mejor siguiendo el ejemplo de la Organización Popular Revolucionaria (OPR-33), que usa la lucha armada para apoyar las demandas inmediatas de los trabajadores sin desafiar directamente al gobierno y a las fuerzas armadas. El secuestro de un diplomático o de un miembro de gobierno hace muy poco para aliviar el sufrimiento del pueblo, mientras que el rapto de un patrón o miembros de su familia durante un huelga puede significar la diferencia entre la victoria y la derrota. A diferencia de los tupamaros, los anarquistas uruguayos (OPR-33) no hacen demandas propias, sino que usan la fuerza para asegurar que las demandas de los trabajadores sean atendidas. Con esta estrategia tratan de obtener el apoyo de los trabajadores, con el propósito de revolucionar a los sindicatos. Concluye Guillen: hasta que los revolucionarios estén al mando del movimiento obrero, estarán listos para una acción revolucionaria más profunda: la ocupación y transformación de las fábricas en empresas autogestionadas, base importante para ejercer el poder político.

3. CONFUSIÓN SOBRE LA BUROCRACIA ESTATAL COMO UN MERO AUXILIAR DE LA CLASE DOMINANTE

Las siguientes críticas parten de la premisa básica de los temperarios quienes sostienen que ningún movimiento revolucionario puede ponerse en marcha sin confrontar el aparato militar burocrático del Estado. Este dudoso supuesto testifica un síndrome anarquista en el análisis de los temperarios. La premisa se basa en la predicción del Manifiesto Comunista relativa a que el capitalismo ha simplificado los antagonismos de clase, pues la sociedad se está dividiendo cada vez más, en dos grandes campos hostiles que se encaran directamente: la burguesía y el proletariado. Bajo tales condiciones el Estado se reduce/a un comité ejecutivo de la clase dominante, ocupándose del manejo de los asuntos comunes de la burguesía. El supuesto anarquista parte de que la clase dominante, confrontada con la creciente movilización de los obreros por su propio interés, usará la fuerza cada vez más para defender sus privilegios. Como vaya aumentando la represión, las masas responderán con una militancia incrementada hasta hacer que la clase dominante acabe con un parlamento poco dúctil y propiciar un golpe militar. De nuevo, el supuesto es que las fuerzas burocráticas policíacas y militares al mando del Estado, son meros agentes de la burguesía.

Las fuentes principales del análisis de clases de los temperarios son Más sobre el movimiento juvenil de Jim Mellen en Notas de la nueva izquierda (13 de mayo de 1969) y la sección 7, de Usted no necesita un temperario . . . De acuerdo a Mellen la predicción de Marx de la polarización de la sociedad capitalista entre una gran clase trabajadora y una burguesía dominante cada vez más concentrada, casi se ha cumplido en los Estados Unidos. La mayoría del pueblo en este país, que no posee medios de producción y tiene que vender su fuerza de trabajo, pertenece a la clase trabajadora. Aun cuando existen grandes diferencias entre el pueblo trabajador con respecto a los sueldos, condiciones de trabajo, control sobre el proceso de producción, etc., el común denominador de asalariados los une objetivamente. Los estudiantes, los oficinistas a nivel medio y los trabajadores profesionales son frecuentemente incluidos en una categoría media, pero arguye Mellen que la gran mayoría de esa llamada “clase media” son, objetivamente, miembros de la clase trabajadora. La otra gran clase es la burguesía que él divide en dos capas principales: la alta o burguesía monopolista, y la baja o pequeña burguesía. Aun cuando esté muy estratificada, se define ala burguesía como aquellos que poseen los medios de producción y viven de la explotación del trabajo de otros. La única categoría intermedia que constituye una excepción al concepto de Marx de la polarización, es la pequeña clase de profesionales independientes —a la que debemos agregar los artesanos y pequeños comerciantes— quienes viven principalmente de su propio trabajo. En los datos estadísticos del gobierno de los Estados Unidos, los trabajadores de esta categoría residual se llaman “personas que trabajan por su propia cuenta.”

Con cambios mínimos, el análisis de clases de Mellen se incorporó a la sección siete de “Usted no necesita un temperario ...” del cual fue Coautor. La clase trabajadora blanca del país explotador, distinta de la colonia negra, se dividió en dos estratos principales: la capa superior de trabajadores calificados, sindicalizados, junto con la mayoría de la llamada nueva clase trabajadora de profesionales científicos y técnicos proletarizados o semiproletarizados, y el estrato bajo de “blancos pobres”, el llamado lumpen-proletario, constituido por desempleados y semiempleados, los trabajadores no sindicalizados y aquellos cuyos sindicatos son débiles, el trabajo sindicalizado más pesado y explotado, el grueso de la gente joven, o miembros de las fuerzas armadas. En cuanto a las capas medias, que no forman parte de la pequeña burguesía, fueron clasificadas como clase trabajadora alta; pero por sus privilegios y lazos de trabajo con el imperialismo se las consideró como enemigas de su propia clase. Estas capas incluyen gerentes, abogados de las grandes corporaciones, administradores, los más altos empleados públicos y oficiales del ejército. Finalmente se amplió la categoría de la pequeña burguesía para incluir comerciantes en pequeño, profesionales, y pequeños capitalistas, cuya oposición a los monopolios, a los grandes sindicatos, y al estado burocrático no impide que apoyen al sistema imperialista en general.

Existen varios defectos en estos dos análisis de clase. La redefinición de la pequeña burguesía hecha por los temperarios es deficiente porque incluye a una categoría no capitalista de “personas que trabajan por su propia cuenta” en la clase de pequeños capitalistas. Es mejor excluir a “las personas que trabajan por su propia cuenta” tanto de la burguesía como del proletariado. Una crítica más aguda del análisis de clase de los temperarios, es su reducción de “las capas medias” a una fuerza pequeña y residual, al margen de la lucha de clases, especialmente aquellas “capas medias” que no son pequeños burgueses o “personas que trabajan por su propia cuenta”. En un análisis marxista se las

clasifica frecuentemente como clase trabajadora alta. ¿Pero es cierto, como cree Mellen, que los privilegios de los trabajadores burócratas “no cambian de ningún modo los intereses objetivos de clase”, que estos trabajadores “nunca reciben un salario proporcional a su productividad”, y que “también ellos son explotados”?

Si la respuesta a estas preguntas fuese afirmativa, entonces tanto peor para el análisis marxista de clases, pero el análisis de Marx es ambiguo y abierto a varias interpretaciones. Aun cuando el personal directivo en la industria, comercio y finanzas puede ser una clase trabajadora en virtud de su trabajo como funcionarios de los capitalistas, no son miembros de la burocracia estatal en virtud de que su esfuerzo se ubica directamente en obtener utilidades para sus patrones. En los últimos dos capítulos del tercer volumen de *El capital*, Marx distingue tres grandes clases que poseen distintos factores de producción: fuerza de trabajo, capital real y tierra. Sus respectivas fuentes de ingreso

están representadas por los salarios, las utilidades y el arrendamiento. Bajo esta perspectiva, las clases sociales existen al nivel de lo que Marx llamaba la estructura económica de la sociedad, definida por los papeles respectivos de estas clases en la producción. Bajo el capitalismo, sin embargo, el trabajo de la burocracia estatal no atañe directamente a la producción, es más bien político que económico. Por esta razón los seguidores principales de Marx no identificaron a la burocracia estatal con los miembros de una clase. Cuando más, dichos trabajadores constituyen una capa social, de acuerdo a Stalin, y una casta privilegiada c;e acuerdo a Trotsky. Aunque se puede demostrar que los empleados públicos mejor pagados explotan el trabajo de sus subordinados, tal explotación no se caracteriza por las relaciones de producción capitalista ni es capitalista en carácter, lo que significa que la masa de trabajadores clerical y burócrata con sueldos bajos, está también excluida de la clase trabajadora.

Contra esta interpretación del aparato conceptual de Marx existen las objeciones siguientes. Primero, el Estado no es una institución política exclusivamente, sino también una institución económica. Nueve décimos de la ley, se dice, tratan de la regulación y administración de la propiedad. Aun más, en una sociedad socialista los medios de producción son poseídos y administrados directamente por el Estado. Segundo, una interpretación estricta de las tres grandes clases de Marx en términos de propiedad de los factores de producción, excluiría a todos los empleados comerciales y bancarios del proletariado, en vista de que su trabajo no produce nada de valor sino que solo lo pone en circulación. En *Economía política: el método* (1962) Oskar Lange excluyó a los proletarios del capital comercial y financiero de la clase capitalista, precisamente por esta razón. Así como algunos asalariados no son miembros de la clase trabajadora, en igual forma, afirmó Lange, no todos los capitalistas por tener capital, son miembros de la clase capitalista. Un argumento parecido se aplica a los trabajadores productivos que se encuentran desempleados, y también, a todos los trabajadores desempleados. Tercero, el común denominador de todos los trabajadores supervisores y burocráticos, según Marx, participa de la plusvalía. Como funcionarios de los capitalistas, constituyen meramente una capa alta, mejor pagada que la clase trabajadora. Pero si los sueldos de los gerentes son una medida del valor de la fuerza de trabajo de los gerentes, como creía Marx, la aplicación contable directa de una unidad media tipo de trabajo, indica que este valor incluye una alta proporción del excedente del trabajo de los obreros.

Tenemos aquí una justificación para revisar el análisis de clases de Marx. Primero, todos los trabajadores directivos, administrativos, profesionales y científicos ejecutan una labor supervisora y un trabajo de explotación por medio de una oficina o bufete especial, razón suficiente para incluirlos en una clase aislada. Segundo, aquellos cuyos salarios exceden en unidades medias tipo de trabajo, la cantidad de horas medias tipo de trabajo desempeñadas en una actividad supervisora, tampoco son miembros de la clase capitalista ni de la trabajadora en el sentido marxista. Ni son miembros de una clase intermedia de “personas que trabajan por su propia cuenta”, que ni explotan ni son explotadas. En cuanto a este problema, debemos convenir con Bakunin en contra de lo expuesto por Marx, lo cual quiere decir que los trabajadores burocráticos son propietarios de un factor de la producción —conocimiento profesional o experto— que configura una cuarta gran clase, al lado de los proletarios, capitalistas y terratenientes de Marx. De acuerdo a esto, existen bases sólidas para creer que dicha clase puede gobernar sola y que las interpretaciones de los marxistas y los temperarios de la burocracia estatal son erróneas. La burocracia no es un mero auxiliar de la clase gobernante.

Aunque la clase burocrática no es una clase propietaria en el mismo sentido que los capitalistas y los terratenientes, de todos modos es el propietario de un capital intangible. En muchas partes se

reconoce que esta clase, para usar la caracterización de Adolf Berle, tiene poder sin propiedad. Tanto en la industria como en el gobierno, la clase burocrática ha surgido de su condición anterior de mero funcionario de los capitalistas para desempeñar el papel de socio menor. El futuro de esta clase se puede anticipar contrastando su papel presente con aquel en la Unión Soviética donde es la clase dominante. Ya sea que la burocracia tome el poder gradualmente o

de manera violenta, el creciente poder e influencia de la tecnoburocracia o del complejo militar-industrial es ahora casi una idea obvia y trivial. Dentro de la estructura de una revolución de los gerentes, los nuevos socios menores de los capitalistas pueden convertirse en sus socios mayores para final del presente siglo. En todo caso, está dentro de la perspectiva de una próxima revolución burocrática —una revolución social y también política—, que la guerra de guerrillas urbana en los Estados Unidos debe ser valorada con realismo.

4. TEORÍAS DE UNA REVOLUCIÓN BUROCRÁTICA: UNA NOTA HISTÓRICA

El tema de una revolución burocrática constituye un gran desafío a la tesis marxista del bonapartismo. De acuerdo a esta tesis los oficiales estatales son el único segmento de la burocracia con capacidad para escaparse del control de las grandes clases y gobernar independientemente. Se puede lograr esta situación sólo en períodos de equilibrio entre el proletariado y la burguesía, cuando el Estado esté temporalmente en una posición de desempeñar el papel de arbitro.

El primer ejemplo histórico de la burocracia estatal desempeñando un papel independiente, Marx lo analizó en El dieciocho de brumario de Luis Bonaparte (1852). A través del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 se dio fin a la Segunda República establecida por la revolución francesa de 1848. Durante la Revolución Francesa de 1789 y bajo Napoleón, la burocracia fue sólo un medio de preparar la dominación de clase de la burguesía. Más tarde, durante la Restauración, el reinado de Luis Felipe y la Segunda República parlamentaria, constituyó el instrumento de la clase dominante, aunque también se esforzó para aumentar su propio poder. “Sólo bajo el segundo Bonaparte —observó Marx—, podía el Estado hacerse completamente independiente”; y con todo, el poder estatal no se encontraba suspendido en el aire, sino representaba la clase más numerosa de la sociedad francesa, los pequeños campesinos.

En El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado (1884), Engels muestra cómo históricamente el Estado surgió de la necesidad de mantener reprimidos los antagonismos de clase, pero por lo general el Estado es el instrumento mediante el cual la clase económicamente dominante se convierte también en la clase más poderosa en lo político. Las excepciones existen sólo en períodos en los cuales las clases en lucha se equilibran y la burocracia estatal surge como un mediador ostensible y se vuelve independiente de manera transitoria. Engels cita como ejemplos a la monarquías absolutas de los siglos XVII y XVIII que mantuvieron el equilibrio entre la nobleza y la burguesía, y el bonapartismo de Napoleón y especialmente el de Luis Bonaparte, que enfrentaron al proletariado contra la burguesía, y viceversa. La condición básica del bonapartismo no es un equilibrio entre las clases en general, sino entre la burguesía y el proletariado en particular. Común a todas las formas de la supremacía estatal sobre las clases contendientes, como notó Engels en la segunda parte de La cuestión de la vivienda (1872-73), es la dominación política, no económica, de “una casta especial de oficiales del ejército y oficiales estatales” —una casta provista en parte de sus propios rangos.

La contribución de Trotsky a la discusión del bonapartismo, consistió en generalizar el concepto de modo que se le pudiese aplicar a las sociedades postburguesas o transitorias. En “¿Adonde va Francia?” (noviembre de 1934) escribió: “La esencia del bonapartismo consiste en esto: basándose en la lucha de dos campos, ‘salva’ a la ‘nación’ con la ayuda de una dictadura burocraticomilitar. De nuevo, en “Francia en la encrucijada” (marzo de 1936), distinguió los siguientes rasgos característicos del bonapartismo de un régimen inestable, transitorio o bastardo: primero la independencia del gobierno de los partidos y programas, segundo, la nulificación del control parlamentario mediante los poderes de emergencia del ejecutivo, tercero, el papel del gobierno como arbitro imponiendo el orden en los campos de lucha. En La revolución traicionada (1937), arguyó que la burocracia estalinista en la Unión Soviética también exhibió estos rasgos, y por eso es una casta bonapartista. La diferencia principal entre el régimen bonapartista soviético y sus predecesores históricos en países capitalistas, es que ningún régimen anterior iguala el grado de independencia logrado por la burocracia soviética, a expensas de la clase dominante. En la sociedad burguesa, la burocracia representa en esencia el interés económico de la burguesía, mientras que la burocracia soviética “ha crecido sobre una clase que apenas resurge de la indigencia y la obscuridad, sin tradición de dominio ni mando”. Bajo el capitalismo una burocracia bonapartista puede ser la única autoridad política, pero no es el único grupo privilegiado en la sociedad. En contraste, la burocracia estalinista “es en el sentido estricto de la palabra, la única capa privilegiada y de mando en la sociedad soviética.”

La singularidad de la discusión de Trotsky sobre el bonapartismo se basa también en su generalización de este

concepto más allá de la lucha de clases nacional entre la burguesía y el proletariado. Trotsky aplica el concepto a la lucha de clases internacional. El programa de transición de la Cuarta Internacional, por ejemplo, sostiene que la burocracia estalinista estableció una tregua entre la clase trabajadora soviética, por un lado, y las presiones de la burguesía internacional bajo la forma de un cerco capitalista, por el otro. Para Trotsky había un balance contradictorio, resultado de dos políticas seguidas por la camarilla bonapartista: la interior de socializar los medios de producción, progresista; regresiva la otra, por su coexistencia con el mundo capitalista. Tal balance llevó a Trotsky a la siguiente predicción política formulada en el Programa de transición: . . . o la burocracia se convierte cada día más en el órgano de la burguesía mundial dentro del Estado de los trabajadores, derrumbando las nuevas formas de propiedad y hundiendo al país de nuevo en el capitalismo, o la clase trabajadora aplastará a la burocracia y abrirá el camino al socialismo.”

Entre otras contribuciones de Trotsky a esta discusión encontramos la internacionalización del concepto bonapartismo. En dos artículos publicados postumamente, “Burguesía nacional y bonapartismo en América Latina” y “La administración obrera en la industria nacionalizada” in-cuidas en una antología de Trotsky intitulada Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina (Buenos Aires, 1961), afirma que todos los gobiernos latinoamericanos tienen características bonapartistas o semibonapartistas. Específicamente, la inestabilidad de estos regímenes burocráticos se basa en el balance precario existente entre dos campos: la burguesía imperialista extranjera y la clase trabajadora nativa en cada país, esta inestabilidad permite al Estado elevarse sobre la lucha de clases. Los gobiernos en países subdesarrollados y neocoloniales, sostenía Trotsky, tienden a oscilar entre dos clases de presiones: primero, las presiones del capital extranjero; luego, las presiones de un movimiento de trabajadores antiimperialistas y consciente de los intereses nacionales. Por eso, a Trotsky, le gustaba distinguir entre las formas de bonapartismo democráticas o progresistas y las formas autoritarias o regresivas. En el primer caso, el estado burocrático hace

concesiones importantes al movimiento obrero a fin de ganar apoyo a su propia resistencia al imperialismo; al mismo tiempo trata de dominar a los trabajadores, poniendo los sindicatos bajo el control del Estado. En el segundo caso, el gobierno se rinde a presiones extranjeras y procura minar los logros de los trabajadores sindicalizados por medio de abolir el congreso, suprimir las libertades civiles y establecer una dictadura policíaca o militar.

Los puntos de vista de Trotsky concernientes a la burocracia cambiaron después del Pacto Soviético-Nazi de No Agresión de agosto de 1939. Anteriormente, en La revolución traicionada, admite que el carácter de la Unión Soviética no había sido aún decidido por la historia. Se consideran tres hipótesis: primero, que la burocracia soviética pueda ser derrumbada por un partido revolucionario, como el preludio a una transición al socialismo; segundo, que la burocracia puede ser derrumbada por un partido burgués contrarrevolucionario antes de una restauración capitalista; tercero, que la burocracia puede seguir dominando la sociedad soviética bajo las condiciones de un régimen transicional que es inestable. Esta tercera alternativa no es más que un resumen de las dos hipótesis anteriores: o un nuevo orden socialista o una restauración capitalista. Más tarde en “La URSS en Guerra” (septiembre, 1939), toma Trotsky un punto de vista totalmente distinto acerca del futuro del Estado soviético. Supóngase que la segunda guerra mundial no provocara la revolución; sino la decadencia del proletariado; o supóngase que el proletariado de los países avanzados conquista el poder, pero no puede mantenerlo o no puede impedir el surgimiento de una burocracia privilegiada. Entonces uno tendría que concluir, arguye Trotsky, que el proletariado tiene una “incapacidad congénita” de convertirse en clase dominante y que el Estado soviético es el “precursor de un nuevo régimen explotador en una escala internacional.” Si esta prognosis se confirma en el porvenir —una perspectiva que él había descartado antes como históricamente imposible— “entonces, desde luego, la burocracia se convertirá en una nueva clase explotadora”.

Un cambio semejante es evidente en la caracterización que hace Trotsky de la burocracia fascista en Alemania. Hasta mediados de los 30's describió al fascismo como una dictadura del capital monopolista, apoyado por un programa de ilusiones pequeñoburguesas y la movilización de la pequeña burguesía contra la clase trabajadora y las instituciones de la democracia. Trotsky estaba muy lejos de caracterizar a la burocracia nazi como bonapartista. La burocracia nazi fue concebida como un instrumento del gran capital dirigido contra los tres regímenes bonapartistas transitorios de Brüning, Papen y Schleicher, entre la República de Weimar y el Tercer Reich. Estos regímenes, balanceándose como acróbatas, se habían diseñado para posponer la confrontación definitiva entre dos campos hostiles: el socialismo (el proletariado) y el fascismo (la burguesía). Esta tesis formulada en “¿Adonde va Francia”, fue más tarde revisada en “La URSS en guerra” donde Trotsky alude a la posibilidad de que la segunda guerra mundial resultara en una victoria fascista, y también en “El crecimiento de una nueva clase explotadora de la burocracia fascista bonapartista.”

Esta nueva caracterización de la burocracia fascista surgió de una polémica sobre la descripción de las burocracias

fascista y soviética. Estas burocracias, se decía, eran tanto anticapitalistas como anticomunistas. Aunque los primeros actos del fascismo en el poder llevaron al aplastamiento de los sindicatos y de los partidos políticos y a la hegemonía de la gran burguesía, la burguesía fascista subsecuentemente dominó a los capitalistas por medio de un sistema de empresas reguladas por el Estado; las tomas de decisión se convirtieron más en un asunto público que privado. Reconociendo este cambio de carácter del fascismo alemán, que había hecho posible el pacto de agosto con la Unión Soviética, concedió Trotsky en “La URSS en guerra”, que la burocracia fascista había adquirido rasgos bonapartistas que antes no poseía.

En su artículo “En el partido de los trabajadores” (agosto de 1940), reafirmó esta descripción de la burocracia fascista como un régimen bonapartista transitorio: “El elemento que el fascismo tiene en común con el viejo bonapartismo es que usó el antagonismo de clases para darle al poder estatal la mayor independencia.” El fascismo es un atentado de la burocracia estatal, bajo las condiciones de una sociedad burguesa decadente, para desarrollar la producción sobre la base de una nueva tecnología, sin eliminar a la propiedad privada: “es un esfuerzo para salvar la propiedad privada y a la vez refrenar la propiedad privada”. Aunque este esfuerzo corresponde a los intereses de la burguesía, sostenía Trotsky, es posible porque una camarilla burocrática en el poder opone una clase a la otra.

La cuestión es si la concesión de Trotsky fue suficientemente lejos. En el primer capítulo de *La revolución de los gerentes* (1941), Jam Burnham criticó implícitamente la tesis bonapartista de Trotsky y del marxismo, por no tomar en cuenta la transformación contemporánea de las tareas de los burócratas políticos: estas tareas han cambiado de “no productivas” a “productivas”. En el apogeo del capitalismo, la producción tenía lugar fuera de la esfera estatal bajo circunstancias en las que la burocracia no podía ser, y no fue, la clase dominante. Pero las burocracias contemporáneas, dice Burnham, son diferentes de sus predecesoras de los siglos XVIII y XIX: “están dirigiendo ya, en todas las naciones, las más grandes empresas; y mediante varios tipos de control, tienen en sus manos casi todas las empresas. . . el desarrollo de la industria moderna las sitúa en posiciones claves de la producción aun antes de que la transición a la nueva sociedad de los gerentes tenga lugar.” En el pasado, las burocracias lograban el monopolio del poder político provisionalmente, caminando sobre una cuerda floja social, tendida entre las clases principales. Así, el régimen de Luis Bonaparte gozó de una breve independencia cuando favoreció a una clase tras otra: los capitalistas franceses, los campesinos y los trabajadores. En la Alemania nazi, la burocracia osciló por un tiempo entre los capitalistas alemanes y los trabajadores, mientras que en Rusia, la burocracia estalinista se fortaleció manipulando a los trabajadores contra los campesinos. Sin embargo Trotsky se equivocó al pensar que la burocracia no podría mantener su posición de independencia por mucho tiempo y que tarde o temprano tendría que ceder el poder político a la gran clase social que participa directamente en la producción. En otras palabras, no se dio cuenta que los gerentes de la industria y los burócratas políticos se han fusionado hoy día en una sola clase, que controla y opera los medios de producción aun cuando no los posee.

La prueba de que una burocracia sea o no un mero auxiliar de la clase dominante es muy clara: dependerá de que su control político contribuya a mantener o a minar los privilegios de esa clase dominante. Donde quiera que una burocracia bonapartista ha expropiado a la burguesía políticamente, ha ayudado a mantener la dominación económica de la burguesía; ver a Max Shachtman en *La lucha por el nuevo curso* (1943). Las burocracias napoleónica, prusiana y nazi privaron a la burguesía de su poder político, mientras protegían y preservaban las bases sociales de la propiedad privada capitalista. En agudo contraste, la burocracia estalinista, sostiene Shachtman, no sólo “expropió” a la clase trabajadora políticamente, sino que la debilitó económicamente. Donde la propiedad es poseída colectivamente o por el Estado se tiene que preguntar: ¿Quién controla al Estado que posee la propiedad? ¿Quién tiene el poder político? Bajo la Nueva Política Económica de Lenin, el proletariado tenía el poder político, aunque la clase capitalista era todavía la privilegiada económicamente. Bajo Stalin, la burocracia tomó la mayor parte del poder político; con este poder expropió en seguida a los kulaks económicamente. En breve, la burocracia soviética dejó de ser un auxiliar del proletariado ruso para convertirse no sólo en una capa dominante, sino también en una nueva clase dominante. La

Unión Soviética dejó de ser un estado de trabajadores, porque se establecieron “nuevas relaciones de propiedad, por tanto nuevas relaciones de producción, por tanto nuevas relaciones sociales. . .” Trotsky se equivocó cuando describió la burocracia soviética como un régimen bonapartista en el sentido clásico. Aunque la burocracia estalinista comparte casi todos los rasgos clásicos con el bonapartismo —gobierno militar policíaco, elecciones con plebiscitos, demagogia social, burocracia embriagada y explotación de los antagonismos de clase para sus propios beneficios— concluye Shachtman que ni es una burocracia burguesa ni proletaria, sino una nueva clase dominante.

Las teorías de una revolución burocrática en los Estados Unidos son por tanto un derivado de la tradición marxista en el

análisis social y político. La primera fórmula sistemática de esta teoría fue expuesta en *La revolución de los gerentes de Burnham*. Burnham era un antiguo trotskista y líder durante los años 30's del Partido Socialista de los Trabajadores (SWP). Burnham basó su teoría en la obra de un ex trotskista italiano en exilio, *La burocratización del mundo* (1939), de Bruno Rizzi. Entre otras influencias sobre el trabajo de Burnham estaban *Los ingenieros y el sistema de precios* (1921), de Thorstein Veblen, escrito dentro de una concepción marxista, el movimiento tecnocrático engendrado por Howard Scott bajo la influencia de Veblen, y *La corporación moderna* (1933), de Adof Berle y Gardiner Means, también en parte influidos por Veblen.

El trabajo de Burnham fue seguido muy pronto por *La lucha por el nuevo curso* de Shachtman que cambió el énfasis de los gerentes de producción a los burócratas y administradores políticos. Esta obra de Shachtman se basó en un estudio detallado del surgimiento de la burocracia soviética. Shachtman, un gran amigo de Burnham y un antiguo miembro del comité político del SWP, siguió identificándose con el trotskismo aun después de romper con Trotsky. Fue la crítica de Trotsky de la burocracia soviética en *La revolución traicionada*, lo que originalmente encendió la controversia dentro del trotskismo internacional sobre la naturaleza y el papel de la burocracia soviética; la respuesta inmediata fueron los libros de Rizzi y Burnham. Ellos, en cambio, tuvieron una gran influencia en Shachtman. También influyeron en la revisión más importante de la teoría de Trotsky durante los años 70's, *Marx contra Marx: la sociedad tecnoburocrática* (1971), de Marc Paillet.

Con la excepción de Brunham y Shachtman, quienes criticaron directamente la teoría trotskista de la burocracia, las teorías subsecuentes de una revolución burocrática en los Estados Unidos han sido influidas principalmente por Veblen, Veblen representa la tradición prebolchevique en la teoría social. Los trabajos más importantes en los 50's, ampliando y actualizando los de Veblen, fueron los de *El poder sin propiedad* (1959), de Berle y *La economía de papel* (1959), de David Bazelon (la obra de Bazelon era muy "Veblesque".) Luego en los años 60's Bazelon desarrolló las implicaciones políticas de la llamada "nueva clase" en *Poder en América* (1964), mientras que John Ken-neth Galbraith explotaba el concepto de una "tecnoestruc-tura" en *El nuevo Estado industrial* (1967). Aun cuando sus tratados respectivos sobre la burocracia difieren en puntos cruciales, ellos comparten la tesis del surgimiento de una nueva clase o capa de trabajadores profesionales, administrativos, directivos y técnicos que están reemplazando a la clase capitalista como el poder dominante económico y político en los Estados Unidos. La revolución tecnicocientífica, de acuerdo con Z. Brzezinski en *Entre dos épocas: el papel de América en la era tecnotrónica* (1970), ha transformado tanto la estructura de clases, como la llamada "tercer revolución americana" —particularmente en el área de las computadoras y las comunicaciones— ha tenido éxito en transferir las decisiones económicas tanto como el poder político de la clase capitalista a las manos de los profesionales. Teorías de una sociedad postindustrial, con teorías sobre la convergencia del capitalismo y el socialismo, testifican la influencia de Veblen como variaciones especiales de su tesis del surgimiento de una élite tecnocientífica.

Un común denominador de estas interpretaciones rivales de una revolución burocrática, con la excepción del trabajo de Shachtman, es su apertura a la posibilidad de varios caminos diferentes y opuestos al "socialismo". Así, la revolución económica o tecnicocientífica puede ocurrir primero, seguida por un cambio gradual en la composición de la clase dominante, como en los Estados Unidos; o puede suceder al final, respondiendo a una revolución política de un partido marxista-leninista o de vanguardia, como en la Unión Soviética. Los escritores influidos principalmente por Veblen, han planteado la primera hipótesis; los escritores bajo la influencia directa o indirecta de Trotsky prefieren la segunda. La singularidad del trabajo de Burnham consiste en que él hizo uso completo de ambas posibilidades.

En todo caso, el socialismo no tiene que ser el trabajo de socialistas, sino que puede ser el resultado de la revolución tecnicocientífica, igual que el capitalismo fue producto de la Revolución Industrial. Aun cuando la gran Revolución Francesa dio ímpetus al capitalismo en el continente europeo, esto fue posterior al desarrollo del capitalismo en Inglaterra y a la larga, influyó menos que la experiencia inglesa- De la misma manera, la contribución soviética al socialismo, puede ser, a la larga, menos duradera o influyente que la contribución norteamericana, a pesar del hecho de que las semillas del socialismo fueron plantadas primero en Rusia, mediante la revolución bolchevique de octubre de 1917.

5. DOS TÁCTICAS DE LA VANGUARDIA REVOLUCIONARIA EN LA REVOLUCIÓN BUROCRÁTICA

La tesis de una revolución burocrática mina la estrategia de los temperarios, esta estrategia de alianzas apunta a una revolución proletaria inmediata en los Estados Unidos. Puesto que la posibilidad de brincar la etapa burocrática de dominación es prácticamente nula en una metrópoli imperialista avanzada, la estrategia de los temperarios constituida por un bloque de desposeídos, es prematura, a menos que incluyese también segmentos de la burocracia o pequeña burocracia en un amplio frente antiimperialista, dirigido a vencer al “enemigo del enemigo propio”. Los temperarios contaban con una revolución de una sola etapa, esperando que el capitalismo fuera el último sistema explotador. Una valoración realista de las fuerzas sociales requiere que abandonemos esta hipótesis en favor de un modelo de —dos— etapas del proceso revolucionario. Aunque una estrategia efectiva demanda todavía una confrontación con los capitalistas como clase, esa clase es sólo la más vulnerable, no el enemigo inmediato.

Esperando una revolución proletaria, los temperarios favorecieron una alianza del movimiento revolucionario juvenil con la colonia negra. Por qué el énfasis en la juventud? Primero, la mayoría de la juventud americana pertenece no sólo a la clase trabajadora sino también a las secciones más oprimidas de esa clase: los desempleados, los no sindicalizados o la capa más baja de los trabajadores, y el ejército. Segundo, los trabajadores jóvenes tienen mucho menos que perder en la sociedad que los viejos trabajadores: los trabajos menos interesantes, la falta de derechos de antigüedad, pocas responsabilidades familiares, y menos deudas. Tercero, están más abiertos a ideas nuevas y han sufrido menos lavados de cerebro que los trabajadores viejos. Cuarto, la gente joven tienen que arriesgar su vida en

guerras lejanas que ellos no consideran suyas. Quinto, están cansados del contenido de la educación en las escuelas (¿conocimientos? ¿para qué?) y de la disciplina y la orientación hacia trabajos y carreras en el gobierno y los monopolios. Y sexto, son hostigados por la policía y las cortes para ajustar sus faltas generales. En estos aspectos, sólo la colonia negra interna está más oprimida que la juventud blanca de la clase trabajadora.

En esta alianza, el papel de dirección fue asignado a representantes de la colonia negra, porque se suponía que la opresión genocida hace de los negros los más receptivos a las ideas revolucionarias y los que se empeñan más en pelear contra la explotación imperialista. Aunque sólo son 10 o 15 por ciento de la población total, los negros pueden ganar la lucha por autodeterminación, de acuerdo a los temperarios, debido al terrible costo para la clase blanca dominante de un “Vietnam Negro”, junto con otros Vietnams y el costo de la defensa del imperio. Después de suponer que bajo estas condiciones por la liberación negra pudieran ganar solos, los temperarios animaron a los negros que hicieran la revolución, con o sin el apoyo de la clase trabajadora blanca. Bajo esta perspectiva, la tarea de los revolucionarios blancos no era dirigir la revolución, sino seguir el paso del movimiento negro, para apoyarlo y compartir los costos. Así los negros no tendrían que hacer la revolución solos. La tarea del movimiento revolucionario juvenil sería movilizar el apoyo de toda la clase trabajadora. En cuanto a las llamadas “capas medias” de los burócratas y pequeños burócratas, “estos estratos son enemigos de la revolución.” Paradójicamente, no puede haber ninguna alianza anticapitalista ni con ellos ni con la pequeña burguesía, por sus intereses de clase independiente, opuestos tanto a los monopolios como a los grandes sindicatos.

Para criticar esta estrategia de alianzas y para tener una guía de la estrategia en la revolución anticapitalista, podemos considerar el tratado de Lenin de la cuestión en la revolución democrático-burguesa. En un aspecto la estrategia de Lenin apoya la de los temperarios; Lenin requiere una alianza de la clase y las capas oprimidas en un movimiento revolucionario proveniente de “abajo”. Sin embargo, la clase trabajadora, y no su aliado principal el campesinado, de acuerdo con Lenin, debe dirigir la revolución.

La discusión clásica de la cuestión de las alianzas la encontramos en Dos tácticas de democracia social en la revolución democrática (1905), de Lenin. Dos estrategias básicas (Lenin las llama “tácticas”) se contraponen en este trabajo: primero, una alianza del proletariado con la burguesía liberal y la pequeña burguesía democrática, bajo la suposición de que en una revolución democrático-burguesa, el proletariado desempeñara el papel de la fuerza de lucha principal pero no de la fuerza política directiva; segundo, una alianza del proletariado y el campesinado, esperando que el proletariado pueda desempeñar un papel directivo político. Conforme a la primera estrategia de una alianza con la burguesía o enemigo inmediato, contra el enemigo fundamental —la nobleza feudal o la clase terrateniente— la vanguardia revolucionaria “no debe apuntar a asir o compartir el poder en un gobierno provisional, sino debe permanecer como un

partido de la oposición revolucionaria extrema.” Siguiendo la segunda estrategia de una alianza con el campesinado — en la Rusia zarista un grupo oprimido como la colonia negra en los Estados Unidos— la vanguardia revolucionaria no debe tener miedo de confrontar dos enemigos al mismo tiempo, pero debe “empujar la revolución a su consumación a pesar de la resistencia o pasividad de parte de la burguesía inconsistente.” El problema es éste: si el proletariado será amedrentado por la burguesía vacilante o la intimidará, o sea, paralizará su resistencia. Mientras Lenin perseguía la segunda estrategia, no pensaba confrontar a la burguesía para establecer una dictadura del proletariado o preparar para su revolución proletaria inmediata. El punto era confrontar a la burguesía con sus propios intereses objetivos en una revolución democrática burguesa llevada a cabo bajo la dirección del proletariado y el campesinado.

Un problema semejante surge en cuanto a la cuestión de las alianzas durante una revolución anticapitalista burocrática. ¿Debe la clase trabajadora colocarse en una alianza con la burocracia liberal y la pequeña burocracia democrática, lo que supone que en una revolución burocrática los trabajadores desempeñarán un papel político auxiliar, o debe la clase trabajadora buscar una alianza con la colonia negra, esperando que juntos puedan llevar a cabo una revolución desde abajo? ¿Deben los trabajadores seguir a la zaga de la burocracia y mantener intacto el frente del pueblo, o deben esforzarse por asir o compartir el poder en un gobierno provisional?

Actualizando e interpolando la sección sexta de “Dos tácticas. . .” de Lenin, se consigue una visión de las metas y los propósitos del proletariado en la revolución burocrática. “Los marxistas están absolutamente convencidos del carácter (burocrático) de la revolución (estadounidense). ¿Qué significa esto? Significa que las reformas democráticas en el sistema político y las reformas sociales y económicas, se han convertido en una necesidad para (los Estados Unidos), no implican por sí mismas el debilitamiento de (la burocracia), el enervamiento de la dominación (burocrática); al contrario, por primera vez hará posible que (la burocracia) gobierne como una clase. Los revolucionarios (negros) no pueden comprender esta idea, puesto que ignoran las leyes de desarrollo de la (burocracia); no pueden ver que aun el éxito completo de una (rebelión negra), aun la redistribución de la tierra en (el Cinturón Negro)* para beneficio de los (negros) y de acuerdo con sus deseos, no destruirá a la (burocracia) en absoluto, sino al contrario, dará un ímpetu a su desarrollo y apresurará la (polarización) dentro de (la colonia negra)... Pero de esto no resulta que una revolución (burocrática) no sea de un interés enorme para el proletariado... que una revolución (burocrática) es una revolución que puede ser ventajosa sólo para la (burocracia)... Puesto que el dominio de la (burocracia) sobre la clase trabajadora es inevitable, es correcto decir que una revolución (burocrática) expresa los intereses no tanto del proletariado como de la (burocracia). Pero es completamente absurdo pensar que una revolución (burocrática) no exprese los intereses del proletariado en absoluto.”

No sólo contribuye una revolución burocrática a los intereses del proletariado; en ciertos aspectos es ventajosa principalmente para el proletariado. “El marxismo enseña que una sociedad que se basa en la producción de mercancías (burocrática), y que tiene intercambio comercial con naciones civilizadas (socialistas), en una etapa de su desarrollo toma por fuerza el camino (burocrático). El marxismo ha roto irrevocablemente con los delirios del (SDS) y los anarquistas que sostienen que (los Estados Unidos), por ejemplo, puedan evitar el desarrollo (burocrático), pasarlo por alto y seguir un sendero distinto del camino de la lucha de clases dentro de la armazón de este mismo (desarrollo). . . De estos principios sigue la idea de que buscar la salvación de la clase trabajadora en algo que no sea el desarrollo de (la burocracia) es reaccionario. En países como (los Estados Unidos) la clase trabajadora no sufre tanto de (la burocracia) como del desarrollo insuficiente de (la burocracia). . . La eliminación de todos los remanentes del viejo orden que impiden el desarrollo amplio, libre y rápido de la (burocracia) es una ventaja decisiva para la clase trabajadora. La revolución (burocrática) es precisamente una revolución que barre resueltamente con los sobrevivientes del pasado, los residuos del (capitalismo). . . Una revolución (burocrática) es absolutamente necesaria para los intereses del proletariado. Entre más completa y resuelta, entre más consistente la revolución (burocrática), más segura será la lucha proletaria contra la (burocracia) para el (comunismo). . . Y de esta conclusión, entre otras cosas, sigue la tesis de que, en un cierto sentido, una revolución (burocrática) es más ventajosa para el proletariado que para la (burocracia).”

Esta conclusión pasmosa y paradójica encuentra apoyo en las siguientes lecciones históricas. Fue ventajoso para la burguesía en el siglo XIX una vez que la clase trabajadora se había convertido en un rival en potencia para el poder político depender de ciertos residuos del pasado; por ejemplo, la monarquía y el sistema tradicional de latifundios. De la misma manera, le conviene a la burocracia en el siglo XX que la revolución burocrática preserve también algunos de los privilegios del pasado; estos privilegios frenan los ataques contra la propiedad privada en general. Le convenía a la burguesía, y hoy día le conviene a la burocracia, alterar el viejo orden poco a poco. Le conviene avanzar lentamente y con cuidado, más por medio de reformas que por la insurrección popular. La revolución burguesa, preservó con

moderación la monarquía y la nobleza, después de haberlas reducido; de la misma manera, una revolución burocrática en los países avanzados, si no en el tercer mundo, tratará de conservar dentro de ciertos límites a las instituciones burguesas que obtienen utilidades. La posición de privilegio ocupada por la burocracia, mantenida antes por la burguesía, provoca que la burocracia vacile en la revolución anticapitalista, mientras que el interés de los trabajadores se mantiene consistentemente revolucionario. Como la burguesía, la burocracia mira al pasado, temiendo el resultado de una revolución que pudiera a fin de cuentas, favorecer a la clase trabajadora. Por ello los trabajadores tienen poco que perder y mucho que ganar, de una revolución burocrática, sobre todo si no permiten que la burocracia tome la dirección; si participan en la dirección, ayudando ellos mismos a llevar al movimiento revolucionario a una conclusión democrática, para parafrasear e interpolar un pasaje de “Dos tácticas. . .” de Lenin, los revolucionarios no pueden escapar de los límites burocráticos de la revolución estadounidense, pero dentro de esas fronteras, pueden avanzar los intereses de la clase trabajadora y preparar las condiciones para una futura victoria decisiva sobre la burocracia.

Tal victoria decisiva depende de una alianza de la clase trabajadora con la colonia negra, como el más próximo equivalente en Norteamérica de los campesinos oprimidos en la Rusia zarista. Los grandes burócratas y los gerentes de fábricas son demasiado inconsistentes para ser capaces de llevar a cabo una lucha contra el capitalismo, ni aspiran a tal victoria, por sus grandes salarios, de los cuales invierten una parte substancial en acciones de las grandes empresas. Más aún, necesitan que el capitalismo dome al proletariado y a la colonia negra. En cuanto a la pequeña burocracia, su papel en la revolución burocrática corresponde al de la pequeña burguesía radical en la revolución democrático-burguesa. Lucha por el poder político en su afán por empujar a la revolución hacia un rumbo democrático justamente antes de minar la propiedad privada o de permitir que la clase trabajadora tome el poder. Entonces, las únicas fuerzas sociales capaces de conquistar una victoria decisiva sobre el capitalismo, las constituyen la clase trabajadora y la colonia negra. Una victoria decisiva sobre el zarismo dependió de la estrategia de Lenin de la “dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado.*” De la misma manera, una victoria decisiva sobre el capitalismo en los Estados Unidos depende de la estrategia consistente en una alianza democrática revolucionaria de la clase trabajadora y la colonia negra.

La estrategia de Lenin, pronunciada por primera vez en 1905, fue uno de los blancos principales de La revolución permanente (1930), de Trotsky. La lucha contra el capitalismo en los Estados Unidos debe tomar en cuenta la crítica de Trotsky, quien básicamente objetaba la fórmula de Lenin como “algebraica”, una fórmula que conducía a aplicaciones políticas muy divergentes. Así la dictadura democrática del proletariado y el campesinado, permite la presencia del peso específico que representan cada uno de ellos en el gobierno revolucionario; tesis contraria a la preferida por Trotsky de una “dictadura del proletariado descansando en el campesinado”. La fórmula de Lenin era consecuente con la hegemonía política de cualquiera de estas clases en el frente unido contra el zarismo. Citando algunos pasajes de los artículos de Lenin de 1905, “Democracia social y el gobierno revolucionario provisional” y “La comuna de París y las tareas de la dictadura democrática”, Trotsky demostró que Lenin reconocía el carácter abierto de su estrategia, permitiendo en ciertos casos, que representantes de la pequeña burguesía democrática y los campesinos asumieran la dirección en una dictadura democrática.

Lenin propiciaba la participación del proletariado en un gobierno revolucionario, aun cuando su papel pudiera no ser de dirigente. El proletariado, incapaz de tomar un papel dirigente, debía participar como una minoría en el gobierno revolucionario, ya sea que éste se basara en un bloque del proletariado y el campesinado, en una alianza del proletariado, campesinado e inteligencia, o incluso, en una coalición de la clase trabajadora y la pequeña burguesía. Aunque en abril de 1917 Lenin abandonó su fórmula “algebraica” porque la revolución de febrero la había convertido en una realidad parcial en la forma del poder dual —en ese momento existió una dictadura del proletariado apoyado por el campesinado—, mantenía su estrategia original para la clase trabajadora en los países que debían realizar una revolución democrático-burguesa.

Una estrategia similar bajo las condiciones contemporáneas, sería un bloque democrático-revolucionario de la clase trabajadora y la colonia negra contra el orden capitalista en los Estados Unidos. En otras palabras, una estrategia leninista, deja abierta la posibilidad de que los revolucionarios negros pudieran dirigir la lucha (teoría de los temperarios) o, tal vez, la pequeña burocracia (los Americanos por la Acción Democrática o alguna organización ‘• comparable). Puesto que el último prospecto no puede ser excluido en ninguna estimación realista del futuro de la revolución en los Estados Unidos, la fórmula “algebraica” de Lenin es mejor que la idea doctrinaria de Trotsky: una dictadura estrecha de la clase trabajadora. Más aún, es una estrategia más realista que la de los temperarios, que se basa en una limitada alianza de los desposeídos, excluyendo a elementos revolucionarios de la pequeña burocracia.

^ Si tomamos en cuenta que no sólo hay dos campos antagónicos, sino también tres fuerzas principales en una situación revolucionaria, la estrategia óptima será la que incluya la tercera fuerza: la pequeña burguesía en la revolución democrático-burguesa y la pequeña burocracia en la revolución burocrática. Una estrategia de ultraizquierda es errónea por la pobreza de su política de alianzas. La fuerza intermedia debe ser neutralizada o conquistada; no hay un tercer camino a la victoria. Cada lucha revolucionaria, como nota Debray en *Tiempo y política*, es un duelo trilátero, un duelo entre dos fuerzas por la conquista de la tercera, equivalente a la aislación del enemigo. El papel de la fuerza intermediaria resulta crucial, puesto que su apoyo o resistencia a la revolución hará la diferencia entre la victoria y la derrota. Bajo esta perspectiva, la guerra de guerrillas en los Estados Unidos no puede darse el lujo de rivalizar con la pequeña burocracia, y lo menos que debe perseguir es su neutralidad, para evitar su hostilidad potencial hacia la clase trabajadora. Tal exige una estrategia democrática amplia contra el sistema capitalista, en donde la lucha armada representa los intereses de los pequeños burócratas, junto con los de los trabajadores y la colonia negra.

6. HACIA UNA CRITICA DEL GUEVARISMO EN NORTEAMÉRICA

La deuda de los temperarios al guevarismo es evidente, no sólo en su componente anarquista o idea de una lucha directa contra el Estado, sino también en su concepción del enemigo y la estrategia para combatirlo. A diferencia de la antigua izquierda en los Estados Unidos, la cual considera que la lucha principal en el mundo de hoy está entre los campos socialistas y capitalistas, o, en el caso del difunto Partido Socialista, entre el trabajo y el capital, para los temperarios, la lucha principal se ubica entre el imperialismo de los Estados Unidos y las luchas de liberación nacional en todo el tercer mundo. La tarea principal de la lucha revolucionaria se determina por el antagonismo básico bosquejado en la sección uno de "Usted no necesita de un temperario. . .": "determinamos quiénes son nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos de acuerdo a si ayudan al 'imperialismo norteamericano o si lo combaten." Esta lucha trata de dismantelar el imperio estadounidense y de regresar a los pueblos oprimidos un equivalente de la riqueza creada por ellos, y que los Estados Unidos se han apropiado. La meta no se limita a una revolución socialista dentro de las fronteras de los Estados Unidos, sino que incluye la creación de un mundo sin clases: el comunismo internacional. Bajo esta perspectiva, el imperialismo bajo la forma del aparato burocrático-militar del Estado, es el enemigo principal de la clase trabajadora americana.

Para responder a este enemigo, los temperarios adoptaron una estrategia internacionalista. La lucha por el socialismo dentro de Norteamérica, independiente de los intereses de los pueblos oprimidos por el imperialismo, se interpretó como un combate por un interés en particular privilegiado. La afluencia relativa de la clase trabajadora norteamericana, por ejemplo, se suponía ser "directamente dependiente del trabajo y los recursos naturales de los vietnamitas, los angolese, los bolivianos y el resto del pueblo del tercer mundo." Casi toda la clase trabajadora blanca disfruta de las ganancias del imperialismo: trabajos, sueldos altos y bienestar social, lo que la ata al leviatán monopolista de los Estados Unidos. Pero a la larga el interés de los trabajadores estadounidenses no es recibir las migajas de la mesa imperialista, sino salir de abajo de ella, ayudando a los pueblos del tercer mundo a compartir el banquete. Si esta meta internacional no queda clara desde el principio, entonces "adelantaremos la preservación de la sociedad de clases, de la opresión, de la guerra, del genocidio y la miseria de todos, incluyendo al pueblo de los Estados Unidos."

Interpretar el socialismo en términos nacionales dentro del contexto privilegiado de una nación opresora, de acuerdo a los temperarios, equivale a no ver que el imperio de los Estados Unidos es un sistema mundial que sólo se puede derrotar por medio de una confrontación mundial. Equivale a no ver que la clase trabajadora americana, beneficiaría indirecta de este sistema internacional, depende para su liberación del éxito de los movimientos de liberación nacional en otras partes: "La conquista del poder estatal en Estados Unidos será el resultado de que las fuerzas militares norteamericanas se desparramen por todo el mundo y sean derrotadas una tras otra, poco a poco; la lucha dentro de Estados Unidos resultará una parte vital de este proceso, pero cuando triunfe la revolución en Norteamérica, será una revolución hecha por todos los pueblos del mundo."

Específicamente, la estrategia internacional para derrotar al imperialismo norteamericano, es la estrategia del Che de crear dos, tres, muchos Vietnams, incluyendo un "Vietnam Negro" dentro de los Estados Unidos. Puesto que esta estrategia si dirige contra las raíces del imperialismo en el capitalismo yanqui, la lucha antiimperialista es simultáneamente una lucha por el socialismo en los Estados Unidos.

En la sección sexta de la “Estrategia internacional”, se identifica la vanguardia de la Revolución Americana con los trabajadores y la gente oprimida de los países coloniales o semicoloniales de Asia, África y Latinoamérica. Que los vietnamitas desempeñan el papel de la vanguardia, ya lo afirmaba el SDS desde hacía mucho tiempo. Lo que no estaba claro era “el papel de vanguardia que el pueblo negro ha jugado y sigue jugando en el desarrollo de la conciencia revolucionaria y la lucha dentro de los Estados Unidos.” La colonia negra, como señala el documento, nunca adoptó una identificación chovinista con Estados Unidos como un poder imperialista. En cambio, los negros han sostenido una lucha por la supervivencia y la liberación desde el desembarco del primer barco de esclavos de África. Las luchas por los derechos civiles, iniciadas y dirigidas por los negros sureños en la última parte de los años 50's, preludieron las grandes rebeliones urbanas de los 60's: Harlem en 1964, Watts en 1965, Detroit y Newark en 1967. La actitud de combate de los negros excede a la de los estudiantes blancos y la clase trabajadora blanca, porque los negros junto con los vietnamitas y otros pueblos del tercer mundo, son los más oprimidos por el imperialismo norteamericano. De acuerdo a los temperarios, el movimiento negro de liberación ha dirigido la lucha contra el imperialismo americano dentro del país explotador porque los intereses de clase de los negros son los más adversamente afectados por las políticas de racismo y chovinismo nacional. El papel de los radicales blancos y de la clase trabajadora blanca en la estrategia internacional de los temperarios, se convierte sobre todo, en una “quinta columna” en apoyo a las luchas de liberación vietnamita y negra.

Hay serias faltas en este legado guevarista de los temperarios. Primero, el enemigo fundamental de la clase trabajadora blanca no es el imperialismo norteamericano, sino su contraparte, el capitalismo nativo del tercer mundo. Segundo, en tales condiciones, la clase trabajadora blanca tiene como enemigo inmediato a la clase burócrata con el control directo tanto de la industria como del gobierno. Tercero, el hecho de que el imperialismo sea un enemigo vulnerable en los pueblos oprimidos del tercer mundo, no lo hace en particular, vulnerable dentro de los Estados Unidos. Y cuarto, la estrategia de librar batallas de otros pueblos, no significa que con ello se pueda movilizar a las masas. En otras palabras, una estrategia internacional es más efectiva cuando se desarrolla sobre las bases de una estrategia nacional más que a la inversa, esto es, su efectividad depende de la posibilidad de encontrar intereses nacionales específicos.

Bajo la influencia del guevarismo, los temperarios identificaron al enemigo fundamental con el imperialismo —un trasplante mecánico del antagonismo social existente en la América Latina subdesarrollada hacia los Estados Unidos. Que el imperialismo era el enemigo fundamental de la liberación latinoamericana fue sostenido por el Che desde su primer ensayo político, “Yo fui testigo de la caída de Jacobo Arbenz, escrito en Guatemala después del golpe de junio de 1954, apadrinado por la CÍA. A diferencia de la clase trabajadora latinoamericana, la norteamericana se beneficia por la superexplotación del tercer mundo por medio de la posibilidad de regatear en el mercado de trabajo sindicalizado en los Estados Unidos. Las superganancias han abierto la puerta para los supersueldos. Las ganancias gigantescas de las empresas de los Estados Unidos (ganancias que vienen de sus operaciones en el extranjero), explican el hecho de que las disputas entre el capital y el trabajo en Norteamérica, han tomado una forma preeminentemente económica, mientras que las pugnas en el tercer mundo han sido principalmente políticas, en virtud de que los capitalistas nativos, revolotean a la orilla de la bancarrota. En efecto, huelgas exitosas con demandas de salarios mayores, han transformado a la clase trabajadora norteamericana en beneficiarios indirectos pero parciales, de los frutos del imperio.

Aunque el antagonismo en esencia, a escala mundial se ubique entre el imperialismo y las luchas por la liberación nacional, dentro de los Estados Unidos la polarización fundamental debe encontrarse entre el capital y el trabajo.

Esto no significa que la clase trabajadora esté destinada a ser la beneficiaria inmediata o principal en una revolución anticapitalista. Porque, contrario a lo anticipado por Marx, hasta ahora la revolución anticapitalista ha provocado que la clase burocrática tome el poder.

Otro error del guevarismo en los Estados Unidos, consistió en identificar al enemigo inmediato de los trabajadores, con el imperialismo. Durante e inmediatamente después de la guerra contra Batista, el Che identificó al enemigo inmediato con las fuerzas armadas reaccionarias, tras de los golpes de Estado latinoamericanos y las dictaduras resultantes. Más tarde, cambió su enfoque hacia las oligarquías nativas, y, después de la ocupación norteamericana en Vietnam y Santo Domingo, comenzó a identificar al enemigo inmediato con el capitalismo. Originalmente, sostuvo que el imperialismo norteamericano gobierna sus satélites latinoamericanos por medio de las oligarquías nativas, que a su vez gobiernan por intermedio de los militares. Subsecuentemente, cuestionó la tan alegada independencia de la burguesía nacional y los militares latinoamericanos, con el resultado de que comenzó a identificar al imperialismo norteamericano como el enemigo tanto inmediato como fundamental. Claro que en Vietnam y en Santo Domingo, el enemigo inmediato era el ejército americano de ocupación a lo largo de varios enclaves de las compañías multinacionales. El enemigo inmediato

para la colonia negra y la mayoría de la juventud blanca estadounidense era esta misma máquina militar, al menos durante el apogeo de la guerra de Vietnam. Pero para la mayoría de la clase trabajadora blanca, el enemigo inmediato no era la burocracia militar de los Estados Unidos, sino los jefes o gerentes de las empresas, o por ejemplo, el ala civil de la burocracia. En otras palabras, el enemigo fundamental, el enemigo inmediato de la clase trabajadora norteamericana se encuentra dentro de casa y no en el extranjero. Y dentro de este panorama, una estrategia efectiva para el movimiento de los trabajadores no puede ser la misma seguida por los pueblos explotados del tercer mundo, sino arreglar su propia casa, con la ayuda de la colonia negra y la pequeña burocracia.

El guevarismo también tuvo dificultades en Norteamérica porque suponía que el imperialismo era el enemigo vulnerable. El enemigo más vulnerable tanto en Santo Domingo, como en Vietnam, lo constituían las fuerzas de ocupación de Estados Unidos, pero el ejército yanqui no había cometido ningún crimen contra la clase trabajadora estadounidense, en consecuencia, se volvía invulnerable en casa. En Santo Domingo el enemigo vulnerable y el enemigo inmediato se habían convertido en uno mismo. La estrategia de neutralizar al enemigo inmediato para derrotar al “enemigo del enemigo”, había dejado de ser viable, como antes lo había sido para el camino cubano hacia el socialismo, en donde sí se había enajenado a la burguesía nacional. De un aliado indeciso de la clase trabajadora, la burguesía nacional se había identificado con la oligarquía y el imperialismo. Lo mismo estaba pasando en Santo Domingo y había que evitar otra Cuba.

Desde luego, los métodos usados por los Estados Unidos para someter a Latinoamérica, no son los mismos que utiliza para oprimir en casa. Todavía es posible en Norteamérica distinguir al enemigo inmediato del vulnerable; lo que quiere decir que se puede aislar al enemigo vulnerable neutralizando al enemigo inmediato, o unirse con el enemigo inmediato en un frente común contra la clase dominante. Ahí el enemigo vulnerable es típicamente una capa parásita y sin función, una capa de propietarios ausentes, los que viven de sus rentas, los que corta cupones que son superfluos e incompetentes, sobre todo porque no tienen conocimientos técnicos y administrativos, y por eso son vulnerables cuando, como hemos visto, se enfrentan con una alianza sólida de la clase trabajadora y la pequeña burocracia.

De acuerdo con Guevara, el enemigo más vulnerable no es necesariamente el más débil, sino más bien el “eslabón más débil” en la cadena de opresión imperialista. El imperialismo norteamericano es un ejemplo claro de esto. Es obvio que resulta el enemigo más fuerte de los pueblos latinoamericanos, pero a su vez, resulta el más vulnerable. Originalmente, creía el Che que los dictadores latinoamericanos y sus fuerzas militares reaccionarias constituían el enemigo vulnerable por excelencia. Se concebía la vulnerabilidad en términos de un balance de las fuerzas sociales y la posibilidad de aislar al enemigo más conspicuo por medio de un amplio frente popular. El sentido común dictó que Batista, junto con otros dictadores latinoamericanos debían ser derrocados por medio de una confrontación con el ejército reaccionario, pero sin enajenar aliados potenciales en la oligarquía cubana. Más tarde, las oligarquías latinoamericanas fueron incluidas por el Che como blancos directos de resistencia popular. Finalmente, con la invasión de Santo Domingo, se hizo evidente que el imperialismo norteamericano no podía seguir dependiendo de elementos militares reaccionarios o de oligarquías nativas para proteger sus intereses contra la amenaza de la insurrección popular. En este momento, el ejército de ocupación norteamericano se convirtió en el enemigo vulnerable. Pero no se volvería vulnerable en casa hasta que los costos de la escalada militar en Vietnam se convirtieron en un peligro para la supervivencia del capitalismo norteamericano. De todos modos, el enemigo vulnerable fue identificado con un sistema capitalista, que había nulificado los altos salarios del imperialismo mediante la inflación de postguerra sacrificando a la clase trabajadora norteamericana por una generación.

Estos errores estratégicos de los temperarios resultaron de la transferencia mecánica del guevarismo en un contexto latinoamericano a uno norteamericano. Sin embargo, el guevarismo cometió errores propios. El más serio fue la preeminencia asignada al internacionalismo proletario; a una estrategia continental, más que a estrategias nacionales separadas, pero coordinadas en confrontación con el imperialismo norteamericano. El sueño del Che de ejércitos proletarios internacionales, movilizados para intervenir en defensa de movimientos de liberación nacional dondequiera que se necesitasen, no consiguió el apoyo esperado. El llamamiento de su “Mensaje a la Tricontinental” (abril 1967) a la sagrada causa de salvar a la humanidad, combinó el romanticismo con un altruismo moral muy lejos de las luchas diarias de los trabajadores ordinarios.

Puede ser glorioso, pero muy improbable, que los trabajadores norteamericanos participen en luchas armadas de otros países, “para morir bajo la bandera de Vietnam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia...” Una estrategia satisfactoria exige que la vanguardia político-militar lleve el paso con

los sentimientos y prejuicios de las grandes masas organizadas en sindicatos; no debe correr delante de ellos, como ha sucedido en la mayor parte de los movimientos armados latinoamericanos.

En prisión, Debray tuvo la oportunidad de reflexionar sobre este error singular del guevarismo. ¿Cuál error? Ir más allá de los prejuicios populares. Carecer de una estrategia dentro de una armazón nacionalista. En una entrevista con Georgie Anne Geyer publicada en el *Saturday review* (el 24 de agosto de 1968), Debray se quejó de que el Ejército de Liberación Nacional (ELN.) del Che, fue colocado por el gobierno boliviano en la posición insostenible de una banda de extranjeros: “No se puede ir más allá de los sentimientos del nacionalismo... Este fenómeno de lo nacionalista y lo religioso —de lo patriótico—, es un fenómeno dominante.” Este tema fue reiterado y ampliado un año después en una entrevista con Carlos María Gutiérrez, publicada en el semanario uruguayo *Marcha* (el 9 de enero de 1970). Para tener éxito, una estrategia socialista debe echar raíces en la conciencia nacional y en la tradición nacional, declaró Debray, condiciones sin las cuales no puede haber una revolución, como lo demuestra la experiencia cubana. En efecto, Debray rechazó la concepción del Che de Latinoamérica como una nación de naciones, más homogénea que heterogénea, con respecto a sus varias posiciones nacionales. En las condiciones actuales de Latinoamérica, una estrategia basada en la premisa de un nacionalismo continental es una farsa siniestra, sostenía, porque la revolución tiene que hacerse primero en cada país. Sólo así hay una posibilidad concreta de liberar a Latinoamérica como un todo.

La estrategia de los temperarios para reducir el papel de la vanguardia revolucionaria a la quinta columna de los movimientos revolucionarios en el tercer mundo, fue incapaz de movilizar a la mayoría de la juventud revolucionaria o de la colonia negra. La historia indica que cada país tiene que hacer su propia revolución usando ideas preeminentemente nacionalistas y patrióticas. Aunque los trabajadores norteamericanos se benefician indirectamente y a la larga de la contracción del imperio americano, ningún movimiento revolucionario puede esperar tener éxito en los Estados Unidos si finca en la derrota del imperialismo norteamericano su meta principal. Tal objetivo equivale a abandonar la iniciativa de la revolución norteamericana a “extranjeros”. La resistencia al “tercermundismo” por la clase trabajadora americana y los radicales nativos, se basa en el sentido común. El llamado del Che para la formación de ejércitos proletarios para intervenir del lado de los movimientos de liberación nacional en cualquier parte del mundo, está teñido de romanticismo y difícilmente vencerá los sentimientos que unen a la mayoría de los revolucionarios a la suerte de sus propios compatriotas.

La lucha contra el imperialismo no es una tarea viable para la clase trabajadora estadounidense con la excepción de períodos en los que hay una guerra de liberación nacional en el extranjero. En estos períodos no es la explotación del tercer mundo lo que perjudica a los intereses de la clase trabajadora norteamericana, sino más bien las medidas militares y los costos de la guerra requeridos para impedir la emancipación y mantener un clima favorable a la inversión extranjera, pues los Estados Unidos son el único poder neocolonial que mantiene vastas fuerzas militares para este propósito, por la gran cantidad que posee de subsidiarias estadounidenses y enclaves económicos más allá de las fronteras territoriales de los Estados Unidos. El socialismo aquí tendrá un carácter privilegiado desde el principio. La burocracia y la pequeña burocracia tienen intereses creados: querrán retener la mayor parte de las inversiones extranjeras, específicamente por medio de medidas diplomáticas y treguas. Así, no sería extraño que el socialismo estadounidense hiciera las paces con las empresas transnacionales, aunque no fuera bajo las bases capitalistas actuales. En los Estados Unidos se encontrará una variante socialista única del imperialismo.

Estas empresas y los “términos del intercambio” negativos para los países en vías de desarrollo, son compatibles con una dirección autónoma de burócratas o gerentes. Aun la Unión Soviética se acerca peligrosamente a exhibir una variante de “imperialismo social”, o sea, antiimperialismo en palabras e imperialista en hechos. Si sus operaciones extranjeras son mínimas comparadas con las de Estados Unidos, es porque Rusia estaba pagando tributos al capital extranjero —principalmente inglés y francés— hasta la primera guerra mundial. El hecho de que no se pueda calificar a la Unión Soviética

como un ejemplo formidable de imperialismo socialista, no quiere decir que haya razón para rechazar la posibilidad de que se presentara en Estados Unidos un socialismo nacional combinando una revolución burocrática en casa, con el mantenimiento de los enclaves norteamericanos en el tercer mundo.

Si las tendencias nacionalistas han contribuido a las revoluciones socialistas en el tercer mundo, se puede suponer que el nacionalismo pueda también ser adaptado a la lucha por el socialismo en la metrópoli imperialista. En virtud de su distinción implícita entre nacionalismo progresista y reaccionario, —el nacionalismo de las nuevas naciones distinguido del chovinismo nacional de los poderes imperialistas— los temperarios adoptaron una estrategia internacionalista para

trabajadores del primer mundo designado a asistir al nacionalismo progresivo de los pueblos en los países subdesarrollados. ¿Pero es cierto que el nacionalismo ha perdido su potencial revolucionario en los países avanzados? De acuerdo con Marx el socialismo se convierte en un programa viable sólo cuando se adapta a los intereses nacionales. Si los trabajadores no tienen país es sólo porque no tienen nada que perder, no tienen muchos beneficios de la economía, todavía no se han convertido en la clase más grande de la nación. Los burgueses se han convertido en sus propios sepultureros porque han violado el interés nacional, identificado por Marx con el desarrollo progresivo de las fuerzas de producción. Lejos de ser superpatriotas, los burgueses durante su período de decadencia, son traidores objetivos al desarrollo de las fuerzas de producción que están efectivamente subordinadas a los intereses de la propiedad privada. Entre las cadenas económicas “que impiden el desarrollo, están las relaciones de propiedad burguesas, y la producción para las ganancias en lugar de la producción para el uso. Irónicamente, no es la explotación de los trabajadores norteamericanos lo que condena a la burguesía por incompetencia, sino más bien su poca habilidad para explotar o utilizar los recursos materiales y la fuerza de trabajo del país para la producción de mayores riquezas. La anarquía del sistema capitalista, la baja tendencia de la tasa de ganancia, combinada con el desempleo masivo, condenan al sistema mucho más que su explotación al tercer mundo.

Bajo esta perspectiva, el error de los temperarios fue rechazar la justificación marxista para la revolución en el país explotador porque esta justificación no era idéntica a la justificación leninista para la revolución en el tercer mundo. Pero el punto del marxismo-leninismo consiste precisamente en combinar estas estrategias revolucionarias distintas por medio de una división del trabajo, que reconozca las profundas diferencias entre las luchas de liberación dentro de los poderes imperialistas y las de sus satélites. El error fundamental de los partidos marxistas tradicionales fue su mala aplicación de una estrategia de la clase trabajadora en los países avanzados a las luchas de liberación nacional en el tercer mundo.

Hoy encontramos una estrategia mal aplicada tanto del tercer mundo contra el imperialismo, como en las luchas domésticas suscitadas en el primer mundo.

Lecciones de la Guerrilla Latinoamericana

Por Abraham Guillén

1. EL “FOQUISMO” GUERRILLERO

El “foquismo” revolucionaria ha partido de la estrategia de la guerrilla cubana. Resumiendo esa doctrina dice el “Che” Guevara: *“no es siempre necesario esperar a que estén dadas (cumplidas) todas las condiciones para la revolución; el centro insurreccional puede crearlas”*. Es cierto que a partir de la acción se crean las condiciones para desencadenar una revolución; pero el principio es correcto únicamente, si la acción tiene lugar donde se moviliza a la población, no donde la energía insurreccional se pierda en el vacío, sin producir una vasta guerra revolucionaria en superficie, en fin, el pueblo en armas. Corresponde pues a la estrategia, dónde, cuántos, cuándo, cómo y para qué unos revolucionarios profesionales desencadenan una acción insurrecta. La teoría del “foco” guerrillero tendrá posibilidades de triunfo, aunque se trate de una organización minoritaria en armas, siempre que se pretenda derrocar a un tirano o a un régimen corrompido y anacrónico, que aceptan pasivamente partidos y organizaciones, incapaces de poner a las masas populares en movimiento hacia la lucha revolucionaria. En tales condiciones, una minoría de revolucionarios unidos en pensamiento y acción, con un programa claro de liberación, puede con sus actos y propaganda movilizar a la mayoría de un pueblo, para derrocar una dictadura odiada, echar a un invasor del propio país, o convertir una crisis económica profunda y sin salida, en una revolución social victoriosa.

El “foco” insurgente, cuando cree que la acción por sí misma hace la revolución, que todo el poder viene del cañón del fusil, ignora que toda acción guerrillera debe ganar a la población si no quiere convertir un triunfo en una victoria pírrica. La insurrección popular sólo podrá extenderse en superficie, en forma de piel de leopardo, cuando la guerrilla sea el brazo armado del pueblo, la justicia del pueblo, la esperanza del pueblo, en fin, el pueblo en armas. Una minoría armada, por más genial que sea tácticamente, no podrá enfrentarse a un poderoso ejército regular contra-revolucionario que está en muchas partes a la vez, y destruirlo, sino a condición de ganar la población de todo un país. Si la guerrilla urbana y rural, no tienen noción del espacio como categoría estratégica, jamás rebasarán la fase elemental de la guerra revolucionaria.

Si Fidel Castro sólo hubiera contado con las fuerzas guerrilleras de la Sierra Maestra, avanzando desde Oriente hacia La Habana, hubiese tenido que librar una serie de combates o de batallas en línea. Sin aviación, artillería, blindados y caballería habría perdido la guerra frente a las formaciones regulares; pero el ejército guerrillero castrista resultó victorioso, sin grandes unidades militares ni armas pesadas, porque al ejército contrarrevolucionario se le sublevó su retaguardia, siendo tomado entre dos frentes. Al combinar un ejército guerrillero semi-regular con una vasta guerrilla de superficie, detrás de las líneas del ejército contrarrevolucionario, Fidel Castro ganó la guerra, no teniendo necesidad de entrar en grandes batallas de línea para la ocupación o liberación del espacio.

En una vasta ciudad, con uno o varios millones de habitantes, hay que combinar, como en el campo, la guerra en el espacio y en el tiempo, para dispersar al enemigo, de tal suerte que al reprimir toda una ciudad éste no disponga de fuerzas suficientes. Un ejército revolucionario que no sabe combinar un combate en línea (unidades semirregulares o regulares populares) con un ataque en superficie (guerrillas por todas partes, para dispersar al enemigo), no podrá ser fuerte en el lugar decisivo, limitado el espacio y en el tiempo. Las formaciones regulares revolucionarias van desalojando al ejército contrarrevolucionario en todas partes, con unidades grandes, siempre que las guerrillas en la retaguardia obliguen al adversario a defender muchos lugares a la vez, para no ser fuerte en el combate en línea. La victoria de un ejército popular revolucionario está en función de combinar línea y superficie, ejército y guerrilla a la vez.

En ciudades de gran extensión edificada, con muchos millones de habitantes, el espacio debe ser pesado en función estratégica, llamando la atención del enemigo en muchos puntos a la vez para que no sea fuerte en ninguno de ellos. Megalópolis como Nueva York, París, Londres, Buenos Aires, Sao Paulo, Tokio, Moscú y otras, con sus numerosos millones de habitantes, aportan (según los puntos cardinales, los distritos, barrios) cuerpos de ejército, divisiones,

brigadas de guerrilla, que hay que saber mover en tiempo y espacio, con sorpresa y rapidez, con superioridad de número y de fuego, por un tiempo dado y en lugares determinados, para enloquecer al enemigo y con ello movilizar a la población hacia la insurrección popular generalizada o progresiva, según convenga a la estrategia y a los fines de política nacional e internacional de una revolución.

En una guerra revolucionaria la política va unida a la estrategia inseparablemente: un comandante guerrillero o de un ejército popular debe saber que su victoria reside más en los éxitos políticos con la población que en decidir la guerra por la fuerza bruta de las armas. El “foquismo” guerrillero cree en la acción armada contra la burguesía armada, sin contar con la mediación del pueblo oprimido y explotado, confundiendo así rebelión con revolución.

El más brillante movimiento guerrillero urbano, que haya cosechado infinidad de éxitos en la primera fase de la guerra de calles con unidades chicas, puede fracasar estrepitosamente, al acumular fuerzas combatientes para la segunda fase de la insurrección, sin saber emplearlas en tiempo y espacio, combinados estratégicamente. Por ejemplo, un pequeño núcleo de guerrilla urbana, al llegar a la cantidad de 25 a 50 combatientes, determina la calidad de su fuerza armada (guerrilla en primera fase); cuando alcanza la cantidad de 100 a 250 guerrilleros urbanos, entra a la segunda fase de la lucha de ciudad, con el empleo de más unidades de combate en el espacio urbano, al mismo tiempo, o sucesivamente con tiempos breves; cuando una guerrilla urbana cuenta con 500 hombres de combate y una cobertura de casas, sostén político amplio, grupos populares paramilitares, asistencia sindical y estudiantil, etc., se entra así en la tercera fase de la guerra revolucionaria urbana. Comienza la utilización de unidades más pesadas, mejor armadas, con la posibilidad de atacar al enemigo en muchos puntos de la ciudad al mismo tiempo, para que el ejército reaccionario fracase en su represión y dé lugar a que la guerrilla gane la inmensa mayoría de la población.

Al ignorar la estrategia de la guerrilla urbana, sucede que los estados mayores revolucionarios poco maduros estratégicamente, saquen guerrilleros de la ciudad al campo abierto, incluso donde no hay población rural, echada entre las vacas y las ovejas, como sucede en Argentina, Uruguay, Australia, Nueva Zelandia y otros países. Desplazar una parte de la guerrilla urbana al campo, como hicieron los “tupamaros” durante su campaña de 1971-1972, es ralea las guerrillas urbanas y entregarlas al cerco y aniquilamiento estratégico del ejército represivo, sobre todo en zonas no defensibles de población o alta montaña y bosque. Ocultarse en el campo, haciendo cuevas como el “tatú” (armadillo), es perder movilidad, velocidad, seguridad y combatividad, fijado al terreno, cosa que no sucede en una ciudad populosa, donde unos cientos de hombres la conmueven políticamente con su acción guerrillera, si saben ganar población, si cada guerrillero de combate tiene cinco hombres de cobertura política revolucionaria y la simpatía y ayuda de la población.

El “foquismo” guerrillero, cuando busca la lucha armada directa con el ejército reaccionario defensor del régimen, comete una equivocación política y estratégica gravísima al no hacerlo por la mediación de la población insurreccionada progresivamente, con actos de ayuda a ella por parte de la guerrilla, dejando que el ejército represivo venga a castigarla, produciendo así su desprestigio político. Justamente ahí, en ese momento, la guerrilla urbana o rural, para el caso es lo mismo, debe reprimir, castigar a los represores de la población, para que la dictadura armada no frene el movimiento ascensional de las masas hacia la revolución. El aventurerismo pequeñoburgués muy común en las guerrillas urbanas, trata de vencer al ejército contrarrevolucionario en un combate abierto de calles, de poder a poder armado, ignorando que la correlación de fuerzas en presencia es favorable al ejército de la burguesía, puesto que los guerrilleros no suelen tener armas pesadas (artillería, tanques, helicópteros, cañones, antitanques) como para pretender ocupar el espacio urbano sin la población insurrecta.

Una pequeña guerrilla urbana, si pone en movimiento a la gran masa de población citadina, es imbatible por un ejército represivo, si no trata de vencer en una batalla de línea, sino jugar el papel de detonante para explotar una masa crítica, o de chispa para encender la pradera seca. Sin la ayuda de la población urbana, una guerrilla de calles no tiene ninguna posibilidad de éxito sobre un poderoso ejército represivo. Si la masa urbana está caliente, hirviendo en las calles, como en Madrid de julio de 1936, es absurdo operar con pequeñas unidades guerrilleras para batir al ejército represivo en pequeños combates sorpresivos. En tal situación, la vanguardia guerrillera debe llevar al pueblo a la insurrección con objetivos definidos: cerco y asalto de cuarteles, parques de armamento y municiones (más importantes que los cuarteles), control de comunicaciones y objetivos estratégicos de una ciudad y otros objetivos de guerra total en superficie (en la mayor parte posible de sitios de una ciudad, para que el enemigo se vea impedido de llegar a ninguna de ellas con suficiente fuerza militar).

El mérito de los “tupamaros”, en el comienzo de su lucha urbana, fue la consecución de pequeños objetivos, actuando

con sorpresa, rapidez y superioridad de número y de fuego, al comienzo de su campaña; pero su error, como el de muchas guerrillas, fue no comprender, estratégicamente, el cambio cualitativo entre la primera y la segunda fase de la guerra revolucionaria, donde ya no sirve la misma estrategia que en la primera. Al iniciar la segunda fase de una guerra revolucionaria en superficie, en más ancho espacio que al comienzo de ella, una guerrilla urbana no debe cometer el pecado de sacar buena parte de su combatiente al campo raso, sin población rural densa como en Vietnam, cosa que no sucede en Argentina, Uruguay, Chile y en casi todos los países de mediano y superior desarrollo capitalista.

Los errores estratégicos se pagan muy caros políticamente: la población deja de creer en una guerrilla que no sea siempre victoriosa. La salida al campo de “columnas tupamaras” de guerrilla urbana, para iniciar una guerra civil sin la población civil movilizadada, insurreccionada, sólo se le puede ocurrir a guerrilleros no implantados en los sindicatos, los movimientos femeninos, la población en general. Pretender una revolución sin movilizar la lucha de clases por medio de los sindicatos, las organizaciones de masas, sin dar la guerrilla cobertura armada a la población reprimida y explotada, es querer llegar al poder con un criterio “putchista” más de “golpe de Estado” que de revolución social, para establecer la dictadura de una burocracia en nombre del socialismo. Todo lo que no sea movilizar a la población por sus propias reivindicaciones e intereses, cuando está abandonada por los sindicatos reformistas y los partido seudoizquierdistas, cuando nada hacen éstos revolucionariamente para salir de una crisis económica y social o de una dictadura odiada, es caer en política guerrilleras propias de pequeños burgueses que sienten poco por las masas porque nunca han experimenta la explotación del trabajo asalariado.

2. “FOQUISMO”, PUEBLO Y GUERRILLA

El guerrillerismo se basa en el principio de que a partir de la acción con escaso número de combatientes, en grupos de no más de 25 guerrilleros, se puede iniciar una revolución social, sin preocuparse mucho por la acción de las masas.] Para los foquistas, desencadenada la acción, ésta crea todas las condiciones objetivas y subjetivas para la revolución social, partiendo de un reducido grupo de guerrilleros operando inicialmente en bosques y montañas y no en ciudades populosas. Pues en el esquema del maoísmo y el castrismo, las ciudades son el final, pero no el comienzo de la guerra revolucionaria. De ahí que Marighella considerara las guerrillas urbanas como tácticas y las guerrillas rurales como estratégicas principales y no subordinadas.

El foquismo guerrillero es un voluntarismo militar que toma el deseo subjetivo por la realidad objetiva, haciendo de la acción un mito milagroso. Iniciar una revolución o un movimiento guerrillero, con desprecio de las condiciones económicas, políticas, sociales, internacionales, demográficas (concentración o dispersión de las masas humanas en ciudades o campos), psicológicas y coyunturales (favorables o desfavorables, hacia la depresión o una relativa prosperidad), conduce a graves errores estratégicos que llevan a la derrota a una guerrilla, por mejor armada, disciplinada y bien entrenada que sea. ¡Un grupo armado, si tiene población favorable y terreno apropiado, por más chico que sea, se multiplica, transformándose en ejército de liberación; pero si la población fuera neutra, indiferente, pasiva, en las zonas de acción de una guerrilla, jamás ésta podrá triunfar sobre un ejército regular, aunque éste fuera muy malo política, táctica y estratégicamente.

Desencadenar la acción guerrillera sin saber elegir los objetivos políticos, sin que sea subordinado lo militar a lo político, desencadena una represión cruenta y con torturas muy refinadas, para que todo guerrillero prisionero esté obligado a dar información sobre su grupo, unidad o unidades a que pertenece. El “encapuchamiento” de los guerrilleros presos, durante varios días; la picana eléctrica, aplicada durante varias horas; el “plantón”, permanecer de pie con los brazos en alto, durante muchas horas; el “submarino”, colocar a un preso colgado de los pies y meterle la cabeza en una pileta de agua; todas estas torturas o degradación del ser humano son formas de la lucha de clases, a mayor o menor nivel de masas. Ello hace que se pierda o se gane una revolución, cuando el “foco” actúa pero las masas permanecen neutrales, no participan en la lucha, debido a que la acción no fue acción para movilizarlas contra un gobierno tiránico, corrompido, odiado por ellas.

Cuando los éxitos armados de una guerrilla no producen triunfos políticos, para volcar al pueblo en la revolución, se obtienen triunfos tácticos que conducen, inexorablemente, a una derrota estratégica. El foquismo romántico, no sabiendo hacer propaganda positiva por los hechos, sino puramente efectista, sin prender en las masas populares, para que éstas también pasen a la acción, no puede alcanzar la victoria sobre un ejército regular, por más opresivo que fuera

sobre la población de un país.

Cuando la acción del “foco guerrillero” no se dirige a movilizar a las masas populares, no puede sustituir así la lucha de clases conciliada por sindicatos reformistas y partidos entreguistas, coexistentes con las burguesías totalitarias. Subestimar las masas populares, no seguirlas con la guerrilla armada en sus luchas reivindicativas y actos de protesta, es dejarlas en manos de sindicatos burocratizados y partidos reformistas, falsamente izquierdistas. La misión inicial de la guerrilla consiste en desmontar, dentro de las masas populares, el sindicalismo aburguesado y los partidos de izquierda con “praxis” contrarrevolucionaria.

Luego de la revolución cubana, el foquismo se propagó como un sarpullido sobre América Latina. Se creyó que la acción, en no importa qué lugar o país, producía la revolución por generación espontánea. La “impaciencia histórica”, el cortoplacismo insurreccional de jóvenes guerrilleros, muchos de ellos hijos de la pequeña burguesía, instintivamente “golpistas” más que revolucionarios, desató movimientos insurreccionales inmaduros y en contrapartida una cruenta represión, un cerco estratégico fácil contra pequeñas guerrillas rurales, iniciadas en zonas campesinas donde no había las mínimas condiciones subjetivas de que se plegara a la lucha armada la población rural.

Para derribar un régimen hace falta algo más que un “foco guerrillero”, algo más que la acción armada de escasos grupos revolucionarios. Es necesario conocer bien los objetivos a perseguir en función de ganar políticamente a obreros, campesinos y clases medias económicamente débiles, que esperan entrar en lucha para salir de una crisis económica y social o de una tiranía política.

La acción revolucionaria tiene valor positivo cuando es empleada en países con dictaduras odiosas, ante las cuales las masas sienten la opresión y la explotación, un odio callado, que estalla en forma insurreccional, cuando la guerrilla sabe desafiar a la tiranía haciéndose querer y admirar por un pueblo sufrido, pero no vencido moralmente.

Cuando en medio de una gran crisis económica y social, en regímenes de democracia parlamentaria, el pueblo está desocupado por millares, hambreado, sufriendo un acelerado aumento en el costo de la vida, hay todas las condiciones objetivas y subjetivas para pasar a la acción con una punta de lanza guerrillera, que haciéndose el brazo armado del pueblo, desplace a dirigentes sindicales conservadores, socialdemócratas colaboradores con la burguesía y comunistas reformistas, entregados a la política soviética de la “coexistencia” con las burguesías nacionales y el imperialismo. Mientras el sindicato institucionalizado negocie convenios salariales, sin ninguna aspiración revolucionaria, la guerrilla urbana puede con sus acciones armadas dar profundidad a la lucha de clases, en huelgas, conflictos, ocupación de fábricas, profundizando la lucha hasta que las burocracias sindicales sean desplazadas de los sindicatos, tomando su lugar dirigentes afines a la acción revolucionaria.

La revolución es obra de minorías; lo fue así siempre. Pero las minorías que llegan a triunfar en las revoluciones son las que se meten dentro de las mayorías oprimidas abandonadas por falsos partidos y sindicatos de izquierda para llevar la democracia directa a las masas trabajadoras a fin de que la base determine la acción de la cima, no viceversa, como sucede con la burguesía monopolista y la burocracia totalitaria, enquistada en el capitalismo de Estado, que le pone el rótulo de “socialismo” para engañar alas masas trabajadoras.

Ni todas las guerras nacionales, ni todas las guerras revolucionarias son iguales, porque en el curso de la historia las situaciones cambian, pues la ley de desarrollo histórico y económico desigual de país a país o de civilización a civilización cambia y con ella las políticas, las estrategias, las tácticas y la correlación de fuerzas sociales. Quienes no entiendan esta filosofía de la acción están condenados a sufrir graves derrotas como políticos, militares y revolucionarios.

El hecho de que en muchos países latinoamericanos se hayan producido muchos “golpes de estado” (nombrados revoluciones indebidamente), muchas insurrecciones sin programa concreto y levantamientos populares en masa como el “bogotazo” (1948), el “cordobazo”, el “rosario-zo”, el “tucumanazo” y el “mendozazo” en la Argentina, entre 1968 y 1972, pero sin producirse así una revolución social, indica que para hacerla es necesario preverla como nuevo régimen, sin lo cual, los que se denominan revolucionarios no son más que simples rebeldes. Una revolución tiene definiciones concretas.

Las revoluciones son más o menos profundas en razón de sus transformaciones, de los cambios que operan en las instituciones, de que den mayor o menor participación en los negocios públicos al pueblo o los confíen a políticos profesionales, inamovibles, burócratas omnipotentes que prometen el socialismo y se benefician del capitalismo de Estado.

Los aficionados a las revoluciones, grupitos de pequeños burgueses izquierdistas, poco preparados política, filosófica, social, histórica, económica y estratégicamente, creen que una revolución puede hacerse igual que otra, confundiendo así teoría revolucionaria coherente con mimetismo político.

La acción revolucionaria tiene que descartar la ayuda a movimientos sindicales y partidos de objetivos reformistas y parlamentarios, debe hacer saltar a las burocracias reformistas de sindicatos y partidos izquierdistas de palabra, pero conservadores en los hechos, debe elevar la lucha armada, dando cobertura a la acción de masas, elevando así las ideas a una “praxis” revolucionaria:

1. apoyar las huelgas con fuerza, para lograr mejores salarios, condiciones de vida, derecho al trabajo, cogestión y autogestión de las empresas;
2. llevar al pueblo trabajador desde las elecciones a las revoluciones, actuando permanente mente., más que votando cada cuatro, cinco o seis años;
3. llegar al poder más que al gobierno, tomando desde la base, poderes concretos: representación directa de los trabajadores en todos los órganos de poder: empresas, instituciones, etc.; pues el gobierno sin el poder no facilita la emancipación del pueblo trabajador, hace ministros y parlamentarios con “praxis” de burgueses;
4. emplear la lucha económica paralelamente con la lucha armada para transformar lo social y económico en acción política insurrecta del pueblo;
5. sustituir la democracia indirecta por órganos autogestores de democracia directa, para que el capitalismo privado o de Estado se transforme en socialismo de autogestión, sin lo cual no desaparece el Estado de clase privilegiada.

Una guerrilla no es revolucionaria si no se plantea, claramente, la toma del poder a la burguesía y a la burocracia, para convertirlo en el poder del pueblo, desde abajo para, arriba, haciendo de las masas trabajadoras el sujeto activo de la política, entregando a la sociedad sin clases los poderes que tenía el Estado de clase explotadora y opresora.’

Para cumplir estas tareas, una guerrilla debe actuar en las zonas donde haya mucha población, donde conmueva a grandes masas humanas, donde se inserte como vanguardia arrastrando grandes mayorías hacia una salida revolucionaria. Pero, antes de desencadenar la acción, hay que saber muchas cosas: ¿para qué? ¿dónde? ¿cuántos? ¿cuándo? ¿cómo? ¿con qué finalidad se desencadena la acción guerrillera? Se debe saber claramente cuál es el contenido de la guerra revolucionaria, para que no resulte inapropiada su forma táctica, inciertos sus objetivos estratégicos y oscuros sus fines políticos.

Antes de la acción debe ir el pensamiento. ¿La guerra revolucionaria será por la independencia de un país como en Argelia, Vietnam y tantas otras guerras de liberación? ¿Será una guerra de clases dentro de un país con o sin implicaciones imperialistas? ¿Será una guerra breve o una guerra larga, en virtud de sus características estratégicas específicas? ¿Será revolución burguesa, burocrática o proletaria? ¿Será un “golpe de Estado”, como en Perú, o una revolución social como en Cuba?

Luego de la revolución cubana se han cometido numerosos errores políticos y estratégicos al querer hacer del castrismo y el guevarismo una fórmula mágica para realizar las revoluciones al “modo cubano”, independientemente de las situaciones concretas de cada país, geoestratégicas, políticas, sociales, económicas y demográficas. Ella condujo al sacrificio de miles de jóvenes rebeldes y a la instauración de dictaduras militares derivadas de la represión de las guerrillas, poco preparadas para hacer la revolución soñada.

No puede ni debe plantearse la revolución en los términos objetivos y subjetivos dados en tiempos de Fidel Castro contra el dictador Batista, en Cuba (1956-59). La “guerrilla tupamara” no tenía, en el Uruguay, un dictador como Batista, sino un parlamento integrado, con muchos diputados y senadores de izquierda (Frente Amplio), unos sindicatos y unas instituciones educativas regidas por comunistas e izquierdistas, lo cual da lugar a otra política y estrategia que la de Fidel Castro. Sin embargo, los cuadros dirigentes de los “tupamaros” eran castristas, guevaristas o maoístas. Para ellos, la revolución podía hacerse en el Uruguay como lo indicaban en sus estrategias, Fidel Castro, Ernesto “Che” Guevara, Regis Debray y Mao Tse-Tung. Únicamente diferían en que la acción debía comenzar en la ciudad y no en el campo. Pues habían sido tocados, los “tupamaros”, por la literatura de Abraham Guillen, en “Estrategia de la guerrilla urbana”, publicada en 1966, ya en oposición a Regis Debray y al “Che” Guevara, que probaron sus estrategias en Bolivia, en 1967, con una derrota de la guerrilla rural.

La situación en el Uruguay, entre 1966 y 1972, era completamente diferente que la de Cuba en 1956-59. Ni Uruguay era

un país tan neocolonial como Cuba bajo los “trusts” azucareros norteamericanos, ni dependía del mercado norteamericano como la Cuba de Batista. No teniendo Uruguay un dictador en el poder ni una situación neo-colonial como Cuba, durante 1956-59, en que Fidel inicia la guerrilla contra Batista, no se debía operar con la misma estrategia en el Río de la Plata/ como se hizo en las guerrillas de Sierra Maestra. En Uruguay había escasas inversiones extranjeras o norteamericanas, existía una democracia burguesa a la europea, burocracias sindicales y políticas comunistas coexistentes con el régimen, lo cual supone una estrategia revolucionaria diferente de la empleada en Cuba por Fidel Castro.

Al comenzar por la ciudad la guerrilla tupamara, pero llevadas al campo varias columnas de combate, enterradas en “tatuceras”, especie de pequeños cuarteles subterráneos, la guerrilla tupamara se condenaba a la dispersión de sus fuerzas, cuando lo que necesitaba era la concentración de ellas en la ciudad de Montevideo, para hacer una guerra en superficie o en piel de leopardo, llamando al enemigo desde distintos barrios de la ciudad al mismo tiempo o sucesivamente, para demostrar ante la población que el ejército represivo era incapaz de asegurar el orden burgués.

Sólo entonces podría iniciarse con las fuerzas armadas enemigas una “tregua” con un contenido concreto político, cuyo programa permitiera realizar la primera fase de la revolución, en base a un ministerio populista que realizara cambios económicos, políticos y sociales revolucionarios en el país. Pero sin desarmarse la guerrilla

para abrir la segunda fase revolucionaria, quedando como milicia popular, para defender la soberanía nacional, combinando guerrilla y ejército regular, estrategia apropiada frente a posibles aventuras militares de Brasil y Argentina sobre el pequeño Uruguay, únicamente defendible, ante esos dos países, como pueblo en armas.

Durante noviembre de 1972, se crearon en Uruguay condiciones revolucionarias óptimas. El líder político Jorge Batlle fue detenido por el ejército represivo, por haber osado, en un discurso radio-televisado, denunciar una dictadura encubierta de las fuerzas armadas. Coincidiendo con la movilización política del partido de Jorge Batlle, el sector político de Ferreira Aldunate, el que más votos obtuvo entre todas las minorías en las elecciones de 1971, se movilizó en defensa de la ley, la constitución y las libertades esenciales amenazadas por una dictadura solapada de los militares. Ambos partidos, el de Jorge Batlle y el de Ferreira Aldunate estaban en la calle durante los primeros días de noviembre. Hubiera bastado, en tales condiciones subjetivas, una pequeña guerrilla de 200 hombres en las calles de Montevideo, para provocar el desorden general, obligar a intervenir a los militares como fuerza represiva contra burgueses, pequeño burgueses y plebe, haciendo así una política desfavorable para ellos y favorable para la guerrilla.

Naturalmente que los 200 guerrilleros, operando desde distintos lugares de la ciudad, debían agitar consignas auténticamente nacionales como: “ ¡Abajo la dictadura! ” i Viva la constitución! i Abajo los militares fascistas! ¡Viva la democracia! ¡Fuera la veda de carne! ¡Salarios justos! ¡Trabajo y Libertad!

Al denunciar a los militares por querer legalizar la dictadura con leyes represivas para seguir con las torturas, con la suspensión de las garantías constitucionales, aplicadas, no sólo a los guerrilleros encarcelados sino a dirigentes de la burguesía democrática, la guerrilla podía así vencer a los militares, ganando con sus acciones la opinión popular general. Esta ocasión era magnífica para desencadenar una rebelión general, a partir de una guerrilla que hiciera de chispa que incendia la pradera seca. Pero, al producirse esta situación política, los “tupamaros” habían agotado sus fuerzas de combate. La mayor parte de los efectivos de la guerrilla tupamara estaban encarcelados por las fuerzas armadas represivas del Uruguay. El desperdicio de las guerrillas urbanas, saliendo al campo a formar “tatuceras”, que fueron fácilmente cercadas y hechas prisioneras, dejó a los “tupamaros” exhaustos de fuerzas cuando más las necesitaban. Como en los días de noviembre de 1972, cuando los partidos demoburgueses de Jorge Batlle y Ferreira Aldunate desafiaban políticamente a los militares que legalizaban la dictadura con la supresión de las garantías constitucionales, la ley de defensa del Estado, el control de las informaciones por radio, prensa y televisión, el monopolio de conducción de las fuerzas policiales, la introducción de los militares en todos los órganos del poder, para ir así tomando el gobierno cuando les diera la gana políticamente.

Una revolución se va creando por medio de la acción bien aplicada política, táctica y estratégicamente, hasta que viene la ocasión histórica deseada, apropiada, óptima. Y los “tupamaros”, como otros guerrilleros latinoamericanos, no se han revelado como buenos estrategas, políticos astutos, sino, a lo sumo, como tácticos en primera fase de la guerra revolucionaria: pequeñas unidades de guerrilla, que no actuando a la vez, en tiempo y espacio, no crean problemas difíciles a un ejército regular represivo, por más débil que sea, como el del Uruguay, no preparado, con 20.000 hombres para enfrentar una guerra revolucionaria en superficie, en extensión y profundidad en la ciudad de Montevideo y, luego, en todo el país.

3. REVALORACIÓN DE LA GUERRILLA “TUPAMARA”

Como experiencia de guerrilla urbana, los “tupamaros” han sido el primer grupo de acción del mundo con mayor rendimiento táctico, más durable y menos aniquilable, operando en la primera fase de la guerra revolucionaria, en los bosques de cemento de las grandes urbes capitalistas. Apenas unos cuantos guerrilleros urbanos, concentrados en la ciudad de Montevideo (que es un suburbio comparada con Buenos Aires, Nueva York o Sao Paulo) lograron mantener en jaque a la policía uruguaya durante mucho tiempo. Si la experiencia “tupamara” hubiera tenido lugar en ciudades de varios millones de habitantes con mucho proletariado y gran industrialización, cosa que falta en Montevideo, es seguro que la guerrilla urbana, apoyando a las masas descontentas del proletariado, habría logrado mayores éxitos que en la micronación uruguaya.

En estrategia, hay que aprender tanto de los errores como de los aciertos, teniendo una visión dialéctica del arte de la guerra, a fin de no caer en dogmas que, con su mantenimiento y creencia en ellos, cuesten miles de vidas de revolucionarios o la instauración de dictaduras peores que la que se trataba de derrocar por la violencia. No se hacen dos revoluciones con la misma estrategia, ni tienen los mismos fundamentos políticos; consecuentemente, cambian las tácticas y las estrategias con el avance del progreso material, con las filosofías y las políticas de los pueblos.

La experiencia de la guerrilla “tupamara” en el Uruguay aporta, con sus errores y aciertos, un modelo de guerrilla urbana que ha de tener gran significación en la historia contemporánea universal, cuando la lucha entre capitalismo y socialismo tenga su epicentro en las ciudades, donde están las grandes masas de población, los armamentos, los recursos, los medios y los fines para una vasta guerrilla urbana.

Con la experiencia “tupamara” habría para escribir un libro de política y estrategia de guerrilla urbana; pero vamos a intentar hacer un análisis y una síntesis, como introducción al mismo, como anticipación, resumido en los puntos siguientes: *

1. Frente móvil o frente fijo: cuando una guerrilla urbana no se implanta bien en la población, por “impaciencia histórica” en hacer la revolución o por no dirigir todos sus actos en apoyo de las masas populares, tiene que procurarse su propia infraestructura clandestina en base al alquiler de casas, que fijan la guerrilla al terreno, quitándole movilidad y seguridad: dos virtudes estratégicas fundamentales guerrilleras que, si son ignoradas, facilitan los éxitos del enemigo. A fin de escapar a los cercos y aniquilamiento del adversario en sus operaciones contraguerrilla, hay que vivir separados y combatir juntos, para tener una clandestinidad coherente, impenetrable para el enemigo.

2. Movilidad y seguridad: si una guerrilla urbana compra casas para que vivan sus grupos de acción, gasta mucho dinero y deja rastros al control policial revisando toda clase de alquileres registrados mensualmente. Si las casas no son alquiladas en su mayoría, sino más bien prestadas por población favorable, no se debe hacer en ellas “escondrijos” o “berretines”, como norma general, ya que es fijarse al terreno, perdiendo movilidad frente al “rastrillaje” policial. Para conservar la movilidad y tener un margen elevado de seguridad, una guerrilla urbana debe dispersar sus combatientes entre la población favorable, aunque luego tengan que combatir juntos, pues tropa que no participa en el combate es como si no existiera. Una guerrilla dispersada entre la población de una gran ciudad es poco detectable por la policía. Cuando venga el “rastrillaje” policial por el sur, el guerrillero que no tiene retaguardia pesada puede trasladarse al norte, este u oeste, y viceversa. Ello no es posible alquilando casas o haciendo en las casas (de simpatizantes o militantes) “escondrijos”, con la finalidad de permanecer en frente fijo, el mayor error estratégico de una guerrilla urbana o rural.

3. ¿Retaguardia pesada o liviana?: una guerrilla urbana, que se deje clavar al terreno con una infraestructura pesada, con muchas casas alquiladas, no sólo comete un error estratégico sino económico o logístico, pues con una pesada retaguardia necesita un presupuesto mensual muy grande, viéndose así determinada por motivos financieros tanto o más que los políticos, o desbordados éstos por aquéllos. Al no poder resolverlos, con el pago de muchos alquileres de casas, se cae en conceder grados y categorías de mando a quienes presten las suyas, derivando así la guerrilla en un lenguaje de izquierda y práctica de derecha. Todo el que sienta la causa de la liberación del hombre puede abrazarla, pero es evidente que si su práctica está en el capitalismo y el pensamiento en el socialismo, prevalecerá lo primero sobre lo segundo.

Entre los “tupamaros” detenidos en 1972 estuvo un estanciero de la finca “Spartacus”, donde había una gran base de

armamento en un subterráneo. También fue detenido y procesado el presidente del frigorífico de Cerro Largo, en cuya presidencia, al lado de él, estaba un senador, caudillo político del presidente Pacheco Areco, enemigo mortal de los “tupamaros”. El presidente de este frigorífico, cuando sus obreros le plantearon reivindicaciones por medio de huelgas, fue igual que cualquier otro burgués: resistió a los obreros. Pudo este burgués haber abrazado la causa de los “tupamaros”, con lealtad y sinceridad; pero si se escalan categorías de mando por una casa mejor, una estancia mayor o una empresa mayor, la guerrilla se irá aburguesando; indicará que el hecho de necesitar cobertura, no de pueblos en armas sino de quien tenga casa o fincas la está degradando, convirtiéndola en la empresa de una minoría armada que nunca moverá así a la mayoría de la población de un país para hacer la revolución.

4. Infraestructura logística: al plantear el problema del frente móvil o frente fijo, recomendando el primero y no el segundo para la guerrilla, no hay que olvidar que determinados talleres logísticos (arreglo y adaptación de armamentos, fabricación de algunos de ellos) deben estar en frente fijo, pero sin que sean conocidos más que por quienes trabajen en ellos, uno solo y no todos, a fin de compartimentarlos para que no sean descubiertos fácilmente por las tropas represivas antiguerrilleras. No obstante, para la fabricación de determinados elementos, conviene dividir sus partes y encomendarlas a varios talleres legales y luego reunir-las para su montaje en un taller de la guerrilla, mantenido secretamente, con el mismo celo que las claves para información o los lugares de arresto de personalidades contra cuya libertad se logran grandes objetivos logísticos (industria de guerra, almacenes de provisiones, lugares de residencia).

La mayor parte de una guerrilla urbana, si quiere ser móvil, inasequible, incercable, debe tener sus combatientes separados y unidos luego para el combate, en el lugar elegido y el tiempo marcado. Si los guerrilleros trabajan, se comportan como simples ciudadanos y luego se convierten en soldados revolucionarios, son menos descubribles por la contraguerrilla. No conviene sacar a la mayor parte de los cuadros políticos legales de su vida cotidiana para convertirlos en guerrilleros clandestinos, ya que no habría bastantes casas para ocultarlos. Las casas-cuarteles, con “escondrijos”, inmovilizan a la guerrilla urbana, presentando así más vulnerabilidad al cerco y aniquilamiento por el adversario. El hecho de que los “tupamaros” hayan inmovilizado en casas a muchos combatientes, sin emplearlos en cantidad, los expuso en 1972 a detenciones en masa, a perder buena parte de su material de guerra, a tener que sacarlos al campo y meterlos en “tatuceras” por falta de casas en la ciudad. Todo ello desgraciadamente ha sucedido, porque los “tupamaros” abusaron del control militar de sus simpatizantes, para tenerlos férreamente bajo sus órdenes, pero sin realizar operaciones militares grandes, ni muchas a la vez en una misma ciudad o en un mismo país, demostrando así falta de preparación estratégica.

Si una guerrilla urbana no puede desaparecer y aparecer entre la población de una gran urbe, no tiene condiciones políticas para realizar la revolución; su estrategia es limitadísima; su táctica está fosilizada en la primera fase de la guerra revolucionaria de actuación de pequeñas células armadas, una por vez, pero no todas a la vez, para producir un colapso político en el enemigo. Los “tupamaros”, excelentes tácticos en primera fase, no han sido capaces de desarrollar, estratégicamente, la segunda fase de la guerra revolucionaria.

5. Héroes, mártires y vengadores; en la guerra revolucionaria todo acto guerrillero que deba ser explicado al pueblo no sirve: debe ser evidente y convincente por sí mismo. Matar en represalia a un pobre soldado por el asesinato de un guerrillero es descender al mismo nivel político que el ejército reaccionario. Más vale crear un mártir para atraer simpatía popular, que perderla o neutralizarla por matar sin sentido ni fin político. Para ganar la guerra del pueblo, hay que estar en el interés, en los sentimientos y la voluntad del pueblo. De nada sirve vencer militarmente si no se puede convencer políticamente.

Es negativo, inpolítico, condenar a muerte a varios enemigos, por más odiados que sean por el pueblo, en un país donde la burguesía no tenga establecida la pena de muerte. Quienes sean represores, traidores y delatores se condenan a sí mismos; pero no es necesario decirlo, publicarlo y envanecerse de ello. A cada chanco le llega su San Martín, dice el refrán; pero no es preciso alardear de ello, para no crear así un clima de terror, inseguridad y poco respeto por los derechos humanos. Un ejército popular que no sea el símbolo de la justicia, la libertad, la seguridad, la equidad, no puede arrastrar masas para el triunfo de su causa por métodos violentos empleados contra una tiranía deshumanizada, contra un régimen odiado, contra el vicio, la corrupción y las inmundicias de la clase dominante.

No se deben tener “cárceles del pueblo”: el nombre ya es propio de una alienación política por el lenguaje, propio de un idealismo semántico, impropio de quienes alardean de conocer la dialéctica marxista. Una cárcel es cárcel, sea de la burguesía o del proletariado: priva de la libertad a un ser humano. Es absurdo e inpolítico poner nombre a la privación

de libertad de un arrestado por la guerrilla, diciendo que está en la “cárcel del pueblo”. Quienes ponen nombre a sus actos, cuando no deben hacerlo, cometen un grave error político. Una persona, sea quien fuere, ha sido arrestada como medio para conseguir fines políticos, sindicales o ganancia de* población. No hay por qué decir que está en la “cárcel del pueblo”. Y tampoco es tolerable mantener por largo tiempo a un arrestado, sino por el tiempo necesario, hasta lograr el fin político, propagandístico, que la guerrilla se había propuesto. Hay que pedir moderadamente en canje por un secuestrado, para no tener que ajusticiarlo. Y de tener que hacerlo, que el pueblo presione sobre el gobierno indicando que él ha sido, con su negativa, el responsable del acto no deseado.

No conviene tener “cárceles del pueblo”, pues exigen varios hombres para cuidarlas y dar la guardia; distraen mucha tropa guerrillera; hay que estar en frente fijo, perdiendo la movilidad, base esencial de la estrategia guerrillera. Conviene solamente, tener algún lugar seguro para retener por tiempo breve a una persona objeto de fines políticos, sindicales, nacionales o internacionales.

Si se tienen “cárceles del pueblo”, si se condena a muerte a varios enemigos, si se acuartela en casas-refugio a los guerrilleros se crea así una infraestructura que parece un Estado en miniatura más que un ejército revolucionario. Si al comienzo de la lucha revolucionaria, cuando ya se tienen unas pocas armas se las emplea para crear sobre sus bayonetas un Estado, ejercido contra los propios y en amenazas contra los ajenos, no se puede así alcanzar la victoria con la asistencia y la simpatía del pueblo. Quienes utilizan las armas en la guerrilla contra sus subordinados, para ejercer un poder de Estado, no deben estar en el alto mando, so pena de derrocar un despotismo y al día siguiente comenzar otro régimen igual, como en el caso del zarismo y el stalinismo. Hay que barrer el espíritu pequeño burgués de la guerrilla, si se quiere convertirla en ejército libertador amado por el pueblo.

6. Mando delegado: en un ejército profesional, los mandos son provistos por las academias militares y se van jerarquizando, como burocracia armada, recorriendo escalafones o en función de los años de servicio. En una guerrilla, los mandos proceden de la propia lucha revolucionaria, elegidos por su capacidad, responsabilidad, espíritu de combate, formación política sólida, don de mando, hechos victoriosos más que palabras retóricas. Ningún jefe guerrillero, aun el mejor de todos, puede ni debe mantenerse permanentemente en el mando, a fin de que este no pierda su carácter democrático, su calidad política de poder delegado, para evitar así el “culto de la personalidad”, el verticalismo político, el militarismo totalitario, impropio en un ejército revolucionario.

El mando en un ejército, popular debe rotar entre los comandantes mejores, más victoriosos, más queridos por sus soldados, más estimados por el pueblo. En este sentido, la autodefensa (guerrilla) es incomprensible sin la democracia directa del mando (autogestión), revalidada por la autodisciplina, muy superior a la disciplina cuartelaria, propia de un ejército burocrático y reaccionario.

Durante la segunda y la tercera fase de una guerra revolucionaria, cuando se pasa de unidades chicas de guerrilla a unidades militares revolucionarias más grandes (sin que por eso desaparezca la guerrilla detrás de las líneas del enemigo), las batallas tienen más dimensión y duración, requiriendo comandantes experimentados en el arte de la guerra de grandes unidades (combinadas con pequeñas guerrillas detrás del adversario). Para dirigir esas batallas, conviene cambiar los mandos que las encarnen épicamente a fin de que no se centre la esperanza del pueblo en un líder mesiánico, sino que tenga confianza en muchos héroes revolucionarios. El héroe al estilo de Julio César o de Napoleón, cuando se convierte en mito, siempre encarna un poder alienado, totalitario. Epamiriondas, el general tebano que venció a los espartanos, era filósofo, su mando duraba sólo dos años, y aun siendo el más grande estratega de su tiempo, cuando expiraba su mandato, volvía a ser soldado, aunque por su saber y valer se convertía en asesor del nuevo comandante en jefe tebano. Debemos, pues, inspirarnos en Epaminondas más que en Stalin, los revolucionarios que aspiremos a la democracia directa, al socialismo y la libertad, al fin de la opresión y la explotación del hombre por el hombre.

El mando delegado» como poder transitorio concedido por el pueblo, no es limitado en nada sobre sus atribuciones ejecutivas. A los subordinados les toca discutir una operación democráticamente, para aportar elementos positivos; pero el límite de la discusión termina cuando el Mando Supremo asume la responsabilidad por el resultado del combate o de una batalla. Si se equivocó, su obligación es poner, sobre la mesa del Estado Mayor, la dimisión; si le es ratificada la confianza puede volver a ejercerlo; pero cosechando dos derrotas seguidas, por obcecación, la renuncia del Mando Supremo debe ser irrevocable. En un ejército revolucionario, el comando en jefe, para ser ejercido por una misma persona, debe ser atribuido aun genio del arte de la guerra, a un comandante siempre victorioso; aunque la guerra revolucionaria no ha de ser la obra de un hombre providencial, sino el mérito del sistema político-militar organizado por

el Estado Mayor.

Uno de los errores de las guerrillas latinoamericanas más comunes, es hacer de todos los comandantes personajes de leyenda, como Fidel Castro y el “Che” Guevara. Este mesianismo oculta la incapacidad de muchos jefes guerrilleros, que sacan sus tropas al campo —como los “tupamaros” en 1972—, sin revisar la estrategia equivocada, quizá porque los jefes se han convertido en hombres providenciales.

7. Revolución: ¿qué revolución?: al equivocar el comienzo de la guerrilla, cambiando los bosques de cemento de las ciudades por los bosques de árboles en las montañas, miles de jóvenes latinoamericanos han muerto o están presos, por no tener clara idea de la estrategia revolucionaria, por no estar preparados para hacer la historia, para derrocar el viejo régimen, cosa imposible sin la intervención masiva del pueblo trabajador, sin desencadenar la lucha de clases hasta sus últimas consecuencias: la Revolución Social.

Es propio de jóvenes izquierdistas, sin praxis proletaria, sin haber soportado jamás la explotación capitalista, pretender la liberación de los trabajadores sin la intervención revolucionaria de éstos, librando toda la acción revolucionaria a una serie de combates militares entre guerrilleros y ejército represivo. El “foquismo” pequeño-burgués magnifica el armamento como símbolo de poder más que utilizar las armas para poner en movimiento al pueblo, esperando que el ejército represivo venga a castigarlo o detenerlo en su avance revolucionario, para, a su vez, entrar a reprimir al represor del pueblo, ganando así población en cada combate guerrillero, único medio de llegar hasta la revolución.

En la guerrilla urbana “tupamara”, los cuadros de mando y la tropa, en gran parte, proceden de las universidades, de las profesiones liberales, de la juventud rebelde pequeño-burguesa, que ha aprendido a desobedecer; quieren y aspiran a la revolución. Pero ¿qué revolución? Si los obreros son escasos y los campesinos muy pocos en las “columnas tupamaras”, es explicable que la lucha se trabee entre guerrilleros, de una parte, y policías y militares, de la otra. El pueblo está en medio, produciendo un vacío político, que sólo podría llenar un movimiento revolucionario guerrillero que no busque el cuerpo a cuerpo con las tropas represivas, sino dar ayuda a todos los movimientos populares de protesta: huelgas, manifestaciones, movimientos estudiantiles, protestas de mujeres contra el costo de la vida, acciones de masas en general. Sólo por la mediación del pueblo, la guerrilla urbana podrá llegar hasta un estado de subversión generalizada, hasta la revolución social.

La “guerrilla tupamara” se hizo demasiado profesional, r’huy militarizada, aislándose de las masas urbanas, tratando de crear un “Estado dentro del Estado”, con sus columnas guerrilleras, sus casas-cuarteles, sus “tatuceras”, toda una infraestructura que se aproxima más a un “micro-Estado” que a un movimiento de masas, a un “poder paralelo” frente al poder constituido. La “OPR-33”, guerrilla urbana, a diferencia de los “tupamaros”, da cobertura de masas a los sindicatos y movimientos populares, no cayendo en el militarismo populista, guerrillero, pequeño-burgués.

8. Estrategia, táctica y política: en la guerra revolucionaria, más que en las guerras clásicas, las acciones, los encuentros, los combates y las batallas están en función de la política de ganar población para merecer la victoria. Un ejército represivo grande no procura atraerse la población, sino dominarla por la fuerza, la ocupación, la represión, para imponer un régimen odiado por el pueblo; se niega a consentir cualquier reforma progresiva, a democratizar el aparato del Estado, a respetar los derechos humanos más elementales. Es frente a una situación de esa naturaleza, cuando se tienen todas las posibilidades de desencadenar un proceso revolucionario, una guerrilla que, con sus actos y hechos trascendentes, ponga en movimiento a la población oprimida por una tiranía.

Si el programa político es acertado, será compartido y sostenido por el pueblo, dando a la guerrilla, que lo defiende e imponga contra un régimen odiado, todo su apoyo moral, material y político. En estas condiciones, si la población es favorable, digamos hasta el 80 por ciento de la total de un país, se puede comenzar una guerra de liberación con una guerrilla muy chica contra un ejército muy grande. Con población favorable, la guerrilla crece y el ejército decrece en el devenir dialéctico en que lo pequeño deviene grande (guerrilla) y lo grande se hace chico (el ejército). Así, armónicamente, la estrategia y la política son correctas. Cualquier operación táctica, con política clara y estrategia brillante, debe ser victoriosa, convertida en éxito político para el pueblo armado, esperanzado, puesto en movimiento insurreccional por la guerrilla.

Si la táctica es buena, la estrategia mala y la política equivocada, no triunfará una guerrilla. Así, las victorias tácticas conducen a una derrota estratégica total. No se debe nunca confundir táctica con estrategia: si la táctica marca un objetivo a la estrategia que es imposible alcanzar, una victoria táctica grande terminará en una derrota estratégica más grande.

Por ejemplo, si fueran arrestadas dos personalidades importantes por la guerrilla, habiendo triunfado la táctica en ambos casos, pero luego pidiendo que se entregue más de un centenar de presos guerrilleros en contrapartida, puede suceder que el gobierno no acceda a ello, para no desprestigiarse totalmente. En tal caso, la táctica señaló a la estrategia un objetivo imposible de alcanzar, como en el caso de los “tupamaros” en el secuestro del cónsul brasileño Días Gomide y el agente de la CÍA, Dan Mitrione, al tener que ejecutar a un rehén por no haber recibido satisfacción a las peticiones hechas por la guerrilla, se puede atascar una operación política, no ganar población, y todo por no tener sentido de la estrategia ni de la política.

En el caso de Dan Mitrione, lo que interesaba era grabarle sus declaraciones para hacer novela en la prensa, para desprestigiar a la CÍA y prestigiar a la guerrilla. La población hubiera seguido esas incidencias novelescas con más interés que las series interminables del “Far West”. Las confesiones de Mitrione sobre su misión encomendada por la CÍA, bien grabadas, debían ser enviadas a Washington, al senador Fullbright. Planteado este incidente en el Congreso, la operación contra la CÍA ganaba el mundo y con él la causa de los “tupamaros”. Posteriormente, se debía solicitar la publicación de un manifiesto en la prensa uruguaya, una vez que el gobierno estuviera desprestigiado con este incidente; después conmutarle la pena de muerte en honor a sus ocho hijos; pero hacer la salvedad de que le sería aplicada en caso de que no se fuera del país. Una solución así, sin necesidad de llegar a la sangre, hubiera dado población, nacional e internacional, a favor de los “tupamaros”. La guerra revolucionaria, más que ninguna, es otra forma de la política.

En el caso de Días Gomide, interesaba hacer una operación guerrillera internacional, para colocar en situación difícil, políticamente, al gobierno pretoriano del Brasil. No se debía llegar al extremo de que la esposa de Días Gomide, al recabar fondos para liberar a su marido, se convirtiera en la heroína del amor y la fidelidad matrimonial. Pues así, cada cruceiro, se convertía en un voto contra los “tupamaros” y la guerrilla urbana brasileña. En compensación por Días Gomide, hombre muy importante para el gobierno brasileño, se debía pedir la publicación de un manifiesto en la prensa brasileña, cuyo contenido debiera ser del orden siguiente: denunciar el “batallón de la muerte” como un instrumento de la dictadura brasileña; pedir la convocación a elecciones libres, democráticas, por sufragio directo y secreto; exigir la legalización de todos los partidos políticos disueltos por la dictadura militar; pedir la devolución de los derechos políticos para Cuadros, Kubitschek, La Cerda, Brizola, Goulart y otros exiliados y proscriptos; denunciar la falta de información y libertad de prensa como un instrumento de la dictadura pretoriana; exigir la libertad de varios sacerdotes presos, en contrapartida por la libertad de Días Gomide. Con esta política, se exportaba la guerra revolucionaria al Brasil; se desprestigiaba internacionalmente al régimen militarista. Así, cuando los militares brasileños del III Ejército de Río Grande do Sul se quisieran poner en movimiento para aplastar la revolución en el Uruguay, tendrían minada, políticamente, su retaguardia. Es así que podría triunfar la revolución en el Uruguay: todas las operaciones de guerrilla no son nacionales, sino regionales, internacionales, según las conveniencias estratégicas y políticas.

Si la táctica, con sus limitados horizontes, trata de condicionar a la estrategia y dominar a la política, un ejército guerrillero nunca podrá vencer a un poderoso ejército contrarrevolucionario.

Quienes hacen de la guerrilla una secta esotérica aislada del pueblo, acaban en una “mafia” más politizada que la siciliana, que sirve para escalar un nivel económico de clase por métodos violentos. Sin embargo, al pueblo importa un pito que el dinero que tenga un banquero pase a sus expropiadores que no redimen a las masas populares, no porque no lo quieran, sino porque no pueden hacerlo separados de ellas. Lo peor del caso, la ironía histórica, es comenzar por redentor de las masas y acabar luego viviendo de la plusvalía producida por ellas. Una guerrilla, sin pueblo, sin democracia interna, jamás hará la Revolución Social.

9. “OPR-33” y “Tupamaros”: la debilidad estratégica y política de los “tupamaros”, con su riguroso centralismo, su verticalismo neoestalinista, los debilitó: se escindieron de ellos la “Micro-Fracción” (así llamada despectivamente), que responde al PRT, filial política del ERP argentino. Sin ese aval, la dirección “tupa” hubiera sido poco contemplativa con la “Micro-Fracción”. Por otro lado, se escindió el “22 de diciembre”: una guerrilla que destinaba la acción a la movilización de los municipios, los sindicatos, los organismos de masas, sin tanto centralismo militarista guerrillero como en el Estado Mayor “tupamaro”. El FARO (Fuerzas Armadas Revolucionarias Orientales), otra micro-fracción, desapareció; pero no se sometió a la dirección centralista u “oficialista” (como se dice entre los descontentos de la “Organización”).

En la línea “tupamara” hay incluso nacionalistas que editan la revista “Para todos”. En sus páginas se hace la apología de Aparicio Saravia: un caudillo terrateniente que fue derrotado por el demo-liberal Batlle y Ordóñez al comienzo del

siglo. La estancia de los Aparicio Saravia se regía en forma feudal: los peones eran una especie de siervos. “Correo tupa maro” (un boletín de la “Organización”) en sus páginas ha insertado párrafos de discursos de Aparicio Saravia. Todo ello indicaría que la política “tupamara” es un tanto ambigua. Por un lado, se imbrica en el nacionalismo de Aparicio Saravia y, por el otro, no deja de criticar, dentro de los cuadros de la “Organización”, a los comunistas prosoviéticos. Estas dudas, ambivalencias e indefiniciones, han limitado el ascenso de los “tupamaros” a los sindicatos regidos por comunistas. En los sindicatos a que ellos entraron, como en la Unión de Trabajadores del Azúcar (UTA) y el Frigorífico Fray Bentos, coparon las direcciones, pero no demostraron ser ágiles en las luchas sindicales, en poner en movimiento formas cooperativas o de autogestión en la inmediatez, quizá porque creen que la toma del poder lo resuelve todo. ¿Qué poder? ¿El pueblo como sujeto de la historia (autogestión) o el Estado de tipo socialista (poder y propiedad pública en beneficio de la burocracia)?

En este sentido, la Organización Popular Revolucionaria (OPR-33), de corte anarco-sindical, ha dirigido la acción armada más hacia los movimientos de masas (sindicatos, estudiantes, etc.) que a entrar en lucha inmediata contra las Fuerzas Conjuntas o militares represivas.

A diferencia de la guerrilla urbana “tupamara”, la OPR-33 y el “22 de diciembre” no entraron en el planteo electoralista del Frente Amplio. Uno de los principios básicos de la guerra revolucionaria es que, una vez comenzada, hay que llevarla hasta el fin, no paralizarla por frentes populares o frentes políticos propios de la pequeña burguesía izquierdista. Los “tupamaros” estuvieron con el Frente Amplio, mientras que la OPR-33 hacía, con sus grupos armados, todo lo posible por ganar la huelga del Cemento Portland, donde obreros de filiación anarco-sindicalista pedían aumentos de salarios. El secretario general del Partido Comunista, Rodney Arismendi, denunciaba a los anarcosindicalistas como aventureros y de hacer el juego a la reacción, al declarar una huelga en el Cemento Portland, cuando lo más importante eran las elecciones a presidente, senadores, diputados e intendentes. Los anarcosindicalistas no le hicieron caso: las elecciones las perdió el Frente Amplio, pero los obreros del Cemento Portland ganaron su huelga a la patronal. Por esos mismos días, se ganó, también, un conflicto en los ferrocarriles, gracias al apoyo de los guerrilleros “anarcos” (OPR-33), del ROE (Resistencia Obrero Estudiantil) y de la Federación Anarquista Uruguaya (FAU).

La OPR-33 y la ROE dinamitaron las huelgas en las empresas del caucho, en FUNSA y Guiringelli; en las metalúrgicas TEM y otras; en la industria del calzado, con el conflicto sindical de SE RAL, que duró más de un año. El dueño de SERAL contaba con un poder omnímodo sobre sus obreros; a quienes se portaban mal los colocaba en penitencia, en un local apropiado; no había fuerza sindical para inclinar al patrono Molaguero. La CNT (Central Sindical Uruguaya), dirigida por los comunistas, no había logrado nada con Molaguero, antiguo obrero convertido en patrón.

Los anarco-sindicalistas comenzaron la lucha en SERAL: resistieron el hambre; movilizaron la solidaridad; hacían colectas por las calles de Montevideo incluso parando el transporte. Pero el orgulloso patrón no cedía. Un día fue secuestrado el hijo de Molaguero, pero la OPR-33 no lo dijo así a las agencias de prensa; no habló de que él estuviera en la “cárcel del pueblo”; se sobreentendía que Molaguero, para salvar a su hijo, tenía que entrar en conversaciones con el sindicato. Así se ganó la huelga más difícil del Uruguay, y los obreros recibieron las indemnizaciones por sus salarios perdidos; el sindicato fue reconocido como la única fuerza legal, no un sindicato amarillo. He ahí un estilo de guerrilla urbana apoyando a masas populares.

En el caso del Frigorífico Modelo, también el sindicato ganó la huelga porque el presidente Fernández Liado fue tomado en rehenes, a fin de que sirviera para un arreglo entre él y los obreros. En ningún caso la OPR-33 se vio obligada a ejecutar rehenes, pues lo que pedía a los retenidos, era en razón de lo que exigían cientos de obreros explotados. Así, naturalmente, se van ganando masas populares, poco a poco, hasta que los sindicatos reformistas vayan cayendo en manos de los revolucionarios. Una vez dueños de la casa propia, con la cobertura del pueblo, la OPR-33, o la guerrilla que aplique su táctica, estrategia y política, tendrá la asistencia del pueblo. Y ahí comenzaría la acción revolucionaria en profundidad: la toma del poder económico en fábricas donde se queden sus obreros sin trabajo, transformadas en empresas cooperativas o de autogestión. Posteriormente en el mismo frente de lucha, los grupos de revolucionarios, ante una crisis general, deben estar preparados para asumir el poder, para instaurar el socialismo de autogestión: sin capitalismo privado ni capitalismo de Estado, sin burguesía ni burocracia explotadoras.

La política de los “tupamaros” ha sido muy militarista; su preparación para superar la crisis uruguaya es limitada; nada en sus manifiestos demostró que estuvieran preparados para ser la esperanza de 2.8 millones de uruguayos que quieren salir de la crisis. Esta debilidad política y estratégica de los “tupamaros” los llevó a una crisis en 1972, cuando las fuerzas represivas detuvieron a cientos de ellos. No han caído por falta de tabicación o “compartimentación”

(clandestinidad coherente), sino por carencia de autonomía. El mando supremo es centralista: dice todo, sabe todo, hace todo. Nada puede ser más nefasto a una guerrilla, que no tener siempre las fuerzas reunidas. Cada grupo comando tiene que adaptarse a su situación táctica más conveniente, sin esperararlo todo desde arriba, como en un ejército burgués. Si hay unidad de pensamiento y acción, de política y estrategia, de estilo táctico, aunque las fuerzas estén separadas tendrán métodos similares para operar. Centralizar demasiado la acción es quedar en posición muy rígida: una vez que las fuerzas represivas toman un hilo buscan el ovillo.

Los “tupamaros” atacaron demasiado pronto al gobierno de Bordaberry. Los atentados provocaron el estado de guerra, una cruda represión: torturas, pentotal, ajusticiamientos expeditivos, terrorismo legalizado, dictadura disimulada. Era necesario dejar que la crisis económica y social se profundizara, para atacar en función de mover el partido del descontento: el más grande de todos. Actualmente, no hay carne, leche, azúcar, gasolina y muchos artículos de primera necesidad. Sin embargo, el gobierno está fuerte ¿por qué? Porque la izquierda retórica no es revolucionaria y porque los guerrilleros no saben hacer la revolución moviendo el descontento de la población.

Un equipo revolucionario que no está dispuesto a demostrar que sabe más que los cuadros de la burguesía, no puede pasar a sustituirla en el poder. Lenin escribió e hizo la revolución rusa; no se les exige menos, en una sociedad tecnológicamente más avanzada, a los revolucionarios de nuestra época; que lo sean de verdad. Hay que hacerse cargo de la sociedad sin la burguesía ni la burocracia, pero demostrando que se puede alcanzar más productividad y libertad, que se lleva adelante la revolución científico-tecnológica, la plena mecanización y electrificación de la agricultura, la integración industrial para que las unidades grandes y especializadas de producción asimilen a miles de ingenieros y de computadoras, la revolución cultural en las universidades, puestas al servicio de la cultura popular y del desarrollo económico y tecnológico, la conquista del espacio cósmico, la explotación integral de la energía atómica, saneamiento del medio ambiente infectado por la industria capitalista, que busca de inmediato la ganancia, la creación de un socialismo de autogestión en que el pueblo sea el sujeto de la historia, sin falsos redentores que se queden con la plusvalía.

Si un grupo revolucionario no demuestra calidad humana, preparación científica, económica y social, gran dominio de las ciencias políticas, puede cometer errores y horrores al liberar la acción sin la población. Entonces, lo más probable es que venga una dictadura desarrollista: el ascenso al poder de los militares puede ser como en Perú donde los guerrilleros fueron exterminados por los militares que hoy pasan por revolucionarios.

En una palabra, los “tupamaros” han sido brillantes en la táctica, pero han tenido una política menos de masas que la “OPR-33”. El ideal es unir la acción de los “tupamaros” a la política del MIR chileno; esa síntesis pareciera contenerse en el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). En esta hora revolucionaria nadie es infalible: todos los guerrilleros aportan su contribución a una praxiología como ciencia de la acción. Los “tupamaros” enseñan con sus aciertos y errores: magnificar los éxitos y ocultar los fracasos, es propio de dogmáticos, sectarios, no de revolucionarios. Por su práctica creadora, los “tupamaros” han sido la mejor academia revolucionaria del mundo en materia de guerrilla urbana: nadie les puede quitar ese mérito; han enseñado más ellos con su acción que todas las teorías huera perdiéndose en el vacío de la palabra, como una lavadora sin agua. A esta altura de las circunstancias, el ideal revolucionario de una guerrilla debiera ser la táctica de los “tupamaros”, la política de apoyo a masas obreras o populares de la “OPR-33”, la continuidad en la acción creadora del ERP y la política y acción del MIR.

4. LA EXPERIENCIA GUERRILLERA EN BRASIL

Marighella, en sus escritos sobre principios estratégicos, planteaba problemas de gran significación revolucionaria: unos justos; otros, insuficientes; pero él mismo se daba cuenta de esa insuficiencia cuando con gran sinceridad afirmaba:

“El problema más importante de la revolución brasileña es el de su estrategia, y sobre esto, es decir, sobre el sentido en que debe ser encaminada, no existe completo acuerdo entre los revolucionarios”.

Marx en 1853, dirigiéndose a la Liga de los Comunistas Alemanes, luego de la fracasada revolución de 1848 (en Dresde y otras ciudades, donde Bakunín, según Marx, fue el alma de la revolución), expresaba:

“A la concepción crítica, la minoría sustituye una concepción dogmática, a la concepción materialista, una concepción idealista. En lugar de la situación real, es la simple voluntad la que deviene la fuerza motriz de la revolución. Mientras que nosotros decimos a los obreros: Ustedes tienen que atravesar quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y de luchas internacionales, no sólo para cambiar la situación existente, sino para cambiar ustedes mismos y hacerse aptos para tomar el poder político, pero ustedes hacen todo lo contrario: Nos hace falta llegar inmediatamente al poder político, o bien tendremos que echarnos a dormir”.

He ahí expuesta por Marx, en su nota titulada Proceso (1853), lo que podría denominarse “impaciencia histórica”, “voluntarismo revolucionario”, del cual dan prueba muchos latinoamericanos, para los cuales la acción, como tal, tiene el mérito, casi milagroso, de desencadenar un gran proceso revolucionario, en no importa qué país, con tal de ejercerla ciegamente, militarmente, desconociendo que la guerra revolucionaria es la continuación de la política por métodos violentos y que, por tanto, la estrategia debe estar subordinada a la política, o mejor dicho, que la política y la estrategia van juntas en las revoluciones y en las guerras de guerrillas.

Marighella, con las dudas estratégicas que indica y hemos subrayado, las expresa en estos párrafos:

- a) “La ciudad es el área de la lucha complementaria y por eso toda la lucha urbana, provenga del frente guerrillero o del frente de masas, con el respectivo apoyo de la red de sustentación, asume siempre el carácter de lucha táctica”.
- b) “La lucha decisiva es la que se trabaja en el área estratégica, es decir, en el área rural, y no la que se traba en el área táctica, o sea, en la ciudad”.

Hemos indicado que si la civilización es de signo urbano, que si la acumulación y la centralización del capital se hace en grandes ciudades, la maniobra estratégica principal no reside en el campo sino en las ciudades, así como el comienzo de una guerra revolucionaria deberá hacerse en las urbes y no por el campo o las montañas.

Al asignar un carácter táctico a la guerrilla urbana y una significación estratégica a la guerrilla rural, Marighella ha confundido, lamentablemente, táctica con estrategia, tomando lo principal subordinado a lo particular. Es evidente que una guerra campesina, en el mejor de los casos, con un levantamiento colectivo de la población rural, puede ser perdida por los campesinos debido a su localismo, a las pequeñas aldeas, a que están unos separados de otros y, por tanto, pueden ser batidos por separado, uno a uno, pueblo a pueblo, región a región, una tropa después de otra, mientras que los millones de habitantes de Sao Paulo, Río, Belo Horizonte, Porto Alegre, Recife, Bahía, etc., pueden operar al mismo tiempo, concentradamente o no, según convenga a la correspondiente fase de una guerra revolucionaria.

Una fábrica como General Motors Company, con 750.000 obreros y empleados, reúne varios cuerpos de ejército en sí misma; sería por tanto absurdo, irse a comenzar la guerrilla por el campo norteamericano, donde ha quedado el 5 por ciento de la fuerza laboral. Estadísticamente la clase campesina ha quedado reducida a su mínima expresión, cosa que no se daba en China, ni en Rusia, a la hora de la Revolución. Pero de cualquier manera, el terreno por sí mismo, y aun el espacio que es una categoría más estratégica, no determinan por dónde debe comenzarse una guerra revolucionaria, puesto que la topografía es un elemento pasivo, mientras que el hombre, la población, es un mundo activo. Consecuentemente, en cualquier circunstancia de guerra revolucionaria, cuando haya que elegir para comenzar una revolución, entre terreno y población, habrá que decidirse siempre, sin duda alguna, por la población favorable. Todo lo demás, en guerra revolucionaria, es confundir estrategia con táctica, y ese solo error puede conducir a la derrota de la mejor de las guerrillas, con más éxitos tácticos, con más moral, con mejor disciplina. Pues si la población no se liga a la acción desencadenada, toda victoria táctica conduce a una derrota estratégica final, como en el caso del “Che” Guevara en Bolivia. Logísticamente, si su tropa y su equipo militar no eran repuestos, en el mejor de los casos tácticos, este gran

guerrillero tenía que ser derrotado, por haber confundido el aspecto táctico con el estratégico. Si él hubiera operado en los “bosques de cemento” de las ciudades argentinas, en un momento de dictadura militarista, con su gran personalidad hubiera movido a las masas argentinas, hoy conmovidas por un puñado de guerrillas urbanas, que han puesto en un brete al poderoso ejército argentino, usufructuario permanente del poder político, como el ejército del Brasil, donde los pretorianos tienen sus mejores representantes de América Latina.

Lamarca, con su rica experiencia, tanto de guerrilla rural como de guerrilla urbana, decía poco tiempo antes de morir, en agosto de 1971, entre otras cosas, lo siguiente:

“A partir de la concepción de Marighella, surgió la concepción de columna combinada con otras formas de guerrillas en el área estratégica, periferia de ella y en las rutas. Admitimos, además, otras áreas de guerrilla regular, irregular y comandos de sabotaje (periferia de ciudades, subordinadas a éstas). Por lo expuesto anteriormente, consideramos insuficiente esta visión basada en la concepción del carácter nacional de la guerrilla”.

“Colocamos la divergencia con la columna como única fuerza móvil estratégica errante (aunque tenga todas las condiciones militares), ejemplo Bolivia, y con la concepción de columna móvil estratégica, con el fin de crear un área liberada aisladamente (aunque tenga todas las condiciones políticas locales: ejemplo Venezuela y Perú). Consideramos que tales concepciones caracterizan la lucha localizada (concentrada), que posibilita a la clase dominante la toma de medidas políticas para vaciarla, así como una concentración militar que, con el tiempo, será favorable al enemigo”.

Justamente por dejarse seducir por la “lucha localizada”, Carlos Lamarca fue muerto y exterminada su columna en el pueblo de Pintada, municipio de Ipirira, denunciado por población no favorable, cosa que no le hubiera sucedido en Sao Paulo, entre 9 millones de habitantes que, si todos no son favorables, uno puede estar entre ellos como el pez en el agua.

A la luz de los hechos, de la ciencia económica, sociológica e histórica, de la teoría de Marx, es evidente que donde se concentra el capital se centraliza la población, porque estamos en el capitalismo y no en el feudalismo. Si las guerras campesinas contra los feudales no triunfaron, con el 80 al 90 por ciento de la población en el campo, menos triunfarán en la época del capitalismo y de la burguesía como clase dominante, cuyo epicentro de poder está en las ciudades y no en el campo. En el mejor de los casos, el área rural no pasa de ser un complemento de la guerra revolucionaria (el general espacio, que bien conjugado estratégicamente con el general tiempo, puede vencer a un gran ejército en ciudades y campo); pero el área rural es táctica y no estratégica en la época del capitalismo, de acuerdo con el marxismo, con las leyes históricas y la lógica de los hechos. Sin embargo en la Edad Media, el área rural era estratégica y no táctica, incluso lo es todavía en Vietnam, donde el 70 por ciento de la población es rural y donde las fuerzas aéreas de los Estados Unidos impiden la liberación de las ciudades, so pena de exponerlas a su total destrucción; pero tanto Saigón como la última aldea, son combinadas en Vietnam, en forma de guerra rural y urbana. Digamos en definitiva que la guerrilla debe comenzar a operar donde tenga más masa de población que la cubra, disimule y abastezca, y no por donde haya muchos árboles y pocas personas, ya que ahí se pierde, aunque sea el comandante el “Che” Guevara.

A la luz de los hechos, la lucha revolucionaria en Brasil, debe ser precisada en los puntos siguientes:

1. Crítica y autocrítica: no tener miedo de aplicar la dialéctica a todo, incluso a nuestros propios errores; pues en dialéctica no se cree en una verdad eterna, sino que todo está en el devenir dialéctico; si no sabemos por qué hemos perdido una batalla no podremos ganar ninguna en el futuro.
2. Existe un “impasse” en la revolución brasileña, desde el punto de vista político, ideológico y militar. Estos aspectos hasta el presente no han sido armónicos; no se han descubierto realmente las leyes políticas y estratégicas específicas de la revolución brasileña: sin descubrir ese camino claro, ancho, los pretorianos brasileños podrán quedarse mucho tiempo en el poder; por último, cuando se vean debilitados políticamente, como los militares argentinos, pueden ir a elecciones, para evitar una o varias revoluciones.
3. El único medio para destruir a las fuerzas de la burguesía y del imperialismo en Brasil, como en toda América Latina, es la vía revolucionaria; pero la revolución, para ser un gran movimiento de masas, no tiene que subordinarse a viejas ideologías sino crear su propia ideología, su propio programa de liberación, que hable más de lo que una que de lo que separa a las fuerzas de la oposición brasileña.
4. No existe en el Brasil una verdadera vanguardia obrera que, dentro de la dialéctica, de la política, del análisis sociológico y económico marxista, sea capaz de dirigir la revolución popular contra la burguesía y el

imperialismo. En la etapa actual, la vanguardia revolucionaria debe estar integrada por los revolucionarios profesionales, extraídos de no importa qué clase. Marx decía que cuando una clase está llamada al poder y se le pasan miembros de las clases dominantes o dominadas, entonces está madura la revolución. Lenin, Marx, Bakunin, Fidel, El “Che”, no eran obreros sino revolucionarios, es decir, la “chispa” destinada a encender la pradera. Y eso debe ser la vanguardia revolucionaria en Latinoamérica: una minoría activa que haga propaganda por los hechos, por la acción, una minoría que sea capaz de levantar en armas y en lucha política a una mayoría pasiva; todo lo demás es aventurerismo revolucionario y subjetivismo político.

5. Las organizaciones revolucionarias brasileñas se disputan, entre sí, la vanguardia de los grupos armados existentes en Brasil; pero ninguna de ellas tiene una política, una estrategia y una táctica correctas para desencadenar el proceso revolucionario. Por lo tanto, una de esas organizaciones debe intentar una síntesis del proceso revolucionario, unificando el pensamiento y la acción, lo objetivo y lo subjetivo, la práctica y la teoría, la vanguardia armada y el pueblo oprimido, con referencia a los aspectos nacionales de la lucha de liberación del Brasil en vez de ideologías y políticas extranjeras, que pudieron ser muy útiles en otros países pero que no dan resultado en Brasil con una situación distinta objetiva y subjetivamente.
6. El único camino justo para la revolución brasileña es el socialismo, donde no se impone una vanguardia; pero si ésta se forma dentro de la clase obrera, dirigente auténtica del proceso, es la única capaz de conducir la revolución hasta sus últimas consecuencias. Esto es correcto políticamente, pero sólo hacia dentro de los cuadros revolucionarios; no se debe decir nada de socialismo ni de cosas similares hacia afuera. La lucha cobra nivel cuando no se somete a una ideología previa: cuando se enmarca en los aspectos concretos nacionales. Si Fidel hubiera dicho en Sierra Maestra que iba al socialismo, habría perdido la guerra. El socialismo será consecuencia de la victoria popular; no puede ser de otra manera; pero no hay que ponerlo de bandera en la lucha contra el imperialismo y las burguesías nacionales. Hay que hablar de cosas concretas: mover a la población por medio de las acciones de la vanguardia revolucionaria-obrera o estudiantil, no importa por quién sea, pero sin llenarse la boca de socialismo, sino más bien de nacionalismo.
7. Es necesario buscar una nueva orientación estratégica, después de una verdadera autocrítica, encontrando formas y métodos más adecuados para su encuadramiento práctico, adquiriendo nuevos datos teóricos que enriquezcan la teoría revolucionaria operacional, no siempre en el limbo de la improvisación, confundiendo táctica con estrategia.
8. Durante tres años de tentativas revolucionarias, de guerrillas rurales y urbanas, no se consiguió sacar al pueblo brasileño de una expectativa simpática, cuando lo fue, a fin de obtener un mayor apoyo de masas populares a la causa de la revolución brasileña. Efectivamente, aquí ha fallado la política y la estrategia por parte de los grupos revolucionarios, ya que la burguesía armada ha seguido oprimiendo y explotando al pueblo con más rigor. En las acciones revolucionarias no se debe uno separar de las masas: hay que seguirlas en su interés para despertar el entusiasmo revolucionario en ellas. Por tanto, las acciones deben actuar contra la burguesía (patronal), el Ejército (burguesía armada) y el imperialismo, para hacer respetar a los obreros ante sus explotadores de dentro y de fuera. Toda la estrategia debe concretarse en esto: dar cobertura a todos los movimientos de masas: estudiantes, obreros en huelga, campesinos hambreados y trashumantes que ocupen tierras, y bajo clero que se opone a la dictadura y está con el pueblo. En este caso, para lanzar a la Iglesia fuera de sus tímidos obispos, hay que tomar en secuestro a personajes de gran valor y significación en el régimen pretoriano, cambiándolos por curas tercermundistas presos. Eso le da a la lucha un carácter amplio, sin necesidad de llenarse la boca con socialismo ni marxismo-leninismo; eso hay que aplicarlo como doctrina y no decirlo permanentemente.
9. La contradicción principal, y la más revolucionaria, está entre el capital y el trabajo; pero en este momento la más importante es la que existe entre la dictadura pretoriana y el imperialismo, por un lado, y el pueblo brasileño por el otro. Este punto constituye la clave de toda la política y la estrategia para el triunfo en una guerra de liberación nacional.
10. Hay necesidad de formar, dentro de la nueva izquierda revolucionaria, la conciencia de que solamente mediante cuadros ideológica, política y militarmente capaces, es posible modificar a nuestro favor el nivel de la lucha en Brasil. Resuelto este punto, todos los demás es fácil resolverlos.
11. La prioridad de nuestro trabajo político, incluso por acciones armadas, en cuanto a la divulgación de nuestros

ideales, debe ser la preocupación principal. En los medios obreros, las ideas socialistas deben ser divulgadas; pero en el aspecto nacional hay que nacionalizar la lucha. Marx dijo que en una revolución siempre triunfan los revolucionarios que saben plantear mejor la cuestión nacional.

12. Todas las formas de lucha, armada o no, son válidas desde que en el espacio, en el tiempo y en la oportunidad tengan “ocasión histórica”, o la creen poco a poco, para que la acción de lo particular (la guerrilla) cree la rebelión general (el pueblo en armas).

Si los amigos brasileños aplican correctamente estas conclusiones, no habrán muerto en balde Marighella, Lamarca y otros grandes revolucionarios. Para nacer la revolución es necesario tener una “praxis” coherente: unidad del pensamiento y la acción, en el sentido de la dialéctica marxista. Pues el propio Marx decía: mi teoría no es más que para ser aplicada a una situación concreta, no para ser repetida.

La escasa participación de la clase obrera y campesina en la guerrilla brasileña, como en otros países, demuestra que los revolucionarios tratan de “acelerar el tiempo histórico” para hacer la revolución latinoamericana; pero con un programa político y social muy difuso, sectario, dogmático, que no une a varias columnas de guerrilla actuando en un mismo país.

La acción no debe ir directamente (sin haber conmocionado y movilizado a la población sobre todo a obreros y campesinos) al encuentro militar con tropas represivas muy superiores en número y potencia de fuego.

Al desencadenar acciones guerrilleras, sin contar con una gran cobertura política de población movilizada por hechos políticos y sociales producidos por la guerrilla, se va al combate en condiciones tácticas desfavorables, perdiendo así buena parte o la totalidad de las fuerzas insurgentes. Una vez que se llenan las comisarias y los cuarteles, bajo un régimen de estado de guerra, sin respeto por el “hábeas corpus” o a los derechos más elementales de la persona, cuando se aplican torturas y drogas para obtener información de los detenidos, llega el punto crítico, el fracaso de una guerrilla no implantada en la población. Las torturas y el pentotal se encargan de aniquilar a una guerrilla que no tenga tras de sí gran masa de población. En Brasil, la policía política (DOPS) y el servicio de información militar han obtenido, gracias a las torturas y las drogas, la suficiente información para destruir a la guerrilla: el 90 por ciento de los guerrilleros detenidos lo fue por delación de sus propios compañeros arrestados y torturados, 5 por ciento cayeron al azar y 5 por ciento en trampas tendidas por los servicios policiales o represivos.

Con cerca de 12.000 presos políticos en manos de la DOPS, sin que rija el más mínimo derecho para la persona humana, ni siquiera para sacerdotes sospechosos de ayudar a guerrilleros, una revolución brasileña no puede triunfar contra la dictadura pretoriana, si la guerrilla, como minoría armada, no consigue poner en movimiento político a la mayoría de la población, a fin de que si son detenidos cien revolucionarios vengan mil a ocupar sus puestos, como sucede en Vietnam y ha sucedido en todas las guerras revolucionarias triunfantes.

El pueblo es una masa enorme e informe: hay que meterse dentro de ella con la guerrilla para ponerla en movimiento, para que deje de ser pasiva bajo una dictadura. El pueblo, sin dirigentes heroicos e inteligentes, si se le reprime no se defiende, a menos que sea arrastrado o movilizado por una vanguardia revolucionaria (guerrilla implantada en la población, antes de ir a buscar el combate con el ejército y la policía).

Para saber hacer la historia, produciendo una revolución, hay que conocer la lógica de los hechos, las leyes históricas, sociológicas y económicas, la estrategia, la dialéctica (a fin de descubrir las contradicciones principales y subordinadas) y la técnica de movilización de las masas, aprovechando un momento histórico favorable: guerras, crisis económicas, huelgas generalizadas, dictaduras insoportables, corrupción y descomposición del antiguo régimen, etcétera.

En América Latina ninguna guerrilla puede llegar al poder, destruyendo al viejo régimen, si no forma y moviliza un frente de clases oprimidas, dirigido contra las clases opresoras y el imperialismo, buscando una salida coherente, sin dictaduras ni totalitarismo, a la crisis estructural que sufren los países latinoamericanos. Y decimos un frente de clases, porque en países subdesarrollados la clase obrera por sí sola no puede hacer la revolución ni tampoco, aisladamente, la numerosa clase campesina, sino los obreros y los campesinos unidos a las clases medias económicamente débiles, a los estudiantes, los intelectuales revolucionarios, el clero y los católicos desaburguesados y a todos los que quieran una revolución social profunda, auténticamente democrática, en que el pueblo sea el sujeto de la historia. Las mejores condiciones para el triunfo de una guerra revolucionaria son las que parten de un desafío a una tiranía impuesta por las bayonetas; pero eso no basta para merecer la victoria si la guerrilla (una minoría armada) no sabe poner en movimiento insurgente a la mayoría de la población desarmada, reprimida y explotada.

5. ESTRATEGIA ESPECIFICA DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA EN BRASIL

Una revolución no se produce por el deseo subjetivo de una minoría armada, actuando sin condiciones objetivas, económicas, sociales, históricas y psicológicas, favorables a la generalizada insurrección de las masas populares. Las ideologías sectarias, la alienación en doctrinas o ideas, no producen las revoluciones, sino las crisis económicas (fuerzas productivas detenidas o desutilizadas), la estructura de la propiedad feudal impidiendo el ascenso del campesino a la tierra, la propiedad industrial, comercial y financiera (en base a monopolios sometiendo el interés general al particular de unas cuantas familias plutocráticas), el atraso económico, cultural y tecnológico de un país debido a la dictadura económica de sus clases parasitarias, el desmedido crecimiento de la población en relación con la producción agrícola e industrial, el creciente antagonismo entre ricos y pobres, obreros y empresarios, campesinos y terratenientes, la aguda lucha entre un país neocolonial y el imperialismo económico opresor y explotador de toda una nación.

Todas estas contradicciones se dan, actualmente, en América Latina y, en particular, en Brasil. Pues el decantado aumento del producto nacional bruto (PNB) de más del 9 por ciento y el 13 por ciento en la producción industrial, respectivamente, para 1971 y 1972, no constituye realmente un desarrollo positivo de las fuerzas productivas, lo que estaría en contra de condiciones objetivas revolucionarias. La verdad es que el crecimiento económico de Brasil, en 1972 respecto de 1964, bajo la dictadura pretoriana, se consigue con el hambreamiento de más del 80 por ciento de la población brasileña, que recibe un ingreso inferior al de 1963, época en que los sindicatos podían modificar el reparto del ingreso por medio del derecho de huelga. Otra gran parte del aumento del PNB de Brasil está constituida por aporte de capitales extranjeros, que están colonizando pacíficamente la economía brasileña con la garantía de los pretorianos totalitarios, que suben los precios y bajan los salarios para aumentar así la tasa de acumulación reduciendo el consumo de la población hambreada, a fin de exportar el hambre del pueblo brasileño. Hay expansión económica en Brasil pero a base de apretarse el cinturón los pobres y de soltárselo los ricos. Ello crea, dialécticamente, condiciones revolucionarias, a pesar de incrementarse el PNB 9 por ciento, la producción industrial 13.2 por ciento durante los primeros meses de 1972, según el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística.

Los principios generales de la estrategia son conocidos por el estudio de la historia militar y los libros especializados en la materia, pero su aplicación particular, en cada país o guerra, cambia fundamentalmente. Por ejemplo, un país con poco espacio y población no podrá ser nunca un factor tan determinante de la historia como una potencia industrializada, con mucho espacio y población, como Estados Unidos. Sin embargo, la estrategia brillante debe demostrar que, en determinadas condiciones políticas, sociales e internacionales, un pequeño país subdesarrollado, si aplica correctamente los principios estratégicos de la guerra revolucionaria, puede defender su soberanía e independencia, cediendo espacio y prolongando la guerra en el tiempo, ganando más y más población favorable, a la par que una gran potencia puede perder la guerra en su retaguardia, si las fuerzas morales y políticas de la nación no son favorables a la empresa imperialista. Tal ha sido el caso de la isla de Chipre y Gran Bretaña (1954-59) y de Vietnam y Estados Unidos (durante más de una década). Así pues, no necesariamente gana la guerra una gran potencia contra un pequeño país, si la debilidad militar opone a la superioridad de una gran potencia la estrategia del pueblo en armas. Si el débil siempre es fuerte en el lugar elegido y durante un tiempo breve, aunque en lo general fuera mil veces menor en número y potencia de fuego, puede triunfar el enano contra el gigante, siempre que emplee la estrategia del mosquito contra el elefante. En suma: la victoria consiste en concentrar la fuerza débil no donde el enemigo es fuerte sino donde es más débil que la guerrilla, para tener superioridad de número y de fuego, eligiendo el terreno, el momento más oportuno y actuando por sorpresa.

En el caso del Brasil, en una guerra revolucionaria, sus comandantes deben, antes de comenzarla, estar instruidos en sus principios específicos tanto como en los principios generales de la estrategia:

1. Hay que tener un plan general de la campaña a fin de que cada objetivo inicial esté en la perspectiva de la meta final, de modo que los primeros combates ya cuenten en la última batalla.
2. Hay que ser fuerte con la guerrilla, donde el enemigo sea más débil, donde no pueda emplear todas sus armas y fuerzas, rehuyendo el combate en campo abierto, prefiriendo la ciudad populosa al campo raso o sin recursos logísticos.
3. Hay que atacar siempre, nunca defenderse, pues en la guerra revolucionaria combatir es producir armamentos,

municiones y recursos, obtenidos del enemigo como botín.

4. Hay que atacar siempre en la línea de menor resistencia y en forma inesperada para el adversario, empleando superioridad de número y fuego aplastantes, que permitan el cerco del enemigo, para abastecerse a sus expensas.

5. Nunca debe repetirse una forma de combate si ha fracasado; repetir una táctica mala es no aprender el error, la mejor escuela de la guerra. Quien no aprende de sus propios errores y estimula los del enemigo, no merecerá la victoria.

6. Hay que dejar a los comandantes de guerrilla bastante autodeterminación, para que se adapten a su mejor situación táctica; pero deben tener unidad de doctrina política, estratégica y filosófica, para evitar la división política, el culto de la personalidad, los “señores de la guerra”.

7. Hay que resumir todos los principios de la guerra en uno solo: hacer todo lo contrario que haga el enemigo, particularmente cuando se es muy débil y el adversario muy fuerte.

8. Hay que hacer rotar a los comandantes en el mando de operaciones que dan mucho prestigio, para evitar la creación de mitos, héroes o dirigentes providenciales, a fin de afirmar la autogestión y no el poder personal, para abrir el camino que conduce a la democracia directa.

Algunas de estas consideraciones deben ser tenidas en cuenta antes de iniciar una guerra popular contra una tiranía, no sea que al derrocarla se cree otra con distinto nombre pero con igual contenido de opresión y explotación sobre el pueblo trabajador.

Tomados en consideración los principios generales enunciados, la guerra revolucionaria sólo cambia específicamente, de país a país, en razón de desarrollos desiguales económicos, políticos, sociales, culturales, tecnológicos, geoestratégicos y demográficos, que deben ser conocidos por el pensamiento revolucionario antes de pasar, ciegamente, a la acción.

En un país donde haya una dictadura férrea, ejercida por un grupo pretoriano que niegue un “estatus” político a la burguesía democrática, que use de las torturas, del monopolio de la información, que se apoye en la corrupción, que sea represiva y criminal, que gobierne contra el interés nacional y a favor del imperialismo, hay todas las condiciones objetivas y subjetivas para llevar adelante una revolución democrática a partir de la acción de una minoría armada, que hace propaganda con los hechos para ir ganando el apoyo político total de la población oprimida y explotada. Pero para movilizar a todo un pueblo en armas, la minoría armada tiene que actuar en interés de la mayoría de la población desarmada. Si no, la guerrilla no pasará de pequeñas acciones entre guerrilla rebelde y ejército represivo, sin llegar a derrocar una tiranía ni vencer a un ejército cipayo mientras la revolución no sea nacionalizada, desideologizada de doctrinas importadas.

Brasil, después del “golpe de Estado” pretoriano de 1964, ha presentado situaciones revolucionarias óptimas, pero ningún grupo político armado ha sido capaz de concentrar o movilizar las fuerzas opositoras contra la dictadura militar.

La Iglesia brasileña ha sufrido graves persecuciones: muchos sacerdotes, monjas y jerarquías eclesíásticas han sido pasibles de encarcelamientos y torturas. Desde 1966 a 1971, más de una veintena de monjas y sacerdotes fueron arrestados bajo acusación de connivencia con guerrilleros o de hacer oposición al gobierno, siendo sometidos ante tribunales militares. El arzobispo de Sao Paulo, el 6 de febrero de 1971, pedía la libertad del padre Giulio Vicini y de la trabajadora social y secretaria[^] de la iglesia, Yara Spadini, denunciando que ambos habían sido torturados ignominiosamente por la policía. En octubre de 1970, Paulo VI se interesó por el encarcelamiento en Brasil de siete sacerdotes dominicos entre los cuales estaba el padre Maia Leite; fueron separados y enviados a cárceles diferentes, negando a sus abogados permiso para visitarlos. En noviembre de 1970, tres de los cuatro sacerdotes de la Juventud Obrera Católica fueron detenidos, así como varios militantes laicos de esa organización; entre esos sacerdotes estaba el padre Arnaldo Alberto Werlang, acusado de actividades contra la seguridad nacional e internado en el primer batallón de infantería blindada. El cardenal holandés Bernard Alfrik declaró, el 20 de octubre en Amsterdam, que varios sacerdotes brasileños estaban confinados en una ex cárcel de esclavos, acusados de izquierdistas, sometidos a un régimen inhumano, mostrando un “estado andrajoso pero indómito”. También el 19 de octubre de 1970, la Conferencia Nacional de Obispos Brasileños denunció la precaria “coexistencia entre el Estado y la Iglesia” y “las restricciones a la libertad humana y la libertad de la Iglesia que no podían ser admitidas, ni se puede admitir que sea impedida la acción de la Iglesia, su imagen desfigurada, sus doctrinas humilladas, sus pastores difamadas y perseguidos”.

Un grupo de guerrilla brasileña que hubiera tomado la defensa de los sacerdotes, monjas y jerarquías eclesiásticas, para nuclear hacia la revolución nacional a la Iglesia y a sus feligreses, debía haber arrestado a militares de alta graduación para canjearlos por curas detenidos, a fin de que la grey católica se pasara a las filas revolucionarias, no dejándola desamparada como a los cristianos primitivos ante los pretorianos romanos, reencarnados ahora en los militares brasileños.

Cuando Kubitschek fue detenido, una guerrilla que sabe aprovechar esa coyuntura política debe detener, a su vez, a altos militares del régimen ofreciendo la libertad de éstos contra la de aquél, para polarizar hacia la revolución las fuerzas de la burguesía democrática. Igualmente, una guerrilla al ser echados de sus puestos gobernadores, senadores y diputados por los militares gobernantes, debe apoderarse de pretorianos para ponerlos en libertad contra la publicación de un manifiesto por las libertades democráticas, la convocatoria a elecciones libres, la legalidad de los partidos políticos y de los sindicatos y por el fin de la dictadura. Sólo así la acción guerrillera de una minoría conduce a movilizar las grandes mayorías, a derrocar una dictadura representando el interés nacional y el de las clases oprimidas.

Es público y notorio que el “Escuadrón de la Muerte”, desde que lo fundó en 1958 el general Amaury Kruel haciendo honor a la crueldad, ha asesinado a más de mil quinientas personas hasta 1971. El ministro de Justicia, Helio Bicudo, había encausado a varios policías pertenecientes a los “justicieros invisibles”, pero no dio sus nombres; este expediente se estanca antes de llegar ante un tribunal, como sucede cuando se quiere aclarar quién es de la CÍA o víctima de ella. Una guerrilla bien orientada políticamente debía tener como objetivo supremo la detención de miembros del “Escuadrón de la Muerte” o la del ministro Bicudo, para que revelara los nombres de los asesinos, haciendo así una gran campaña de desprestigio nacional e internacional del gobierno pretoriano que creó el “Escuadrón de la Muerte” cuando el general Kruel era prefecto de Río de Janeiro, en 1958, anticipándose a la dictadura pretoriana instaurada en 1964.

En el noroeste brasileño, el 21 de mayo de 1970 y el 20 de abril de 1972, campesinos hambreados, que abandonan sus tierras por causa de la sequía, asaltan trenes y camiones de comestibles; nadie canaliza esas revueltas como guerrillas rurales en conexión con guerrillas urbanas dirigidas contra la dictadura pretoriana. Es ahí donde una guerrilla bien orientada política y estratégicamente debe ponerse a la vanguardia de la rebelión de los “flagelados”: distribuir, entre ellos, ropas y comida, imponer multas a los grandes terratenientes y plutócratas de la zona como pago de rescate, y ayudar con ello a los hambreados. Es así como la guerra revolucionaria toma cuerpo de masas, como se implanta en la población, lo que una vez conseguido derrota a los más grandes ejércitos regulares y represivos pues entre la población y la fuerza bruta, siempre gana quien cuenta con el apoyo popular.

Se considera que de unas 600 empresas brasileñas, con más de un millón de dólares cada una, un 30 por ciento pertenece a capitales extranjeros controlando sectores claves de la economía nacional. La ALCOA está en el aluminio. En la energía hay tres grandes compañías con participación extranjera: Brazilian Traction Company, Rio Light y Sao Paulo Light. En la industria siderúrgica operan MANESMAN, con 30 por ciento de capital alemán, Belgo-Mineral, Siderúrgica-Belgo Minera, Anhanguera Steel Mili (subsidiaria de la SKF sueca). En la industria automotriz se han establecido fuertemente Ford, General Motors, FMN, DKW, Willys-Overland, Volkswagen, Scania-Vabis, Simca, Mercedes-Benz, Toyota. En los bancos imperan las cadenas de bancas norteamericanas y europeas. En general, los puestos claves de la industria son controlados por el capital extranjero.

A pesar de esta presencia total del imperialismo económico en Brasil, país neocolonial, de que las masas populares del Noroeste sufren el flagelo del hambre, de que hay muchos millones de desocupados en el campo y la ciudad, de que se hacen “minidevaluaciones” del cruzeiro para entregar más cruzeiros por igual o menor cantidad de dólares exportados a la oligarquía cafetera y a la plutocracia industrial, de que baja el nivel de vida popular, de que están abolidos los derechos y libertades fundamentales de la persona humana, de que los partidos políticos democráticos han sido abolidos, de que los estudiantes están en rebeldía, de que la Iglesia no apoya al Estado pretoriano, a pesar de todo eso, la guerrilla no ha sabido movilizar a la población brasileña hacia la revolución libertadora contra el imperialismo. ¿Por qué este fracaso de la guerrilla? Porque no ha sabido tomar la crisis como su mejor aliado y nacionalizar la revolución.

El punto débil de la dictadura brasileña es el costo de su crecimiento económico. Su nivel del 11 por ciento en 1971 no está determinado por fuentes de acumulación de capital nacional, pues la tasa de inversión y de ahorro, respectivamente, fue del 16.8 por ciento y el 15.5 por ciento durante el período de 1967-70, teniendo que contribuir el ahorro extranjero con un 8 por ciento y la baja de los salarios con más de un 20 por ciento a la actual expansión del 11 por ciento. Consecuentemente, una política revolucionaria que lance a los obreros a reconquistar su nivel de vida

perdido, apoyados por una guerrilla, constituiría un objetivo estratégico básico. Si los comandantes guerrilleros no comprenden que la crisis económica es su mejor aliado, si no saben profundizarla hasta convertirla en crisis social y política, confunden táctica con estrategia.

En consecuencia, serán aislados, como lo han sido los guerrilleros guatemaltecos, venezolanos, colombianos, bolivianos, peruanos, argentinos y otros, por ser exclusivamente militaristas, creyendo que a partir de la acción se produce por generación espontánea la revolución. Es cierto que sin acción no hay revolución. Pero ni una ni otra son exitosas donde la acción es mal aplicada estratégicamente y tácticamente, donde no tienen condiciones políticas y sociales favorables: crisis económicas profundas y sin salida; guerras largas y sin perspectiva de victoria; dictaduras personales odiadas por todo un pueblo, sin distinción de clases; invasión de un territorio nacional por fuerzas reaccionarias; huelgas generalizadas o revolucionarias; regímenes políticos corrompidos, satélites del imperialismo, utilizando la economía de una nación en beneficio exclusivo de la oligarquía; golpes de Estado reaccionarios contra el libre juego de la democracia representativa y triunfante en elecciones libres y limpias; gobiernos pretorianos aislados del pueblo trabajador y de una buena parte de la burguesía democrática; huelgas obreras y estudiantiles conjuntas, contra dictaduras personales, que pueden derivar en guerra revolucionaria generalizada, si los obreros y los estudiantes cuentan con una guerrilla profundizando la lucha de clases y por la democracia hasta sus últimas consecuencias; levantamientos campesinos “flagelados” por el hambre, como en el noroeste del Brasil, donde una profunda crisis regional puede crear una revolución nacional, combinando la guerrilla rural y la guerrilla urbana; huelgas de transporte ferroviario, subterráneo metropolitano y red de transporte de una gigantesca área urbana, que en condiciones políticas favorables a una revolución puede convertir una huelga en una guerra civil o revolución nacional. En fin, para no caer en el subjetivismo insurrecto, en el guerrillerismo voluntarista que conduce a la guatemalización y no a la revolución social, hay que saber aplicar la acción en razón de los deseos, intereses, aspiraciones y movimientos de las masas populares, en condiciones históricas apropiadas.

Brasil presenta condiciones objetivas revolucionarias como casi todos los países latinoamericanos, pero las condiciones subjetivas son limitadas, mientras los guerrilleros se empeñen en adaptar las revoluciones nacionales a dogmas rígidos de ideologías importadas. Para hacer una revolución triunfante no basta con tener armas y guerrilleros sino más bien un conocimiento claro del programa de liberación nacional, en base a un frente de clases (al menos 80 por ciento de la población) contra una minoría opresora, explotadora, entregadora del país al imperialismo. Además de todo eso, antes de desencadenar la acción insurrecta, hay que descubrir las leyes específicas nacionales de la estrategia de la guerra revolucionaria y no ignorar las leyes generales de la estrategia, válidas por encima del tiempo y del espacio; ambas leyes, específicas y generales de la estrategia, deben ser combinadas para vencer en una revolución.

Mientras los pretorianos brasileños mantengan, apretando el tornillo de la represión contra los obreros y campesinos, un crecimiento económico del 11 por ciento, en 1971, las fuerzas productivas se desarrollarán dos o tres veces más rápidamente que durante el régimen derrocado en 1964, lo cual justificaría, histórica y económicamente el “Estado novo”, por más totalitario o fascista que este es o fuere. En consecuencia, una guerrilla revolucionaria brasileña debe dinamizar la lucha sindical por la recuperación del 20 por ciento de nivel de vida perdido por los obreros bajo el gobierno pretoriano; debe movilizar a la clase obrera, para que ella no pague los costos del crecimiento económico del 11 por ciento, a fin de que estalle una crisis económica y se cree con ello condiciones objetivas y subjetivas revolucionarias.

Las acciones guerrilleras en Brasil para poder aislar políticamente a los pretorianos que ejercen la dictadura, deberían haber logrado el objetivo de la liberación de prisioneros, pero al mismo tiempo no se debían haber olvidado conseguir un objetivo político general: denunciar el hecho de que más de medio millón de mujeres han sido esterilizadas en Brasil por la Sociedad del Bienestar Familiar, que ligada a los malthusianos imperialistas como Mc Namara privan a los pobres de la maternidad para que la población no crezca y los ricos sigan con sus latifundios y sus monopolios industriales, opuestos a una economía de abundancia, donde no haya problemas de población excedente.

En septiembre de 1969, el gobierno pretoriano aceptó la liberación de 15 revolucionarios y la publicación de un manifiesto de la guerrilla como contrapartida del embajador norteamericano en Brasil, Charles Burke Ebrick, el manifiesto guerrillero publicado en los diarios decía:

“Este acto (el secuestro del embajador norteamericano se añade a los innumerables actos revolucionarios ya realizados... (En realidad el secuestro del embajador no era más que un acto de la guerra revolucionaria que progresa día a día y que alcanzará este año su etapa de guerra rural...) (Con ello, nosotros mostramos que es posible vencer a la

dictadura y la explotación...) Burke Ebrick representa en este país los intereses del capitalismo aliado a los grandes patronos, propietarios de terrenos, grandes bancos nacionales, en fin, el régimen de opresión y explotación”.

Más que esta proclama ideológica, la guerrilla debiera haber obligado al régimen pretoriano a publicar, en primera página de los diarios, la corrupción y la entrega al imperialismo en la forma siguiente:

“Denunciamos ante la opinión pública del Brasil a los sirvientes del imperialismo, a los entreguistas de la soberanía nacional, opresores del pueblo y beneficiarios de la dictadura: al general Golbey de Couto, jefe del Servicio Nacional de Información (SNI) bajo el gobierno de Humberto Castello Branco, como presidente de la filial brasileña de la Dow Chemical; al general. Además de Queiroz, ex ministro del Ejército de Castello Branco, como presidente de la subsidiaria brasileña de ALCOA (trust yanqui del aluminio); a Paulo Egidio, ex ministro de Industria y Comercio, como presidente de la unión Carbide y Carbón de Brasil; a Vasco Leitao de Cunha, canciller de Castello Branco, como presidente de la Standard Electric brasileña; a Octavio Gouveia de Bulhões, ministro de Hacienda de Castello Branco, como presidente de la Mercedes Benz brasileña; a Edmundo Macedo Soares, ministro de Industria y Comercio de da Costa Silva, como presidente del Banco Mercantil de Sao Paulo; al general Antonio Carlos Murici, ex jefe del Estado Mayor, como presidente de Docas de Bahía (firma francesa); a Luis Gonzaga Nascimento Silva, ex ministro del Trabajo, como director de la Fábrica Nacional de Motores (firma italiana); a Roberto Olivera Campos, ministro de Planteamiento de Castello Branco, como director del grupo financiero internacional INVESBANCO, a Helio Beltrao, ministro de Planeamiento de da Costa Silva, como presidente de Cobrapat (holding internacional); al general Alfonso Albuquerque Lima, ex ministro del Interior, presidente del grupo económico, Ducal”.

Esta proclama, si no era publicada por la prensa se podía demorar la liberación de Burke Ebrick hasta que apareciera en las columnas de los diarios brasileños, para ir ganando población favorable, al denunciar la corrupción. Por otra parte, en el caso del general Golbey da Couto e Silva, se debería haber agregado un párrafo importante sobre él, ya que es el autor de la tesis estratégica y política de la “com-pie mentación de Brasil y Estados Unidos para el mantenimiento de la paz y la seguridad en América Latina y, en particular, en el Cono Sudamericano, bajo el principio de las fronteras ideológicas y no de las geográficas”, en virtud de lo cual, Brasil aparece como el gendarme, el perro dogo del Pentágono. Al poner de manifiesto la estrategia subim-perialista de los pretorianos brasileños se alerta a los ejércitos y a los pueblos latinoamericanos, para que se vayan preparando a luchar en el mismo frente que los guerrilleros brasileños contra los pretorianos de Itamarati.

Una guerrilla, que es una minoría armada, debe ganar población con sus actos y su propaganda bien dirigida. No hay que concretarse a cambiar embajadores o cónsules extranjeros contra guerrilleros detenidos, sino a levantar a toda la población contra un gobierno odiado. Sólo así con la acción se va ganando población: entonces la guerrilla se hace grande y el ejército que la reprime se convierte en chico: pues si uno crece, el otro decrece, como sucede con los dos polos de una contradicción vital, dialéctica, concreta.

Cuando en marzo de 1970 fue arrestado el cónsul general del Japón en Sao Paulo, se elegía como en caso de Burke Ebrick a diplomáticos de potencias fuertemente inversoras de capital en Brasil, a fin de que el gobierno tuviera que transar con lo exigido por los revolucionarios, so pena de verse recriminado por los gobiernos de Estados Unidos, Suiza y Japón. La dictadura militar transó en lo pedido por los guerrilleros brasileños, pero éstos no supieron pedir políticamente lo que diera mucha ganancia de población a la guerrilla. Contra el cónsul general de Japón señor Okuchi, se exigió por la Vanguardia Popular Revolucionaria (VPR) la contrapartida de cinco presos liberados; es cierto que hay que pedir lo que no se pueda negar a fin de no tener que matar a un rehén, cosa deplorable que hace perder mas que ganar población. Pero en el caso del cónsul japonés de Sao Paulo, como en otros casos similares la guerrilla brasileña debió solicitar, no sólo cinco presos de izquierda o guerrilleros, sino la liberación de curas, monjas y políticos democráticos que puedan estar arrestados, a fin de conseguir, con ello, nacionalizar la revolución para crear un frente unido de liberación contra la dictadura pretoriana.

6. HACIA UN FRENTE AMPLIO PERO REVOLUCIONARIO

La revolución en un país o en una región sólo se puede producir, histórica y políticamente, cuando la clase dominante está desprestigiada, como responsable de las guerras, las crisis económicas y sociales permanentes, la inmoralidad, la especulación desmedida contra los productores y los consumidores, encarnando así todos los crímenes, miserias, desgracias y frustraciones de las clases populares. Sólo entonces, una clase mayoritaria, heroica, con conciencia de su misión histórica emancipadora, que represente al mismo tiempo el interés general de la sociedad, el de las demás clases oprimidas contra la clase opresora, puede conducir victoriosamente una revolución social hasta sus últimas consecuencias políticas, económicas y sociales, cambiando de raíz todas las cosas anacrónicas, todas las estructuras envejecidas: el antiguo régimen, la sociedad y el Estado, las relaciones sociales y de propiedad antagónicas.

Por más grande que sea una clase numéricamente, si no representa el interés general de la sociedad no triunfará nunca, no hará jamás una revolución social victoriosa. Sin pretender disminuir a los campesinos como fuerza revolucionaria, subrayamos, una vez más, que en la Edad Media el Renacimiento y la reforma, cuando eran la gran masa de la sociedad, debido a su dispersión aldeana, nunca pudieron vencer a los ejércitos de los señores de los castillos, ni después a los de la burguesía concentrada en las ciudades. Si cuando los campesinos eran el 80 al 90 por ciento de la población perdieron las guerras revolucionarias, sería absurdo en nuestra época de concentración de las poblaciones en grandes urbes, comenzar una revolución teniendo su frente principal y su estrategia en pequeñas aldeas y en montañas, donde no hay ningún recurso logístico para hacer la guerra moderna, cuyas armas, municiones y abastecimientos paramilitares se producen en las ciudades industriales.

Para liberar un país de una dictadura pretoriana, es necesario aislar a los enemigos del pueblo y enfrentarlos, decididamente, con un amplio frente de liberación nacional. La acción contra la tiranía debe ser desencadenada por una minoría activa, pero en función de la inmensa mayoría del pueblo sufrido, hambreado y oprimido, que busca su liberación inmediata.

En la situación actual de Brasil, la contradicción social y política esencial es entre capital y trabajo; pero inmediatamente, el antagonismo más tenso e intenso, política y revolucionariamente, es entre el pueblo brasileño, por un lado, y la dictadura y el imperialismo, por el otro. Hay pues, que resolver este antagonismo para dar solución a la contradicción esencial, como consecuencia de que la lucha por la liberación irá dando contenido social revolucionario a la acción de las masas insurgentes.

La contradicción principal entre el pueblo brasileño por una parte y el imperialismo y la dictadura por la otra, debe ser polarizada en la forma siguiente.

Del lado del pueblo debe agruparse el partido del descontento integrado en un gran frente nacional de liberación, constituido por los siguientes sectores:

- 1. La clase obrera:** que lucha por sus libertades sindicales, derecho de huelga, un nivel de vida digno y por liberarse de la dictadura de los monopolios de capital nacional y extranjero.
- 2. Los campesinos:** que luchan por su derecho a la tierra, monopolizada por la oligarquía terrateniente que el 1.6 por ciento de población controlando el 50 por ciento de la tierra cultivable del Brasil.
- 3. La clase media económicamente débil:** que oscila entre los de arriba y los de abajo, pero que es más de abajo que de arriba, con la crisis del costo de la vida, planificada con las devaluaciones monetarias y la inflación sistemática de la dictadura pretoriana.
- 4. Una parte de la burguesía nacional chica y mediana:** que aspira a sobrevivir frente a la competencia extranjera, monopolizadora del mercado interno con sus inversiones de capital.
- 5. La Iglesia no comprometida con la dictadura:** que lucha por la libertad, la democracia, las reformas progresivas, la soberanía y la independencia económica nacional.
- 6. Los estudiantes:** que luchan contra el imperialismo y la dictadura pero que son perseguidos sistemáticamente, ocupadas sus universidades y escuelas manu militari.

7. Los intelectuales democráticos: luchan por los derechos y libertades, la libertad de prensa, de palabras, manifestación y reunión, la abolición de la ley fascista de seguridad nacional, la amnistía para todos los brasileños perseguidos, exiliados y encarcelados, el derecho de huelga, la devolución de sus derechos políticos que les han sido conculcados, la convocatoria a elecciones libres sin restricción alguna, la legalización de todos los partidos políticos sin limitaciones, la constitución de un gobierno del pueblo y por el pueblo.

Un movimiento de liberación, constituido por las víctimas de la dictadura pretoriana, debe representar a toda la población brasileña oprimida y explotada: campesinos pobres y masas del noroeste (50 por ciento de los asalariados, pero que sólo reciben el 15 por ciento del ingreso salarial), los obreros (30 por ciento del salariado percibiendo el 23 por ciento del ingreso) y la clase media no independiente (15 por ciento del sector salarial recibiendo el 22 por ciento del ingreso. Este frente amplio revolucionario debe aislar, en el otro polo de la contradicción principal, al 5 por ciento de la población oligárquica que se queda con el 40 por ciento del producto nacional bruto del Brasil, contra un 20 por ciento en Estados Unidos y un 18 por ciento en Inglaterra.

Del lado del imperialismo y la dictadura deben quedar del pueblo los siguientes sectores:

1. La oligarquía terrateniente: hay 32.000 haciendas que poseen el 50.8 por ciento de la tierra cultivable; el latifundio frena la expansión de la producción agropecuaria, limita el mercado interno y no industrializa el país; es un atentado al progreso, a la dignidad humana y al aumento de la productividad; los terratenientes no dejan salir al Brasil de una larga Edad Media.

2. Los tecnócratas y altos burócratas: ministros del ramo económico de la dictadura y ejecutivos de las empresas extranjeras y de los monopolios nacionales: ganan de 40 a 50 veces más que el obrero; su tecnología es la cibernética totalitaria.

3. Las plutocracias industrial, mercantil y financiera: quienes disfrutan de monopolios quieren un gobierno totalitario, para bajar los salarios y subir los precios, para explotar a todo un país como sujetos de consumo.

4. Los militaristas reaccionarios: armados contra el pueblo trabajador, armados por el imperialismo contra las aspiraciones democráticas de las clases oprimidas, son un ejército colonizando a su propio país, unos generales totalitarios que hacen de sargentos del Tío Sam.

Sólo la guerrilla contra dictaduras militaristas, muy represivas, desprestigiadas, que hayan abolido las constituciones liberales, que le hayan privado a la pequeña burguesía y a la burguesía progresiva de su "status político", de poder ser ministros, gobernadores, diputados, senadores, embajadores, intendentes, etc., puede lanzar guerrilleros urbanos y rurales con éxito, para movilizar a las clases medias, los campesinos, los obreros, los estudiantes, los intelectuales, en una vasta guerra subversiva. Pero toda revolución se hace con una estrategia y una política diferente de otra, cosa que no parecen entender los dogmáticos, los ideólogos y los sectarios de la guerrilla, que se quedan aislados y derrotados políticamente.

En América Latina la alianza obrera y campesina es importante para hacer la revolución, pero este esquema leninista no es absolutamente esencial, ya que las clases sociales latinoamericanas están menos estratificadas que las de Europa por datar de menos tiempo su constitución. En este orden de ideas la revolución latinoamericana debe revestir un frente amplio de clases oprimidas, arrastrado por una vanguardia armada de guerrilla urbana y rural combinadas, hasta que la minoría activa se convierta en partido de la mayoría insurgente.

Un frente unido popular que dé cobertura a las guerrillas, debe ir desde los curas y los católicos rebeldes hasta los anarquistas, a fin de que la guerrilla cuente con la ayuda del 80 por ciento de la población latinoamericana, lo cual le daría la victoria militar sobre los ejércitos cipayos y también sobre la posible intervención de los generales del Pentágono. La revolución latinoamericana debe abarcar un frente de clases oprimidas como el de la revolución francesa de 1789-93, sólo que en la Revolución latinoamericana la burguesía no puede ni debe ser la clase dirigente, sino los obreros, los campesinos, las clases medias proletarizadas, los estudiantes, los intelectuales, los sacerdotes desaburguesados y la humanidad progresiva. La revolución debe liquidar, como clase anacrónica, a la oligarquía terrateniente, a la burguesía monopolista y asociada con la burguesía imperialista, a las altas jerarquías aburguesadas que sirven el imperialismo y alas oligarquías indígenas, a fin de reunir en el frente unido popular al 80 por ciento de la población, dando apoyo moral y político, asistencia material y combatientes, a una gran guerrilla urbana y rural.

La revolución latinoamericana tiene sus propias peculiaridades, sus características esenciales, su modalidad política

continental, sus aspectos subjetivos y objetivos que es preciso conocer a fin de hacerla científicamente, con una estrategia, una política, una economía, unas reformas sociales y una unidad de Estados, que le den unidad de destino histórico, económico y político a los países, que deben formar una gran "nación" una gran Confederación de Repúblicas Latinoamericanas. Pero lo esencial de la revolución debe ser colocar como órganos de poder popular a las juntas de liberación locales, comerciales, provinciales, regionales, nacionales y federales. Y como base de todo ese edificio, en piso firme, hay que colocar un socialismo de autogestión revistiendo formas diversas, de acuerdo con los desarrollos desiguales, a fin de que las masas populares gobiernen todos los días, no cada 4 ó 6 años, por democracia parlamentaria, por delegación de poderes. La autogestión debe ser la democracia directa de las repúblicas latinoamericanas unidas; en esa autogestión caben los católicos, los protestantes, los cooperativistas, los anarquistas, los socialistas, los productores directos, los estudiantes, etcétera.

La revolución latinoamericana tiene que revalidar la libertad y no matarla con formas de estalinismo o de neofascismo. El socialismo, el anarquismo, el catolicismo, el protestantismo, el liberalismo avanzado, las doctrinas políticas progresivas, tienen un punto común de convergencia en el socialismo de autogestión. Con esa célula virgen, desde la base a la cima, el federalismo que unifique a la América Latina, no sería ni administrativo ni burocrático, sino federalismo funcional, de democracia directa, de armonía de los intereses locales, comarcales, provinciales, regionales y nacionales con el interés continental, general, de los pueblos latinoamericanos unidos.

El catolicismo desaburguesado, antiimperialista, puede constituir una base fundamental de la revolución latinoamericana, uniendo a la revolución continental la reforma religiosa, a fin de que lo profano y lo divino se unifiquen plenamente. Los sacerdotes deben ser especialistas, científicos, hombres útiles, ligados a comunidades cooperativas, de autogestión, a fin de estar al lado del pueblo y servirlo útilmente. Y en los días de ocio pueden administrar su iglesia, predicar sus doctrinas libremente; es necesario, pues, que la Iglesia se acerque al pueblo, como en los tiempos de Cristo, pero desburocratizada, desjerarquizada.

Fidel Castro, enarbolando las banderas de la libertad, la democracia, la lucha contra la opresión, la corrupción, la dictadura patrimonial de Batista, desencadenando la revolución nacional con un puñado de hombres, alcanzó una fácil victoria gracias al frente unido democrático, que lo siguió uniendo a las fuerzas de oposición desde la burguesía democrática hasta los obreros y los campesinos. Pero las vicisitudes por las cuales ha pasado el castrismo, luego de llegar al poder, lo convirtieron, en una burocracia centralizante por su forma y contenido, en un aliado firme del dirigente de turno en el Kremlin y, en consecuencia, ya no puede ser tomado el modelo de la revolución cubana como el ideal para la liberación de América Latina o para hacer una revolución nacional contra una dictadura. Así, pues, los guerrilleros latinoamericanos que usan y abusan del castrismo o del maoísmo como ideologías, se quedan aislados de las grandes capas políticas de una nación que, sin ser movilizadas por ideales nuevos, no pueden hacer una nueva revolución de gran atractivo para un pueblo oprimido.

El más grave error de los movimientos guerrilleros latinoamericanos, que se han sucedido luego de la revolución cubana posterior a 1959, ha sido imitar el modelo castrista, con la misma ideología posterior a la revolución y no con el esquema de frente nacional contra Batista durante la guerra de guerrillas de 1956 a 1959. El retrato del "Che" Guevara, colocado en conferencias de prensa clandestinas acordadas a periodistas por grupos guerrilleros, puede tener mucho significado simbólico para ellos, pero los define como castristas ante la opinión pública; y este grave error político ya es suficiente para aislarlos de un frente amplio democrático contra una dictadura militar que se intente derrocar.